CARAS Y CARETAS

LA PAZ BUSCA ALBERGUE



Poincaré: — Señora: Se equivoca de puerta. Llame al lado.



Rey Alberto: — No puedo socorrerla. Golpee en la otra puerta.



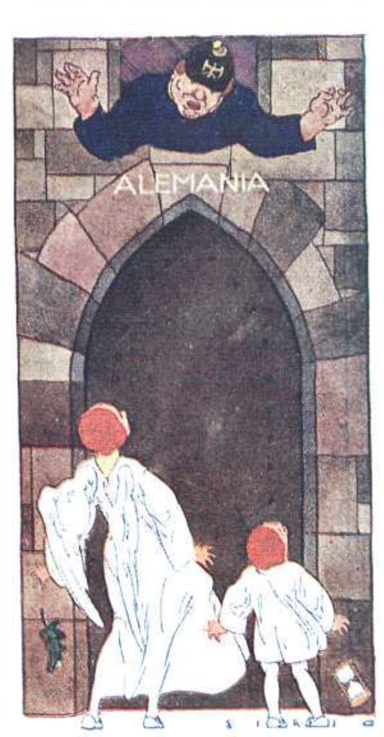
Mussolini: — La estimo mucho pero le ruego hable con el vecino



John Bull: — Véalo al Tío Sam. Por el momento no puedo hacer nada.



Tío Sam: — Hace cinco años le ofrecí mi casa y usted no llegó. Llame al lado, quizás la oigan.



Alemania: — Imposible abrirle. He perdido las llaves.

RESERVA

Clasico

VINO TINTO

VINOS TIRASSO

LA GRAN MARCA ARGENTINA

CLASICO

TINTO Y BLANCO

Son dos vinos de superior calidad, seleccionados entre las mejores reservas de las Bodegas Tirasso y que constituyen el más alto exponente de nuestra industria vitivinícola.

Sírvase compararlos con los mejores importados.

Solicite lista de precios.

LUIS TIRASSO - Sarmiento, 847
BUENOS AIRES
VIÑEDOS Y BODEGAS "SANTA ANA"
MENDOZA





ENRIQUE Y EL ALMA DE ENRIQUE

Enrique se despertó de mal humor. Aunque cerró los ojos, dispuesto a recomenzar el sueño, no llegó a dormirse: el criado había descorrido las cortinas, y la tibia claridad de una mañana de invierno parecióle de luz deslumbradora, tan sólo porque disipara la obscuridad...

— ¿Qué hora es, Ramón?

Las ocho.

— ¿Las ocho?...

— Sí, señor.

— ¿Pero las ocho de qué?...

— De la mañana: ¿de qué han de ser?...

— ¿Entonces he dormido muy poco?...

— El señor sabrá...

Y el criado encogióse de hombros.

— No son las ocho: lo menos son las once...

— No, señor.

— ¡Te digo que sí, Ramón!

— Usted dirá lo que le parezca, pero ni son las once ni yo soy Ramón.

— ¿Cómo que no?... ¿No eres tú Ramón, mi criado?...

— No, señor.

— ¿Pues quién es usted?...

— Juan.

— ¿Juan?... ¿Qué?...

— Juan Sanchiz, para servirle.

— ¿Y está usted en la casa?

— Sí, señor.

— ¿Por qué no ha entrado Ramón?

— ¿Qué Ramón?

— ¡Mi criado! ¿Estoy yo loco? ¿O soñando?...

— No sé cómo estará el señor, pero lo fijo es que yo soy Juan y que en la casa no hay ningún Ramón.

— ¿Que no?...

— No, señor.

Enrique, de un brinco, sentóse en la cama. Tenía la conciencia de estar despierto, de no soñar, pero le parecía tan absurdo no acordarse del nombre de su criado y confundirle con aquel otro que, físicamente, no se le asemejaba en nada, que empezó a temer por su memoria y por su razón.

— Ya recuerdo de usted, Juan, ya recuerdo. Y estoy muy contento de los servicios de usted...

— Muchas gracias.

— En todo el tiempo que lleva usted a mi lado, que ya hace...

— Dos años.

— ¿Dos años?... Sí, sí... justo. No tengo un motivo de queja... no... bueno... hágame usted el favor de decirle a la señorita que venga.

— ¿A la señorita?

— Sí.

— ¿A qué señorita?...

— A mi hermana, a Dionisia... ¿No la conoce usted?...

— El señor está de broma. El señor vive solo en esta casa, con una cocinera, la Antonia, y con un servidor... pero el señor es soltero y no tiene familia, que nosotros sepamos...

— ¿No tengo familia?... ¿Y Dionisia, mi hermana?... ¿Y Juan Manuel, mi cuñado?...

— ¿Esos que tienen los retratos en la sala?

— ¡Sí, esos!

— ¡Vamos, el señorito quiere burlarse de mí!...

— ¡Que no, te lo juro!

¿Cómo he de creer que fueron hermanos de usted, don Enrique!

— ¡Fueron, no; son!

— ¡Pero si esos retratos tienen más de un siglo, y esos pobres señores llevan bajo tierra sesenta o setenta años...!

— Qué, ¿han muerto?...

— ¡Vamos, señorito!... Pregúntele, si quiere, a la Antonia...

Enrique ya no trataba de fingir su espanto ni de ocultarlo. Demudado el rostro, pálido el color, tembloroso el cuerpo y la sangre como detenida y agolpada en el corazón, lanzóse súbito a golpear, y no a tocar, el timbre, que a la presión violenta y desigual de los dedos púsose a sonar descompasado y frenético, como si a rebato llamase...

Una mujer cincuentona, gorda y coloradota, apareció en la puerta, inquieta y presurosa.

— ¿Qué pasa...? ¿Está malo?...

Enrique se la quedó mirando.

— ¿Quién eres?...

— ¿Quién soy?... ¿Y aun tengo ahora que decírselo, después de lo que llevo en la casa?...

— ¿Quién eres?...

— La Antonia; la cocinera.

— ¿Y éste, quién es?...

— Juan, el criado. Dos años lleva, y yo cerca de tres...

— ¿Y yo quién soy?...

— El señorito Enrique, don Enrique del Alamo. ¡Qué preguntas más bobas hace!...

Pero Enrique no preguntó más. Los ojos vidriosos, el respirar fatigoso y el ánima traspuesta, dieron con él, inmóvil y desmayado, sobre la deshecha cama, en donde creyó descansar demasiado tiempo y volvía a caer demasiado pronto.

Que así hilvana la vida las cosas de nuestra vida y muchas veces nos sirve de sostén aquello mismo que estamos deseando dejar...

III

Como Dios les dió a entender, Antonia y Juan cuidaron de su desmayado señor hasta que la propia naturaleza reaccionó en él, volviéndole a la vida desde aquella muerte transitoria y fugaz.

Quedóse, pues, el buen señor don Enrique del Alamo, sólo en su alcoba, con más tendencia a cavilar que a dormir.

Y como el dolor sabe que siempre ha de ser recibido, puede que sea esta la razón por la que vienen a nosotros más dolores que placeres. El Dolor dice: *¡Me aguardan! ¡Voy!* Y la felicidad dice: *¡Me discutirán...! ¡Ya iré otro día!...*

Y un día por otro, se olvida muchos días de venir.

....

Volviendo a nuestro don Enrique del Alamo, para coger el hilván de esta verídica y estupenda historia, fuerza es ya consignar que el atribulado caballero, sólo en su cuarto y a solas consigo, dióse a pensar y a discurrir afanosamente, persiguiendo un rayo de lógica que iluminara aquel laberinto de sus ideas y le guiase por aquella confusión de sus desventuras; pero entre éstas y aquéllas, el enredo se prolongaba con notoria fatiga del magín y con visible cansancio de los nervios, que empezaban ya a rebelarse contra la tiranía de su dueño, viéndose obligados a permanecer inactivos y en forzada quietud mientras la imaginación galopaba desenfrenada. Y como ella, querían ellos galopar y brincar y elevarse de un vuelo por encima del mundo de los vivos y por el espacio de los espíritus inmortales...

Enrique temblaba, no de fiebre, ni siquiera de frío, no; temblaba de pavor; en el tejer y destejer continuo de sus razonamientos había una razón intranquilizadora que tornaba a buscarle, en medio de todos sus delirios, con el poder de una obsesión.

— Lo que me ocurre — se decía a sí mismo — es de loco, pero la primera condición de los locos es no saber que lo son. Yo lo sé; luego yo no estoy loco. Y a partir de aquí, se le enmarañaba el discurso. Si estoy cuerdo — insistía en repetirse — puesto que miro y veo las cosas y las personas tal como ellas son y no de modo distinto o extravagante ¿por qué me sorprende y me extraña que las personas sean quienes son y no sean otras?... Yo veo a Juan, conozco a Juan, sé que Juan es mi criado... ¿por qué me sorprende que sea Juan el que entra a servirme y no sea Ramón?... Y si Ramón no está en mi casa... ¿por qué me causa tal efecto que no entre aquí cuando lo natural, y yo reconozco que es lo natural, está en que no entre ni pueda entrar en mi cuarto?...

¿Y mis hermanos?... ¿Cómo pueden ser mis hermanos, si han muerto hace tantísimos años que imposibilitan la suposición de que seamos hijos de unos mismos padres?... Y si lo comprendo y si lo razono... ¿por qué sigo creyéndolo?...

Y como la lógica lo enredaba más, dióse a penetrar en los terrenos de lo maravilloso por el camino de la fantasía, y allí Enrique se halló más perdido aún, más lejos de toda verdad y de toda explicación. Y acabó por donde debiera haber empezado, por creerse enfermo y por desear inmediatamente acudir a un médico.

Esta resolución le calmó. No cabía duda: era un desequilibrio, a consecuencia de excesos que le atacara al cerebro, y desvariaba; pero como tenía poca importancia y ninguna gravedad, por eso el desvarío duraba sólo unos minutos y volvía la razón. Seguramente, el doctor confirmaría esta hipótesis...

Deseoso de corroborar, con la opinión científica del médico, su propia opinión, echóse rápido del lecho, abrió las ventanas y empezó a vestirse. Siguiendo el monólogo, se inculpaba severamente por su existencia jaranera y agitada.

No era un viejo, pero había vivido muy aprisa. Desde hoy se enmendaba.

Y se juró a sí mismo, solemnemente, como pudiera hacerlo en una iglesia y ante un altar y sobre los Evangelios, la enmienda absoluta y la corrección más exagerada. Como el Cid, cuando la perfidia mancilló a sus hijas, juró por sus barbas blancas...

Gozoso, seguro de reponerse con aquél propósito de huir los devaneos y las bromas trasnochadoras y enervantes, terminó de lavarse, púsose la almidonada camisa y escogió, con coquetería de enfermo, una corbata que no desentonase, que más bien hiciera resaltar la palidez de su cara y las cárdenas ojeras.

Y ante el espejo, aprestóse para hacer un lazo impecable, simétrico, atildado...

Pero apenas se hubo acercado, a la primera mirada, cuando el espejo le devolvió su imagen, lanzó un grito aterrador y de aterrado. No de otro modo, y con la mayor pavura, habríase detenido la sangre en sus venas si en el azogado cristal se reprodujera la demacrada efigie de la Gorgona, de la pálida Medusa, dueña y repartidora de tristezas y agonías...

Cuando oyeron el espantable grito de Enrique, acudieron presurosos para socorrerle su dos fieles servidores, trayendo en sí mismos el temor a lo que ya conocían y el pánico a lo desconocido, que les aguardaba y les sería servido al franquear el dintel del cuarto de su amo.

Y en la puerta quedáronse confusos y atribulados viendo a Enrique desencajado, lívido, con la mirada fija en el espejo y con señal de evidente horror en el semblante.

Un punto repuestos de la incógnita zozobra que les asaltara y no percatándose de peligro visible, pero sí apercibidos para rechazar y defenderse del oculto enemigo que pudiera acecharles, avanzaron unos pasos.

— ¿Qué ocurre, señorito?... — preguntó Antonia.

— ¿Qué tiene, señor?... — apoyó Juan.

Enrique, sin moverse, sin tranquilizar el rostro ni aun con la presencia de amigos que le protegerían, y sin desviar los ojos de aquella atracción invencible que le sugestionaba, permaneció un instante absorto, y luego, por toda respuesta, alzó rígido y sin flexión alguna el brazo derecho, señalándoles, con marcada persistencia, el lugar del espanto y la causa de su terror.

Temerosos, lentos y sobrecogidos en la malla del misterio que iba a revelárseles, avanzaron Antonia y Juan.

Miraron; volvieron a mirar... y miraron de nuevo. Y en silencio miraron después a Enrique.

— ¿No veis?... — les interrogó Enrique con ansia.

— Vemos, señorito...

— ¿Qué veis?...

— A usted... y a nosotros.

— ¿Pero cómo?...

— Como siempre: igual que somos.

— ¿Igual? ¿Me veis con mis barbas blancas?...

— ¡Señorito!...

— ¿No?...

— ¡Claro que no!... Le vemos como es y como siempre ha sido, con la barba rubia y el pelo castaño...

— Pero, ¿a quién veis en el espejo?... — clamó Enrique desesperado.

— A usted.

— ¿Pero quién soy yo?

— Don Enrique del Alamo.

— No mires al espejo: mírame a mí. ¿Quién soy yo?...

— Don Enrique del Alamo.

— ¿Con barbas blancas?...

— ¡No! Con barba rubia; exactamente lo mismo que en el espejo.

— Y no puede ser de otra manera — le dijo amablemente el criado; — que el señor no tiene más que treinta y un años...

— Bien conservados, que ni esos representa — añadió la cocinera, recordando que siempre adereza los platos.

— Y entonces mis barbas blancas... ¿qué se hicieron?...

— Vamos, señorito, tranquilícese...

— Don Enrique del Alamo, con barbas blancas, no es usted, señorito.

— ¿Pues quién es?

— El abuelo de usted, el del retrato de la sala, el hermano de doña Dionisia y de don Juan Manuel...

— Pero yo, ¿quién soy?...

— El nieto. Otro don Enrique, joven, fuerte, sin canas ni arrugas...

— ¡Me engañáis!...

— ¿Y el espejo le engaña también a usted?... ¿No le dice que es usted joven?...

— ¿Y por qué me siento viejo?...

— El señorito ha debido soñar e impresionarse demasiado.

Y para deshacer de un golpe el maleficio, Antonia abrió de par en par las ventanas, dejando que el sol y el aire entrasen a borbotones. Una vez la atmósfera del cuarto purificada y hecha la luz soberana señora del espacio en que estaban nuestros personajes, Antonia se acercó a Enrique, cogióle afectuosamente de la mano y, acercándolo al espejo, con esa voz de terciopelo que encuentran las mujeres cuando quieren acariciar con la voz, díjole cariñosa:

— Mírese ahora, don Enrique... ¿Cómo se ve?... ¿Joven?...

— Sí, joven.

— Pues así es, gracias a Dios.

Convencido, Enrique tuvo una sonrisa para su imagen juvenil; pero apenas comenzara a sonreirse, nubláronsele los ojos y de ellos cayeron, abrasadas, dos lágrimas tembladoras...

Enrique se creía viejo y se encontró joven. Antes de entregarse a la alegría, hubo de afligirse por la vejez que le abandonaba. Era un amigo y se despedían...

Por eso lloraba Enrique.

III

Después de aguardar más de una hora a que llegase su turno, en una sala sombría, y rodeado de personas que parecían tranquilas e indiferentes, cuando no aburridas, pero adivinando en todas ellas un oculto malestar y tal vez una incurable lesión, Enrique levantóse presuroso al escuchar su nombre.

— Número once: señor Alamo...

Y llegó Enrique a la presencia del doctor.

Hablaron largamente.

Y después de la dilatada conferencia el doctor se levantó, dando por terminada la consulta.

— Una pregunta, doctor. Con sinceridad... ¿yo estoy loco?...

— No.

— ¿Me lo jura?...

— Bueno...

Y con el pulso firme y la imaginación despreocupada, escribió:

— *Número 117. — Enrique del Alamo. — Paranoico.* Treinta y cinco años, buena constitución, buen color, sin que tenga síntomas anteriores, ni delirios, ni fiebres. Cree que tiene dos almas: veremos si más adelante le encuentro una siquiera... *Incurable.*»

....

IV

Caminando rápido, por instinto, seguía la dirección de su casa y llegó a ella. Subió, llamó, le abrieron y, al entrar, díjole el criado.:

— Señorito, hace más de una hora que le aguarda el señor Ceballos.

— ¿A mí?...

— En el despacho.

Apresuróse a recorrer la pequeña distancia. Sombrero en mano y la otra mano tendida...

— ¡Buen plantón, chico! Para otra vez, deja un recadito siquiera...

Enrique se detuvo indeciso. Entraba pronto a disculparse por la involuntaria tardanza, con el *usted dispense* casi en los labios; pero se quedó cortado al oir la forma cariñosa y de intimidad con que le recibían. *Por lo visto,* eran amigos íntimos...

Y recordando los consejos del doctor, guardó para sí la extrañeza, y aunque violentándose algo, se animó a tutearle también.

— Dispensa, pero...

— ¿Se fué el Santo al cielo, eh?...

— No... es que...

— ¿Y vienes pálido?... No me digas más. ¡Dispensado!

Enrique se alegró mucho de no tener que decirle más, entre otras razones, porque no tenía nada que decirle. Lo que es bien triste, tratándose de un amigo íntimo...

— Como te advertí anoche, a las cuatro estaba aquí. Supuse que algo imprevisto te obligara a salir, y mientras regresabas, empecé a pasar revista a los retratos...

En tanto que el intruso explicaba su presencia y las distracciones con que amenizó la espera, Enrique le contemplaba a hurtadillas, queriendo deducir por dónde o de dónde vendría aquella intimidad entre ambos.

Sí, le recordaba, no era un desconocido, pero juraría que no hubo jamás lazo de fraternidad... ¡Ya se explicaría y veríamos!...

Pero el señor Ceballos no demostraba prisa por las explicaciones. ¿A qué hora tengo yo prisa?... ¿a las siete?... Pues hasta las siete no tiene nada que hacer nadie...

Convencido Enrique de que no lograba encontrar la causa y origen de aquel afecto del señor Ceballos, lanzóse por el camino de las indirectas.

— ¿De manera que yo te dije que a las cuatro te esperaba?...

— Exactamente. Y en punto he venido.

— Dispensa...

— Entre nosotros, ¿vamos a andar con ceremonias?... Quita, chico, quita. Me ofenderé si persistes en disculparte. ¡Ah!... di que me traigan un poco de soda.

— ¿Con qué?...

— Como siempre.

— ¿Cómo siempre?...

— Sí; es lo más breve.

— ¿Quieres wisky o coñac?...

— Como siempre. Llama al criado y no te ocupes más de eso.

Enrique obedeció. Vino el criado.

— Sírvale usted al señor Ceballos... como siempre.

Y Enrique no supo contener una mueca burlona, descontando ya la pregunta del criado... pero la mueca se le desdibujó, viendo que, efectivamente, le servían sin necesidad de más aclaraciones.

El doble bock era un amigo, un comensal frecuente... No cabía duda.

— Y tú, ¿no tomas nada?... — le preguntó Ceballos.

— ¿Yo?... Como siempre.

Enrique contestó apresurado: ¡no fueran a notar en él vacilaciones!...

— No es preciso que te recomiende atención: de sobra has de considerar que se trata de algo grave, cuando pido una entrevista, pudiendo hablarte todos los días en el Casino.



— Grave, ya me lo figuro.

— Creo contar con tu amistad, no de hoy ni de ayer, sino de toda la vida, como tú con la mía.

— De toda la vida—... repitió Enrique, que se había constituído en eco.

El hombre gordo, arrellanado en una butaca, quedó un instante silencioso.

Súbito, agitó las manos, cogiendo en el aire fantásticos asideros; movió descompasadas las diminutas piernas; sopló varias veces con rechinar de fuelle, y al fin, en un desesperado esfuerzo, se le vió avanzar desde el fondo hasta el borde de la butaca, y en el borde quedarse satisfecho y sonriente.

Enrique, intranquilizado, creyendo que le ocurría algo grave, al persuadirse de que tantas fatigas se reducían a un cambio de postura, no pudo menos de reirse francamente.

— Perdona, eh...

— ¿De qué?... ¿De que soy físicamente ridículo? Ya lo sé. Ríete cuanto quieras, que no serás el único.

Y Ceballos, con pacífica beatitud, aguardó a ver si Enrique se reía aun más. Pero Enrique ya no reía.

El primer factor de lo risible y la primera condición de lo burlesco, es indudablemente la seriedad: en cuanto lo ridículo se burla de sí mismo, ya no le queda papel al burlador... ¡Por eso hay tantos que se apresuran a reirse, anticipándose a la risa ajena!...

— Seguro, pues, de tu amistad — continuó Ceballos — he venido a pedirte un consejo leal.

— Habla...

— Como todo el mundo, estarás tú enterado de mis desdichas, y no voy a mortificarte con detalles enojosos. Es un drama, pero en cuanto interviene el primer actor, que soy yo, el drama rueda rampa abajo y se convierte en un sainete. Estoy decidido a salir de esta situación desagradable y violenta, como sea y costándome lo que me cueste... ¿comprendes?... estoy decidido incluso a la tragedia, a matar, a morir... ¡a todo!... y únicamente me detiene una congoja horrible, el miedo a ir, contra mi voluntad, a la tragedia... cómica. ¿Comprendes?...

Aquello era muy viejo, muy antiguo, y ya ni casi hablaban los comentadores, atraídos por otras novedades.

— Tú me comprendes, ¿verdad?... — prosiguió Ceballos, obstinándose en buscar la aquiescencia de Enrique. — Yo no quiero ir a los tribunales, porque eso le daría a ella la libertad que apetece, después de atraerme un escándalo mayor: no puedo desafiarle, porque en mi vida he cogido un arma en las manos, y él es un espadachín y el desafío resultaría una bufonada... ¿comprendes?... No puedo sorprenderles y ahogarles, porque no tengo fuerzas físicas, y del primer empujón tiraría conmigo... ¿Qué hago?... Aconséjame... ¡te lo ruego!

Enrique, que no encontraba solución para aquel conflicto casero, y que seguía sin interesarse más que a medias en las malandanzas de su interlocutor, hizo un gesto vago, de esos que lo mismo significan una profunda lástima que una indiferencia cortés, y apoltronóse en la butaca, dispuesto a oir el final... pensando en sus propios asuntos.

Ceballos, que no necesitaba que le contestaran, bastándole aquel síntoma de atención para seguir el hilo de sus desventuras, internóse veloz por la senda obscura de sus pensamientos.

— ¿Y por qué ha de venir a mí este castigo?... No me refiero a la traición, que esa es de humanos y yo soy uno de tantos, sino al efecto que a mí me produce. ¿Doliéndome, porque no tengo medio de curarme?... ¿Ofendiéndome, porque no tengo medios de venganza?... ¿Importándome, porque no acierto a defenderme?...

Y descompuesto, y nervioso y amenazador, no acertaba ya más que a repetir, con monótona desesperación:

— ¿Por qué?..., ¿por qué?..., ¿por qué?... ¿No comprendes tú que es una injusticia enorme?... Si yo tengo el alma templada para sentir las infamias, y el impulso capaz para castigarlas, ¿por qué no tengo el cuerpo y las fuerzas de mi cuerpo en armonía con esos latidos de mi alma?... ¿Por qué esa desproporción irritante e injusta, entre mi envoltura y mi espíritu?... ¿Por qué he de expresar en ridículo lo que siento en sublime?... ¿Por qué, por qué?...

Y como si el brazo del sillón fuese yunque, y él fuese martillo de sus propias ideas, repetía inconsciente, dando golpazos:

— ¿Por qué?..., ¿por qué?..., ¿por qué?...

Y deteniéndose de pronto en el golpear frenético,

como si hubiera resuelto ya el temple de aquel forjado, dejóse caer en el sillón, aplanado y dolorido. Enrique se le quedó mirando. Después, se echó a reir. El apreciabilísimo y desdichado bock miróle a su vez, profundamente herido en su amor propio ante aquella risa extemporánea.

— Te burlas, ¿eh?...

— No.

— ¿Me encuentras ridículo?...

— Tampoco.

— Y entonces, ¿de qué te ríes?

— De lo tardo que eres para adivinar lo más sencillo.

Ceballos se figuró que lo más sencillo podría ser su engaño y su traición e hizo una mueca de resignado.

— ¡No, no! — se apresuró a replicar Enrique, comprendiendo el error de la interpretación... No me refiero al hecho, a la situación de tu casa, sino a tu situación personal, clara y fácil.

— Clara, sí...

— ¡Jura obedecerme si te revelo el secreto!

— ¿El secreto de qué?... — gimió el pobre Ceballos. — ¡Si lo sabe todo el mundo, incluso yo!...

— Fíjate en que no quiero hablarte ni referirme para nada a lo ocurrido entre tu mujer y el húsar. Es húsar ¿verdad?

— De la Princesa, sí...

— El uniforme es bonito.

Ceballos volvió a gemir. Por lo visto no le agradaba aquel uniforme...

— Quiero explicarte únicamente — continuó Enrique impasible, tu situación, la tuya.

— No te esfuerces en eso: la sé... ¡y es bien deplorable!

— No.

— ¿No?...

— Porque tampoco hablo de tu persona.

— ¿Pues de qué?...

— De tu alma. De esa desproporción a que tú aludías antes y que explica de sobra el conflicto en que te encuentras.

— Dilo a ver.

— Tú no tienes alma. Ceballos.

— Ya lo sé también. ¡Si la tuviera, le rompería la suya al húsar!

— No lo afirmo en ese sentido. ¿Juras obedecerme?

— Bueno. ¡Te lo juro!

— Pues oye. Las personas se componen de dos elementos: cuerpo y alma.

— Lo sabía...

— Tú no tienes alma, Ceballos. ¿Comprendes ahora?...

— Menos que antes.

— O mejor dicho, sí la tienes, pero es la de otro, no es la tuya, y eso te dará la clave de la mortificante desproporción que tú mismo notas, aunque sin razonarla.

Ceballos se levantó como pudo, y pudo malamente, pues el espanto se añadía a su torpeza física y le dificultaba los movimientos.

— ¿Cómo dices, Enrique?...

— Como lo oyes.

— ¿Qué estoy loco?...

— No. Sencillamente que tu alma no te pertenece, aunque por el momento o quizá desde hace mucho tiempo la poseas y te guíes por ella. A mí me pasa igual. Yo tengo el alma de mi abuelo Enrique.

Ante aquella igualdad, que no le garantizaba el buen estado de razón de Enrique, Ceballos empezó a sudar de angustia y de miedo.

— Puede que lleves razón y que sea eso... Yo no tengo mi alma... y entonces el húsar..., etc.

— Eso es. Si tuvieras el espíritu que corresponde a tu cuerpo no podrían ocurrírsete ideas sublimes ni de exterminio. ¿Las tienes?... Luego evidentemente hay trastorno y falta de equilibrio entre los dos componentes de tu naturaleza. ¿Está claro?...

— Sí, sí...

— ¿Ahora querrás saber de quién es el alma que está en tu cuerpo?... Pues lo averiguaremos, no te apures.

Pero Ceballos se apuraba y todas sus averiguaciones se encaminaban a buscar la puerta e irse acercando a ella discretamente. Como término de transacción, ocurriósele un recurso feliz y se apresuró a indicarlo.

— Estamos conformes, ¿no es verdad?... Pues te ruego que pienses en mi asunto y yo volveré otro día. Adiós.



El criado le entregó una carta y dijo:

— Aguardan respuesta.

«No olvides que hoy te espero a comer para inaugurar la nueva casa. Tuya, M. — Velázquez, 170.»

— Diga usted que está muy bien.

Rebuscando en el arca santa de los recuerdos, en el cajón de los olvidos, no precisaba concretamente a quien correspondía la inicial; pero eso, después de todo, era un detalle... Cuando la viera, completaría las demás letras. Acicalóse, poniendo mayor y más complicada atención en el atildado vestir de su persona, y deteniéndose en perfiles y en retoques más tiempo del acostumbrado en idéntica faena: encendió luego un cigarro, que debía ser aromático veguero, a juzgar por la complicada y vistosa anilla, pero que no lo era juzgando por el olor, y con la cachaza de todo el que va a donde sabe que le esperan, encaminóse a casa de aquella mujer que firmaba las misivas con una discreta inicial...

Cuando llegó Enrique al número indicado, perplejo ante la dificultad del piso y del cuarto, quiso arrancarse preguntando por la inquilina nueva, pero hizo el diablo que en los mismos días hubiera dos mudanzas.

— ¿A qué cuarto va el señor?... — insistía el portero.

A falta de nombre, Enrique echó mano al bolsillo y entregó un duro al portero. Y el portero, dando al botón del ascensor, le dió el nombre al mismo tiempo.

— A la señorita Matilde... Segundo derecha.

Aunque no procedan de Universidad ni hayan cursado filosofía en las aulas, los porteros saben siempre porqué razón va aparejada la propina y el inquilino. Generalmente es una razón de inmoralidad... y cada vez que reciben una propina la aplican ya resueltamente a quien vive sola y es guapa, esperando, en lo porvenir, una confirmación exacta de sus nobles sospechas, que la inquilina suele apresurarse a justificar...

Una criadita, menuda y pizpireta, aguardaba ya a la puerta: las luces, encendidas, demostraban que

la visita era esperada también; y Enrique, dejando al pasar su abrigo y su sombrero en el recibimiento, fué introducido ante la gentil presencia de Matilde.

De pie, en el centro de la habitación, estaba Matilde.

A la sonrisa del hada, sonrió el visitante.

— Matilde...

— Bien venido, Enrique. Temía que no recordaras tu promesa y me permití enviarte dos renglones.

— No era preciso.

— ¿Te acordabas?

— Sí.

Mentía. Ni aun contemplándola, ni aun teniéndola ante sus ojos, era capaz de reconstruír los lazos que pudieran ligarle con aquella adorable mujer. ¿Qué era Matilde para él?... ¿Una simple amistad de esas volanderas?... ¿Un capricho?... ¿Una pasión?... No acertaba a descifrarlo, pero los términos del problema se presentaban tan encantadores, que no se le ocurrió vacilar en aceptarlos.

— Como tienes costumbre de comer tan tarde, he dispuesto que nos sirvan a las diez. ¿Te parece?...

— Perfectamente.

— Tenemos una hora de charla. ¿No te aburrirás?...

Matilde fué la primera en sentarse. Enrique la imitó, y un instante los dos quedaron silenciosos.

Ella rompió el silencio.

— ¿No me preguntas por nadie?

Enrique no sabía por quién preguntar y optó por volver a sonreirse.

— ¿No te interesa ninguna de mis amigas?...

— Ninguna. Sólo tú.

— ¿Por qué vienes tan poco entonces?

Tampoco él sabía por qué ni se daba cuenta de haber estado jamás a verla, y como disculpa infalible y que siempre da el mismo buen resultado, decidióse a exagerar.

— No vengo más, porque me causas miedo. Me gustas demasiado y presiento que un día no sabré desligarme de ti...

— ¿Y eso te enojaría?...

— A ti.

— No.

Hubo tal sinceridad y tal firmeza en el acento, que Enrique sintió pasar por las venas un temblor de sangre bullidora y atropellada.

— ¿A dónde iríamos, Matilde, dejándonos llevar?...

— A donde tú quisieras.

— ¿Y después?

— Después..., no sé. Verdad que no he sabido nunca lo que significa eso, ni he pensado jamás en lo que está distante.

— Y si yo me decidiera a quererte... a quererte, ¿comprendes?... ¿me querrías tú?...

— No me atrevo, Matilde... ¡tendría celos!

— ¿De quién?

— De lo pasado.

— Ese no es tuyo, ni siquiera es mío. Si verdaderamente piensas en mí para lo futuro, deja en paz lo pasado, que yo no te lo ofrezco ni tú serás bastante para recogerlo.

— ¿Has querido a alguien, Matilde?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque lo he querido. No sé más razón.

— ¿Cómo se llamaba?

— ¿Qué te importa?

— Dímelo.

— Luis.

— ¿Luis... qué?...

— Cualquier apellido.

— ¡Dílo!

— ¡No!

— ¿Cómo era..., rubio..., moreno..., alto?...

A un tiempo amando y odiando, Enrique se acercó a Matilde. En los temblorosos labios, que exangües se quedaran, palpitaba la cólera; en los ojos, brilladores de amenazas, surgía brutal la venganza; en el cuerpo todo, convulso, despertárase la fiera, de que llegó la civilización a formar un hombre, y en los momentos trágicos vuelve gustosa a su condición de fiera.

La sacudió bruscamente.

— ¿Piensas en Luis?...

— Tú lo has logrado...

— ¿Y si yo te mandase que lo olvidaras?...

— Olvidado estaba antes...

— ¿Y ahora?

— A pesar mío, no. Tu culpa es, Enrique...

Y la voz que sumisa fuera, tornóse agresiva y dura y rencorosa.

— ¡Tú lo has logrado, Enrique!... — repitióle Matilde — y por tu falta hay este fantasma entre los dos, cuando debiéramos hallarnos solos y en buena armonía.

Y la voz se alzaba rencorosa, con más hondo rencor todavía; y alzábase el pecho en violento respirar; y las venas de las sienes, ahora pronunciadas y visibles sobre el cutis terso, alzábanse también al circular la sangre en más rápida carrera.

— ¡Tuya es la culpa, Enrique! Y ya que has pretendido saberlo, sábelo; ya que te agrada oirlo, óyelo.

La voz de Matilde, amplia y sonora, vibró en la reducida sala como un órgano que suena grave y se prolonga quejumbrosa.

— No te hablo de lo pasado, Enrique, sino de lo presente.

— ¿Le quieres aún?...

Y para preguntarlo se le inyectaron los ojos.

— No, yo no le quiero. Es él que me quiere siempre.

— El primer amor, ¿no es eso?...

Y puso ironía en la palabra.

— El primer amor, sí — contestó ella bravamente. — El primer amor, pero no el primer amante.

Y como si fuera un zarpazo, deshizo, con la respuesta acre y punzadora, todo el castillo de las suposiciones candorosas que Enrique se propuso levantar.

— ¡Nos quisimos mucho, mucho...; pero él me quiso más!, y cuando llegó para mí la hora del cansancio, de las conveniencias que me obligaban cuerdamente a separarnos, él seguía queriéndome. Me impuse... ¡y cada cual por su camino!

Y mi camino seguía; pero él seguía el mío. Cada vez que nos encontrábamos, al cruzarnos, me saludaba, e invariablemente me decía: «¡Te quiero, Matilde!...»

Y durante dos años no me dijo más palabras: «Te quiero, Matilde...»

Un día me detuvo un momento: «Marcho a olvidarte, que aquí no puedo. Te quiero, Matilde».

Y desde lejos, por tierras y tierras que anduvo como alma errante, me enviaba periódicamente una carta con las mismas eternas palabras: «Te quiero, Matilde.» Y debajo las señas del lugar por donde andaba. ¡Ni una queja, ni un ruego... nada más que las eternas palabras!

Un día dejó de llegar su carta; quince días después recibí otra, firmada por no sé quién... «Señora: por encargo de un hombre que ha muerto, le envío a usted esa carta...» Y la carta decía: «¡Muero!... Perdona que no haya dejado de quererte. Luis.»

Aquellos renglones, en que se adivinaba fácilmente el pulso febril y la mano insegura, tampoco traían una protesta, ni una ira, ni una desesperación. ¡Aun pedían perdón!...

Y cada año, al cumplirse la fecha y la hora del día en que recibí esa última carta, dormida o despierta, alegre o triste, enferma o sana, a solas o con gente, siento como una voz que me dice: «muero... Perdona que no haya dejado de quererte...»

Y nublados los azules ojos, llevó a ellos el encaje que le servía de pañuelo, para ocultarlos y que no desmintieran la sonrisa que procuraba dibujar como protesta de aquella historia inoportuna.

— No es más que un recuerdo ya...

Y lo dijo y quedóse muda.

— ¡No es un recuerdo, no! — le respondió Enrique, gozándose en atribular a la pobre mujer. — No es un recuerdo; es una traición. ¡No pudo hacerse amar mientras vivía y muerto acertó a traer su espíritu al tuyo y a cobijarse en él, agazapado, esperando la fecha en que turbara tu ánimo, como ladrón que aguarda la noche para robar!

— Enrique, por caridad, no seas cruel con una memoria...

Enrique tuvo una mueca para responder. Ya sabía él bien lo que se decía. Aquello que Matilde atribuía a recuerdos, era la demostración de la presencia del alma de Luis en el alma de Matilde. Otro caso idéntico al suyo.

El mundo está lleno de esas intrusiones; antes no las veía porque no lo sospechaba. Ahora, aleccionado por su propio ejemplo, no le engañaban...

Recuerdos de otros seres, alucinaciones, memorias que vuelven sin que la voluntad las desee, no son memorias ni alucinaciones ni recuerdos, no; son almas traicioneras, son intrusos que usurpan el puesto, son enemigos que debemos exterminar. ¡Bien lo sabía él!

Mientras Enrique pensaba en ello y en lo que a ello le condujera más velozmente, Matilde, inquieta y azorada por la expresión hostil que el semblante de Enrique había adquirido en el rumbo complicado de sus ideas vengativas, quiso distraerle, y se esforzó en comenzar nueva conversación, apartándose ya de su anterior diálogo. Pero él, amarrado a su cavilación, como esclavo al remo, volvió a reanudarla persistente:

— Yo te querré, Matilde, si echas de ti esa alma: si perdura en ti, estaré celoso.

— ¿Sabes tú la manera de alejar un recuerdo, de impedir que entre en el espíritu?... ¡Yo no! A despecho mío, acude... No es más que en un día, en una hora fija, pero esa hora de ese día es suya.

— ¡Es que yo te aborreceré toda la vida nada más que por esa hora de ese día!

— Déjame entonces.

— No.

— ¿Prefieres que mienta y te diga que se olvidó?...

— Tampoco. Lo conoceré...

— Pues déjame, no hay otra solución, que mucho temo que esa imagen no me abandone sino cuando muera yo.

Y ella misma, aunque no muy convencida de tanto extremo, se estremeció de angustia al ligar eternamente el fin suyo con el final de aquel episodio.

VI

Enrique se acercó a Matilde. Y Matilde, cediéndole sitio en el amplio diván, cogióle una mano y le dijo:

— Que bobos hemos sido... ¿verdad, Enrique?... ¡Pudiendo hablar de nosotros mismos, perder tantos minutos en perseguir fantasmas!...

— Bien dices, Matilde. Pero confía en mí; el fantasma no volverá, que yo lo alejaré de nosotros.

Era una promesa de amor. ¿Quién, sino el amor de uno, hace olvidar y aleja y ahuyenta el amor de otro?...

— Te querré mucho, Enrique...

— Yo te quiero ya...

— Y seremos dichosos, sin que jamás tengas motivo de arrepentirte.

Y los dorados cabellos, y el sutil perfume de verbena, y el marmóreo busto embriagaron a Enrique. Y Enrique la besó en los azules ojos, porque tenía ilusión; la oprimió contra su pecho porque tenía ansia; y no supo decirle palabra, porque tenía odio...

Y como ella correspondiera a la amorosa presión, abandonándose a las caricias, que es como ceden las mujeres cuando el hombre no les es indiferente — pues siéndolo ellas mismas inician y secundan la batalla para terminar antes... — Enrique sintió el vértigo de la carne...

— Tengo ansia de ti... — le decía.

Y con la dulzura y la calma, y la seguridad del que se cree dueño, aunque sea momentáneo, complacíase en dilatar la posesión para acrecer el encanto, saboreando conmovido el tenue rumor de aquellas palabras, que lo expresaban todo sin mancillar ningún alarmado pudor.

— ¡Tengo ansia de ti, Matilde!...

Entonces, con el fino brincar del tigre, lanzóse sobre ella, que cedió esperanzada ante el merecido ataque, y ciñendo las dos manos al ebúrneo cuello, con la rodilla hincada en los palpitantes pechos para dominar el cuerpo, y un pie en el suelo para aumentar el ímpetu, Enrique empezó a oprimirla, a apretar el cuello, y lentamente, estudiadamente, apretaba, apretaba...

— ¡Abre los ojos! ¡Abre los ojos!

Y como ella no obedeciese pronto, volvió a gritar desesperado:

— ¡Abre los ojos, que te mato!

Y los azules ojos se abrieron, y la sorpresa y el espanto volvió a retratarse en ellos...

Enrique seguía apretando el amoratado cuello, y lívido él mismo rugía:

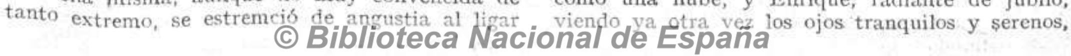
— ¡Sal, alma traidora, sal del alma de Matilde!...

Y como el alma no salía, apretaba más para obligarla.

— Huye pronto, huye, deja esa alma en paz... ¡Vete, alma condenada de Luis, vete, vete, vete!

Y para forzarla a salir, apretó más aún el cuello de Matilde, ¡y apretó más todavía, y más y más!

Por los ojos de Matilde pasó como una sombra, como una nube, y Enrique, radiante de júbilo, viendo ya otra vez los ojos tranquilos y serenos,



abrió las manos, apartóse de ella, y saltando de inmensa alegría gritaba:

— ¡Ya huyó la traidora, ya eres libre! ¡Hosanna, Matilde!

En el diván, el arrogante busto continuaba tendido; el dorado pelo reflejaba sus cambiantes de oro; la sutil verbena perfumaba el ambiente, y los claveles rojos, en venganza de haber sido arrojados al suelo, salpicaron la alfombra con gotas de agua que irradiaban destellos de luz como si fueran brillantes o lágrimas.

Y los azules ojos miraban sin ver...

Y Enrique, cuando las flores cayeron todas de sus manos, salió corriendo para contarles a la luna, y a las estrellas, y a las innúmeras almas que flotan por el espacio, la victoria de un alma sobre otra alma, y el triunfo del amor sobre un recuerdo.

VII

Como este mundo está muy mal dispuesto, es difícil contarle algo secreto a la luna y a las estrellas y a las almas que vuelan por los cielos... Escucharon a Enrique su cántico de triunfo, e interpretándolo mal, detuvieron al triunfador, apenas salido de la casa de Matilde.

La criada alborotaba ya a la vecindad con sus alaridos, y allá fuése la gente a fisgonear, presintiendo un crimen pasional, emocionante, con detalles íntimos...

Pero el doctor, avisado por teléfono, llegó inmediatamente para destruír tan hermosa fantasía.

— ¿Un crimen?... ¡No! Aquello no era un crimen. El certificaría la locura de Enrique del Alamo.

Precisamente se trataba de un caso muy bonito y muy curioso, que él certificaría con mucho gusto, ya lo creo.

Y se puso a explicarles a los policías y al comisario, y a su colega, el médico forense, cómo se desarrollaba la demencia paranoica...

Mientras, Enrique se lamentaba de aquella injusticia que con él cometían, deteniéndole arbitrariamente, cuando acababa de libertad a Matilde de un alma traicionera...

Y mientras, los azules ojos, cubiertos por una sábana, aguardaban inmóviles la sábana de tierra con que para siempre se velarían...

MANUEL LINARES RIVAS



DICHO Y HECHO, por Macaya

MATIENZO DE ACTUALIDAD



— Soy el hombre del día. Para el hombre del día los secretarios de la intervención no son ministros.



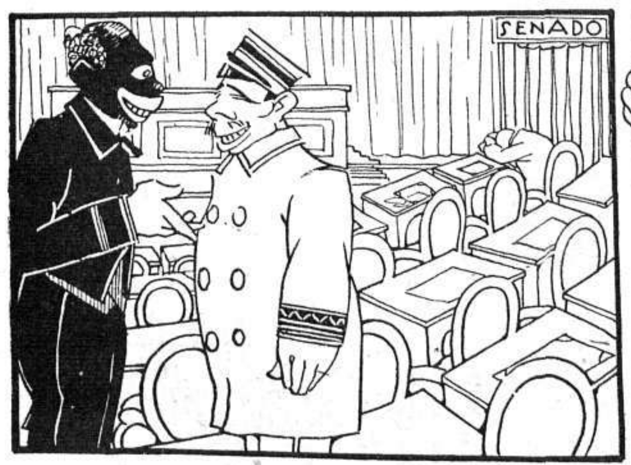
— Ni la Municipalidad tiene derecho de edificar o demoler sin mi permiso. Sigo siendo el hombre del día.



— Del asunto de Córdoba no hablemos. Para un hombre que ocupa la atención pública, como yo, ese no es asunto.



— Yo me he jubilado como procurador general de la nación; pero no pienso jubilarme como ministro. Para eso soy el hombre del día.



— ¿Esto es una vista del áspero Far West?
— No; es una vista del dolce far niente.

CANTILO PACIFISTA

— Yo no rompo mis relaciones ni con la Casa Rosada, ni con la calle Brasil, ni con el Vaticano. Yo vivo en paz con todo el mundo.



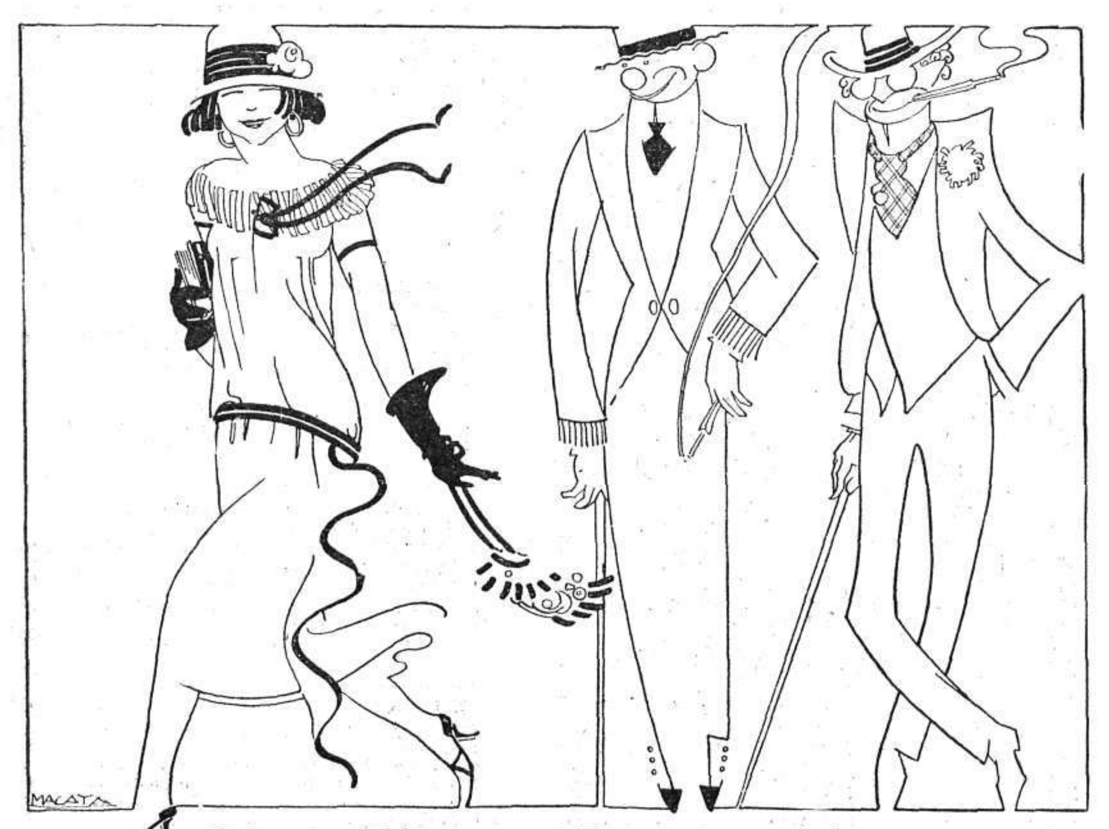
Concurrentes al festival organizado por la C. D del Cicles Club Argentino en honor de las familias de sus numerosos socios.

Miembros de la Comisión Directiva y de la Comisión de Fiestas de la Sociedad "Residentes del Ayuntamiento de Forcarey en el Plata" a cuyo celo débese el éxito obtenido en los últimos festivales.

Homenaje

Público homenaje tributado por los miembros del magisterio de la capital al doctor José Rezzano al dar por terminada su larga y destacada actuación al frente del gobierno escolar.


Un traje vende otro traje
Esto sucede invariablemente en nuestra casa, debido a las altas calidades de nuestras modernas confecciones para hombres. Los precios son siempre sensacionales.
TRAJES HECHOS de media estación o verano, en casimires de óptima calidad, corte perfecto y sólida hechura .... $ 35.—
TRAJES HECHOS de media estación o verano, casimires de pura lana, infinidad de gustos y tonos, corte de suprema elegancia, $ 45.—
TRAJES HECHOS, modelo de un botón, muy elegante, sólidamente confeccionados en muy buenos casimires extranjeros.. $ 55.—
TRAJES HECHOS de media estación o verano, en casimires extranjeros de alta calidad, gran variedad en tonos y dibujos.. $ 75.—
TRAJES CAZADORA con pantalón o con breeche, confeccionados en la mejor gabardina.............................. $ 45.—
N. B. — TRAJES a MEDIDA, en los mejores casimires extranjeros de última moda, a $ 130— y .... $ 110.—
MURO Y CIA
BME. MITRE-ESQ. MAIPU



Una Chica Enciclopédica

— ¡Qué chica tan mona ha pasado!
— Se llama, según me han contado.
Juliana
Mariana
Damiana
Audía
Badía
y García.

— La chica descuella a su modo.
— Parece que entiende de todo.
— Pintora,
escultora,
oradora.
— Sesuda
y aguda,
sin duda.

— Escribe unos versos curiosos.
— Algunos se han hecho famosos.
Medita,
recita
y edita
cuartetos,
tercetos,
sonetos.

— Sus obras no suelen ser claras
— Ha dicho unas cosas muy raras,
de Suecia,
de Grecia
y Venecia.
— De Anteo,
de Orfeo
y Morfeo.

— De todo discurre con brillo.
— La chica conoce al dedillo
sulfuros,
bromuros,
cianuros,
nitratos,
boratos,
sulfatos.

— No hay agrio censor que no alabe
su ciencia. ¡Gran Dios lo que sabe!
Budismo,
kantismo,
krausismo.
Fonética,
estética
y ética.

— Publica tratados de higiene.
— Y es grande la fama que tiene
de hermosa,
garbosa
y graciosa.
— De huraña.
— Y extraña.
— Y tacaña.

— La chica es un poco irascible.
— Si no se la juzga infalible,
molesta,
inmodesta,
protesta.
— La chica
se pica.
— ¡Se explica!

— Y ¡nada! no encuentra marido.
— Resulta que en vano ha vivido
penando,
rabiando,
gastando
su labia
la sabia.
¡Qué rabia!

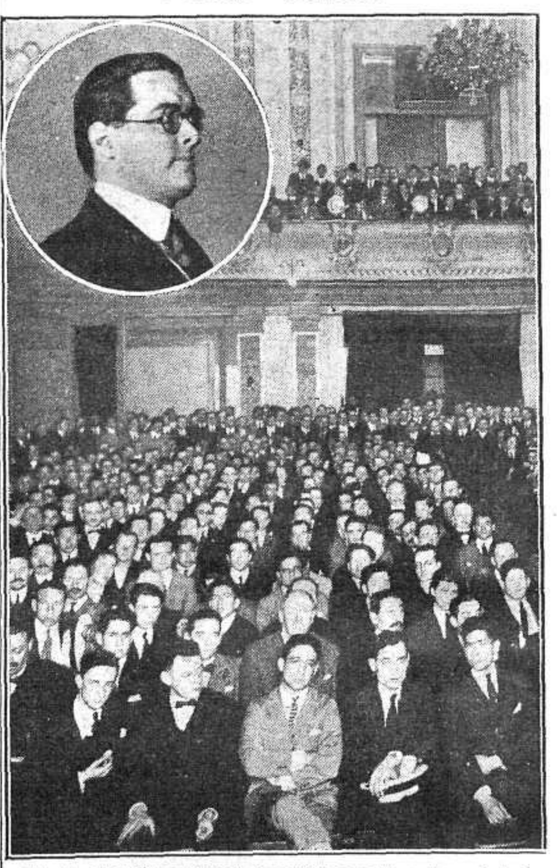
Luis García.

Dibujo de Macaya.


Odeon


Nuevos
Discos Nacional

Notas varias



El salón de la "Casa Suiza", durante la notable conferencia dada por el doctor Alfredo Fernández Verano, presidente de la Liga Argentina de Profilaxis Social a beneficio de la misma institución. — En el ángulo: el conferenciante.



El señor Francisco Amicarelli, joven concertista, dotado de un temperamento musical no común y asombrosa técnica, cualidades que le han proporcionado un rápido triunfo ante el público amante de lo bello.


Señora:
Sin un CORSE bien hecho su mejor vestido le sentará mal.
La CASA IZQUIERDO
490, Carlos Pellegrini, 490
especialista en CORSES y FAJAS de calidad, cuenta con el más grande y espléndido surtido y en él hallará Vd. el modelo que su cuerpo necesite.
NUESTRO REGALO «Pictorial Review» del mes de Noviembre de 1923.
GRATIS
A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de esta preciosa Blusa de gran moda, en la medida que nos indique y como Regalo, un ejemplar de nuestra revista de modas y literatura "Pictorial Review" (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de Noviembre de 1923.
CASA IZQUIERDO
La MAS IMPORTANTE de SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490
BUENOS AIRES
U. Telef. 38 MAYO, 0313
CORSE FAJA
Modelo No. 75.
De elegantísimo corte, abierto atrás con ojalillos y en los costados con presillas y botones. Confeccionada en tricot elástico toda la parte delantera y rico coutil de hilo floreado en la espalda y 4 ligas de seda,
$ 25.—

De Avellaneda



Champaña de honor ofrecido al Intendente por el Congreso de Sociedades del cuartel N.º 6 de Avellaneda.

PRO ECONOMÍA DE PAPEL

La Asociación norteamericana de fabricantes de pulpa y de papel y otras 18 organizaciones filiales, se han reunido en Nueva York para celebrar el año XLVI de su fundación.

Al mismo tiempo se inauguró la primera exposición de industrias del papel.

El 99 por 100 de los siete millones de toneladas de papel que anualmente se fabrican en los Estados Unidos, procede casi totalmente de la pulpa de madera. Las talas impuestas a los bosques son causa de que haya que ir a buscar la primera materia a distancias cada día mayores, de las fábricas correspondientes. Los Estados Unidos encuentran que cada año dependen más del Canadá para el suministro de madera, y se habla de medidas restrictivas que tratan de adoptarse en territorio canadiense, para proteger las áreas forestales. Desde luego pesa ya un embargo sobre la madera de todos los montes propiedad del Estado.

La Asociación se dispone a emprender una activa campaña en todo el país para evitar el derroche de papel y el aprovechamiento del usado. Se enseñará a las madres y a los niños lo que vale el papel viejo, a fin de que no lo quemen, destruyendo la posibilidad de aplicaciones futuras.



SILVESTRE

CUANDO concurría a la escuela rural — ya grandecito — el maestro se impacientaba por sus breves y lacónicas respuestas. Un día — estando aquél de buen humor, le dijo, provocando la risa en los demás alumnos:

— Oiga, Arellano: ¿usted cree que la lengua ha sido hecha para que esté siempre pegada al paladar? Despéguela si no quiere que se le atrofie por falta de funcionamiento...

Y, ante la risa general, el mocetón se puso rojo de rabia, mirando a sus compañeros de tal modo, que éstos, interpretando fielmente su actitud, callaron a un tiempo para evitarse graves disgustos a la salida del colegio.

No tenía, sin embargo, ningún defecto orgánico, ni siquiera «frenillo». La mudez le «salía de adentro», como expresión de su carácter reconcentrado. Eso sí: sus gestos hablaban. Las miradas torvas, los fruncimientos de cejas, las crispaciones de músculos en el cuello y en las manos, daban a entender, con sobrada elocuencia, lo que sus labios contenían, como ciertas oscilaciones débiles en varios puntos de la costra terráquea determinan una zona propicia a los terremotos.

Antes del año abandonó la escuela. Tenía que dejar de entrar en ella, como ella no entraba en él. La lógica, a veces, es contundente como un golpe de maza.

También abandonó el hogar, el pobre rancho, viejo y torcido por los temporales. El padre — un buen paisano, sin vicios, sensible en su candor de criollo, ignorante, a pesar de los años — le buscó por todas partes sin encontrarle, y la madre — una madre a la antigua usanza — lloró su desaparición toda la vida, no obstante los disgustos que la daba aquel cachorro silvestre, movido por instintos de rebeldía, heredados quién sabe de qué ejemplar remoto de su estirpe.

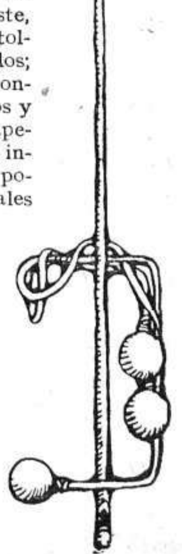
Transcurrió el tiempo, el tiempo inexorable, que desgasta las cosas y borra hasta los recuerdos, cuando ellos no están conservados — según la frase del poeta romántico — en la «urna santa de los corazones maternales», y Silvestre Arellano, el terrible alumno de la escuela campesina, había afirmado las condiciones virtuales de su temperamento, como las «espinas de la cruz», que ya pinchan bravías, cuando nacen, y son garfios de acero cuando llegan a la plenitud de su desarrollo. Su juventud — primavera sin ningún amable florecimiento — sólo vivióla para demostrar la fuerza de sus ímpetus, y ¿cómo podría ensayarla mejor, sino con el arma al brazo — la mortífera lanza de hoja flamígera, exornada con la media luna cortante, de puntas aguzadas en las piedras de afilar de las «cuchillas»? Fué revolucionario impenitente. Hernani montaraz cuya alma vibraba al sonido estridente de los clarines facciosos. Victorioso o derrotado, nadie jamás le vió abatido. Era el más diligente en partir hacia el «entrevero» y el último en salir de entre el engranaje sangriento del remolino. Cuando podía arrimarse al fogón del campamento — sin hablar, como de costumbre — se arreglaba los jirones de la ropa y los de la carne, sin tiempo para dar puntadas firmes, y sus compañeros, sometidos al imperio de su omnipotencia silenciosa, iluminada por aureolas de heroísmo, le reverenciaban — también silenciosamente — cuidadosos de no excitar sus bravezas, que siempre resultaban trágicas. Sabían demasiado que su diestra era ágil para saltar de donde estuviese posada al mango del cuchillo, y como un relámpago, a los cuerpos.

Pasada la guerra, desaparecía, sin que nadie supiese su paradero, como acaeció cuando se fué del hogar. ¿En qué espeso bosque se ocultaba? ¿En qué rincón de la tierra había fabricado su guarida?

□□

EL doctor Ortiz, médico distinguido, viejo enamorado de las cosas de «la tierra», en cuanto llegaba el calorcito estival, abandonaba a su clientela del pueblo y se trasladaba a su «estancia», en compañía de su esposa y su hija. La «estancia» era una vasta extensión de campo situado en un punto muy lejano de la República, en un rincón agreste, en el que aun se veían rastros de toldería y lienzos de fortines derruídos; en los últimos límites del campo, frondosos bosques naturales; arroyuelos y «cañadas», que se salían de madre apenas caían las primeras lluvias del invierno, y un extenso «bañado», poblado a trechos de altos matorrales de juncos, «pajas bravas» y espartillos, en donde se perdían los vacunos que se aventuraban a internarse en aquel terreno casi inexplorado de «tembladerales» eternos, en busca de hierba fresca y jugosa, durante los tiempos de sequía.

El la amaba, así con ese aspecto salvaje de heredad inculta, invadida por la savia fecunda de la naturaleza que rellena los huecos de mullidos gramillales; tiende tapices esmeraldinos en las enormes praderas y hace bro-



tar yuyos perfumados en las hendiduras de las rocas.

Una mañana en que el doctor iba a montar a caballo, el capataz le dijo, azorado:

— Patrón, del otro lao el bañao grande, en la isleta, he encontrao a un hombre acostao entre el pajonal.

— ¿No sabe quién es?

— He tratao e saberlo preguntándole cómo se llamaba, pero no ha contestao; se me hace que está enfermo, porque tiene los ojos serraos y tirita como e frío.

— ¡Ah! — dijo el doctor. — Le ha de haber atacado el chucho.

Quedóse un momento pensativo buscando explicación al hallazgo del capataz. Luego preguntó:

— ¿El carrito puede pasar al otro lado?

— Sí, señor, con algún trabajo.

— Bueno: lleve dos peones y traiga al enfermo para curarlo.

□□

Ya era medio día, cuando el vehículo se detuvo en el patio, conduciendo al nuevo morador de la «estancia». Era un hombre corpulento, joven aún, de cara cetrina, tipo de indígena. Usaba «chiripá» negro, calzoncillo «cribado» y «botas de potro», asomando por la punta de éstas el primero y segundo dedo, cubiertos de barro. Cuando lo bajaron, se vió en la cintura un enorme «facón» y en la parte delantera un trabuco naranjero de caño de bronce en forma de corneta.

— Un matrero — dijo el doctor Ortiz, bastante contrariado.

En aquellos tiempos, no era extraño la presencia de esos vagabundos peligrosos, sobre todo en las «estancias» que ofrecían seguro refugio, como la suya, a los perseguidos de la justicia. Pero el «esteral» tiene sus inconvenientes: los ofidios son compañeros de vivienda, que sólo se hacen visibles cuando muerden, y el «anhófheles», el terrible portador del germen palúdico, se reproduce, formando nubes casi compactas que flotan sobre los charcos verdosos, incubándose entre los filamentos gomosos de las algas amarillas.

El doctor Ortiz examinó al desconocido, comprobando que padecía de un ataque violento de «chucho», como él lo suponía. Le hizo acostar y atender debidamente. La alta temperatura le había amodorrado y cuando parecía despertar, los accesos estremecían sus músculos con temblores epilépticos, haciendo insoportable el continuo rechinamiento de los dientes.

Un sentimiento de piedad incontenible llevó a las dos mujeres hasta la cabecera del enfermo.

— Un hombre que vive así, — dijo la joven, — tiene que ser muy desgraciado.

Y ella, más que su madre, se interesó por la vida de aquel hombre misterioso, cuyo aspecto simbolizaba el medio ambiente duro y extraño de aquella naturaleza que se exhibía a sus ojos, llena de tupidas frondosidades y de espinosas marañas.

□□

Cuando la garra de la fiebre empezó a aflojar sus crispaduras, el enfermo se incorporó en el lecho, de pronto, con la actitud del que sale de una pesadilla pavorosa. Miró a la joven que estaba parada frente a él, como una blanca visión de ensueño y sus ojos se agrandaron por el asombro y el temor.

—¿Qué ha pasao? — interrogó con voz insegura, queriendo arrojarse de la cama.

— Aguarde — respondió la joven — ya viene papá y él le explicará todo.

Llegó el doctor y al verle sentado, le dijo:

— No se levante todavía, que está aun delicado.

Y como él obedeciera, agregó:

— Dentro de veinticuatro horas ya podrá hacerlo sin cuidado ninguno. Ha tenido el chucho y lo hemos encontrado en la isleta del bañado. Tenga paciencia, amigo...

Miró al doctor y a la joven, y su cara adquirió cierta placidez como si la confianza empezase a tranquilizarle.

— Ahora — agregó el doctor — va a tomar el alimento que mi hija le va a mandar y trate de dormir hasta mañana.

Hizo un signo afirmativo con la cabeza y dijo, después de visible esfuerzo:

— Muchas gracias...

— Está entre amigos — siguió el doctor — y de que se mejore, no tiene necesidad de ir a vivir entre los pajonales. Aquí tiene casa...

— Muchas gracias — volvió a decir — agregando a media voz, con intención de demostrar su gratitud:

— Yo soy Silvestre Arellano.

— ¿El famoso... Arellano?

— El mesmo...

— Yo no le he preguntado nada — dijo el doctor — quienquiera que sea, para mí es lo mismo.

□□

Al otro día, cuando se levantó el doctor Ortiz, el capataz, que estaba esperándolo, le dijo:

— Dotor, el enfermo ha juido... a pie, de juramento, porque no falta ningún caballo...

— Se ha de haber ido anoche...

— Ansina ha de haber sido, porque los perros han ladrao mucho.

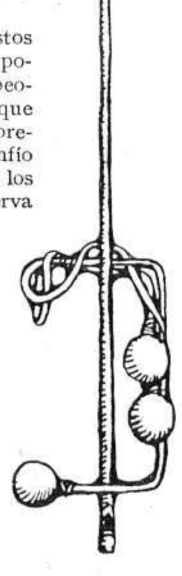
— Bueno — respondió, luego de meditar un momento:

— Déjelo no más.

Y agregó, riéndose:

— La cabra tira al monte y estos gauchos nómadas tienen horror al poblado. Ordene, sin embargo, a los peones que revisen bien el campo y que vigilen de noche la casa... por precaución... aunque yo no desconfío mucho de él... El más feroz de los hombres tiene siempre una reserva de gratitud en la obscuridad del alma, que sirve para moderarle los instintos. Y el criollo malo, no es tanto... como lo pintan...

□□



La familia dormía. Fuera de los rumores del campo que parecen más sensibles en la noche, no se notaba indicio ninguno anormal que llamara la atención del peón vigilante, guarecido en la enramada próxima. De pronto, apareció ante él un hombre emponchado. El peón, al

verlo, salió a su encuentro para sorprenderle, diciéndole:

— Paresé sino quiere que lo mate.

— No grite, amigo y óigame por bien de tuita la familia...

El peón vaciló, receloso. Luego, sospechando que el aparecido era el hombre que estuvo enfermo en la casa, preguntóle:

— ¿Y qué quiere a esta hora?

— Recuerde al patrón, sin meter ruido, y digalé que Arellano ha venido pa avisarle que esta noche va a asaltar la estancia una gavilla e forajidos...

No habían concluído de hablar, cuando hasta ellos llegó el rumor inconfundible que producen los caballos lanzados al galope.

— No se quede ansina quieto como un horcón — dijo el hombre, con tono imperativo — ¿No ve que ya están cerquita?

□□

Cuando el doctor salió de su habitación, ya no se oía rumor ninguno. Con algún recelo, interrogó al «matrero»:

— ¿Y cómo sabe usted que iban a asaltar la casa?

— No pierda tiempo al cuhete, dotor.— Ahura no hasen ruido porque se han apiao. Junte a los piones y armelós, porque esa gente es terrible, sanguinaria y hay que madrugarla... Yo la conozco...

Así se hizo con toda premura. Arellano apostó a algunos hombres afuera, con el encargo de atacar a los asaltantes, en cuanto se pusieran a tiro y el resto adentro del patio, cercado de una alta paréd de mampostería, con gruesas rejas de hierro.

Pronto sonó la primera descarga, que no arredró mucho a los atacantes, porque se les vió trepar las paredes y saltar al patio. El tiroteo arreció, quedando fuera de combate algunos enemigos. Pero eran muchos...

Entonces el matrero se dispuso a buscar algo en la sombra, sin dejar de pelear un momento. Al fin pareció encontrar lo que buscaba. Era al capitanejo de la gavilla. Se echó sobre él, tirándole una cuchillada, mientras le decía:

— Mandate mudar di aquí, sinó querés dejar la vida.

El otro, al oirle, le gritó atropellándole:

— ¡Ah, traicionero! ¿Cuánto te pagaron por el trabajo? Pero no lo vas a difrutar, canejo, yo ti lo asiguro.

Y le pegó un tiro a quemarropa.

Arellano se balanceó, sosteniéndose en pie por un esfuerzo casi inverosímil de equilibrio, y sacó a su vez, de la cintura, el enorme trabuco de corneta, descargándoselo a su rival en el pecho. Ambos cayeron casi a un mismo tiempo, uno al lado del otro, en tanto el resto de los asaltantes al ver caído a su jefe huían a la desbandada.

□□

Esa misma noche, Arellano, mortalmente herido, dijo sus últimas palabras; iba a morir hablando, él, que pocas veces lo había hecho en su vida.

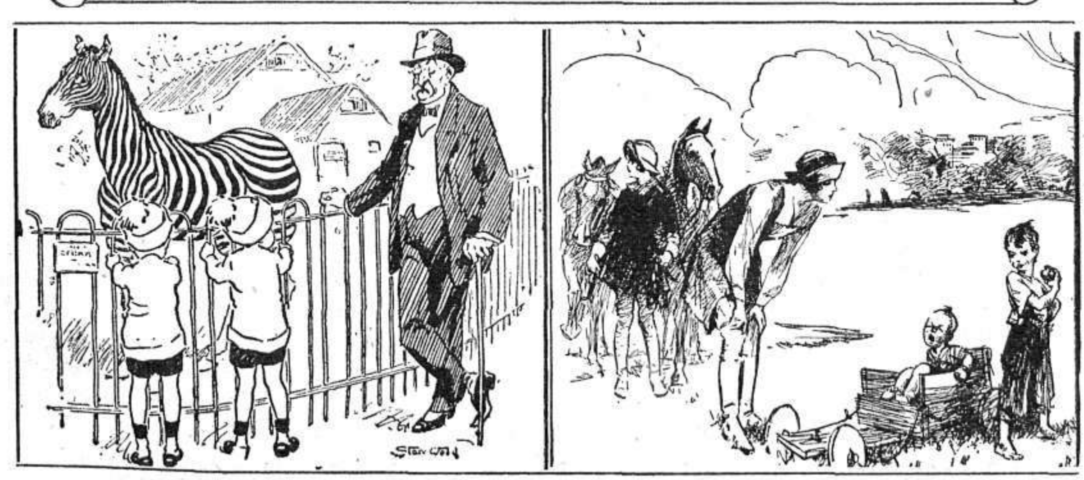
— Niña — expresó, mirando con emoción a la hija del médico;— *por usté he querido ser güeno*, pero estaba e Dios que no iba a tener tiempo bastante...

— Se engaña — respondió la joven, profundamente conmovida; — lo que ha hecho esta noche por nosotros jamás lo olvidaremos, y Dios se lo ha de tener en cuenta.

— Gracias... niña... — respondió él, trabajosamente, cerrando los ojos.

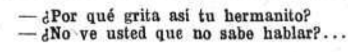


SANTIAGO MACIEL



— ¿Qué es este animal, tío?
— Una zebra.
— ¿Para qué sirve?
— Para ilustrar en los diccionarios la letra Z...

— ¿Por qué grita así tu hermanito?
— ¿No ve usted que no sabe hablar?...



De Lanús



Público que concurrió a la gran velada artística organizada por la comisión directiva de la Sociedad de Fomento de Villa Obrera, celebrando el cuarto aniversario de *su fundación.*

Escena final del drama "*Alma doliente*", del señor Berutti, que obtuvo un brillante éxito.

En París se Divulgan Secretos
relacionados con la belleza de una célebre actriz.



Las revistas parisienses más difundidas entre las damas "chic", han comentado extensamente las declaraciones de una actriz sobre los secretos de "toilette" de una compañera de arte, célebre por su fresca belleza, a pesar de... sus muchos años de actuación artística...

Más que la reproducción de los comentarios, ha de interesar a nuestras gentiles lectoras la transcripción de algunas recetas, que indican los métodos y elementos a los cuales exclusivamente debe su belleza la famosa artista.

¡No retoque su cutis: cámbielo por otro "nuevo"!...

EL sistema más moderno para mejorar el cutis consiste en "quitar, en vez de agregar" al cutis malo. Por medio de un suave procedimiento de oxigenación, quítase el cúmulo de materia gastada que, adherida fuertemente al rostro, ocasiona la flojedad, palidez y sequedad del cutis. La aplicación de cera mercolizada (pure mercolized wax) durante varias noches, extendiéndola sobre el rostro lo mismo que si fuera cold cream, produce rápidamente los resultados deseados. Al contacto con el cutis, la cera descarga oxígeno libre, que destruye totalmente la materia muerta, sin afectar los tejidos sanos. Eliminadas todas esas adherencias, queda en seguida al descubierto el cutis lozano y joven, que toda mujer tiene inmediatamente debajo de la cutícula vieja. La cera mercolizada, que se encuentra en toda farmacia, es altamente beneficiosa para el cutis, al que nunca puede causar daño.

¡Quítese los barrillos, pecas y feos puntos negros!...

EL nuevo tratamiento del cutis del rostro por el sistema del baño espumante de la cara, extirpa instantáneamente los puntos negros, grasas y poros que nos afean. Es inofensivo por completo, agradable y de un efecto inmediato. Todo lo que tiene usted que hacer es echar una tableta de stymol (de venta en las farmacias y droguerías) en un vaso de agua caliente, y tan pronto como haya desaparecido la efervescencia que se produce, bañe usted su cara con este líquido. Cuando se seque usted, encontrará que los puntos negros han salido de su guarida para ir a morir en la toalla, que los poros de su cara se han contraído y que también ha desaparecido la grasitud, dejando el rostro liso, suave y fresco. Este tratamiento debe repetirlo usted con intervalo de varios días, para asegurarse de que ese primer resultado se convierta en realidad permanente.

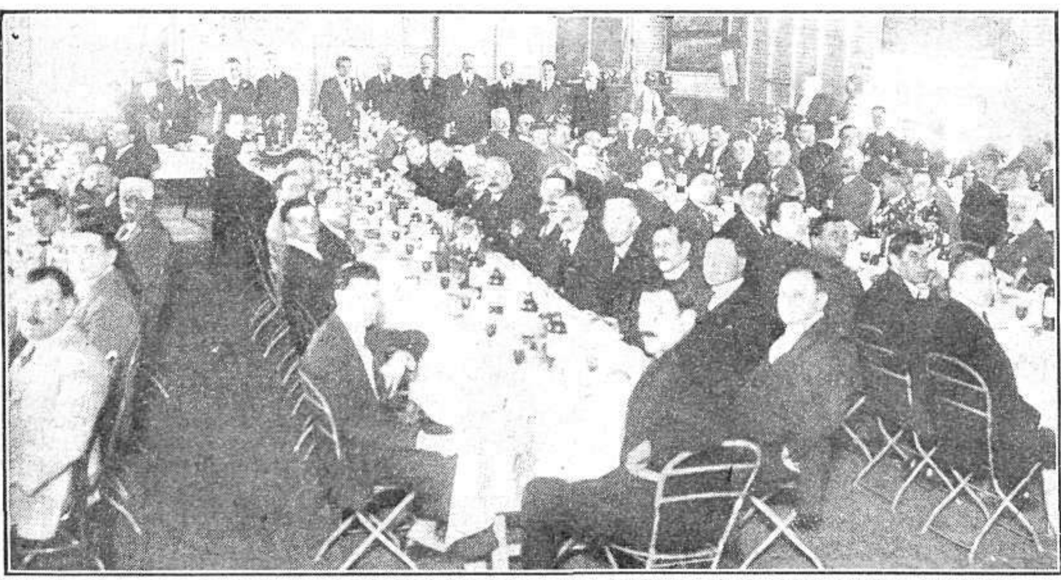
No crea que el vello es una "desgracia irremediable".

LAS damas a quienes contraríe el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera, que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

Una hermosa cabellera es lo que "el marco al cuadro".

LA belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante, están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo, a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

De Isla Maciel



Banquete con el cual se cerró brillantemente el ciclo de festejos con que la Sociedad Roma conmemoró la batalla de Vittorio Veneto.

IGUALDAD

La igualdad no significa toda la vegetación a nivel; una sociedad de matas grandes y de encinas pequeñas; un conjunto de envidiosos hostilizándose. Civilmente la igualdad significa el camino abierto a todas las aptitudes; políticamente, lo mismo, pero para todos los votos; religiosamente, el mismo derecho para todas las conciencias. La igualdad tiene su órgano y este órgano es la instrucción gratuita y obligatoria.

El derecho al alfabeto. Por ahí se debe empezar. La escuela primaria impuesta a todos. Tal es la ley. De la escuela idéntica sale la escuela igual. ¡Sí! ¡Enseñad! ¡Luz! De la luz emana todo y todo vuelve a ella.

VÍCTOR HUGO.

Pocas veces siente el hombre el peso abrumador del remordimiento; mientras que el niño se preocupa por cualquier bobada.



EL CENTRO DE BUENOS AIRES:

Joyerías y teatros y comercios,
rascacielos enormes,
multitudes humanas que se estrujan
en masas multiformes;
confusión semoviente que trasunta
una rauda vorágine ruidosa
que va arrastrando hacia las cumbres albas
el esplendor de mi ciudad radiosa.

EL BAJO FONDO PORTEÑO:

Abstrusos callejones
del barrio de la Boca,
cuyas fermentaciones
ciertas náuseas provoca;
abirragadas callejas
de tintes infernales,
subsuelos negros de tragedias viejas
que saben a febriles saturnales,
turpitudes y lamas,
sonambulistas sueños
que concilian las noches con las almas
hoscas y sempiternas,
¡cuando se incendia el bajo fondo en llamas
entre una apocalípsis de tabernas!...

LA MULTITUD:

Allí, la multitud amplia y sañuda
en los grandes estadios de Palermo:
busca, quizás, la realidad desnuda
en el confín de su idealismo enfermo.

Es un mar tempestuoso que se crispa
en un turbión de grescas y de insultos,
¡mientras presagia en sus clamores roncos
sus bárbaros tumultos!

Pero estas iras, multitud, que arbolas,
siempre han de ser como las pobres hiedras:
¡tan fugitivas como son las olas
y tan estúpidas como son las piedras!...

LA ESPERANZA DE LA RAZA:

En tu vientre, ciudad, es donde amasas
en mosto azul, la humanidad más pura:
¡allí pules, magníficas las razas
que han de afianzar tu excelsitud futura!...

EL CONTRASTE DE MI CIUDAD:

Por tu vida, ciudad, yo no te injurio,
diré lo que me dicte tu presencia:
¡eres himno doliente en el tugurio
e inefable placer en la opulencia!

LO ETERNO FEMENINO:

Con tus lujos, ciudad, y con tus sedas
sin tu sexo triunfal no vales nada:
¡si hasta he visto más sol en tus veredas
al pasar una falda perfumada!

LA ESTÉTICA DEL BALNEARIO:

Como que es para el pueblo
este alegre balneario
¡su euritmia veraniega no es de un tono
asaz extraordinario!

LA ABULIA DE MI RIO:

Debajo del crepúsculo silente
y en un trágico asomo,
sobre la arena de la playa ingente
hincha el gran río su negruzco lomo.

Y en un largo bostezo,
como un adiós tardío,
se aleja de la playa, mar adentro,
aburrido y cansado, nuestro río.

MÚSICA BALNEARIA:

En la aquiescencia de esta tarde plúmbea
y entre el cariz de un popular remango,
¡sinfoniza la orquesta de los bares
la soñolienta exultación de un tango!

TRAVESURAS DEL CÉFIRO:

Y mientras el gentío soñoliento
arrastra sus abulias sempiternas,
¡todas las chicas, por huir del viento,
no saben dónde colocar las piernas!...

LA MUJER PORTEÑA:

Allí va la mujer: niña o matrona,
se ha gestado en mis viejas democracias:
¡ni griega ni romana ni sajona...
argentina en su síntesis de gracias!...

SÍNTESIS FINAL:

Y mientras tanto, por allá, en Palermo,
la pobre tarde, en su mundano hastío,
¡deshoja en nuestro corazón enfermo
todas las rosas de su adiós tardío!...



CESAR GARRIGÓS

De Villa Urquiza



Asistentes a la asamblea celebrada en la escuela N.° 14 del Consejo escolar 16 para constituir la comisión "Pro Infancia".

EL HOMBRE DE LOS SEIS SENTIDOS

Suele decirse que el sexto sentido del hombre es de «hacerse cargo».

Del que vamos a citar ignoramos si sabrá hacerse cargo; pero es indiscutible que posee un sexto sentido.

La policía inglesa lo ha empleado varias veces para descubrir objetos robados, enterrados en muchos casos a muchos kilómetros de la escena del robo.

En una ocasión describió con toda precisión dónde se hallaban ciertas mercancías robadas, sin salir de su casa.

Otra vez se perdió un perro de raza valiosa, y cuando, después de varios días de inútiles investigaciones, se dió por vencida la policía, el hombre del sexto sentido señaló el lugar (bastante lejano) donde se hallaba el can, y allí se le encontró. Este individuo, que se llama Halvorsen, ha descubierto también mineral de hierro bajo una profunda capa de nieve.



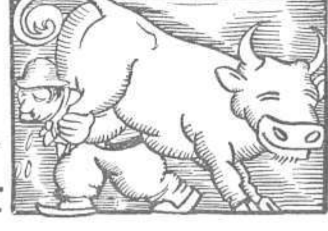
Vino
ARIZU
El Orgullo de
la Producción
Nacional
Llevan como distin-
tivo la marca "Arizu"
estampada en las eti-
quetas, cápsulas y corchos

De San Fernando



Gran festival artístico-musical, a total beneficio de la "Asociación Cooperadora Labor y Caridad" de la Escuela Profesional de Mujeres, de San Fernando.

AMARRETE EN EUROPA



POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE





Mi dilecto amigo Amarrete, que llegó hace varios meses de la Argentina para estudiar el problema de la carne, ha venido a visitarme después de haber recorrido media Europa. Yo he experimentado singular alegría al ver entrar en mi casa al viejo y querido Amarrete. Su abierto y franco carácter, su espíritu, entre gaucho y urbano, sus sagaces observaciones y su lenguaje espontáneo y pintoresco me han producido la impresión de trasladarme repentinamente, como por un canuto, a la bien querida tierra.

— ¡Amigo don Pancho! ¿Cómo dice que le va yendo?...

— ¡Amarrete! ¿Pero de dónde sale usted?...

— Vengo de recorrer Uropa, amigo. He estado en Francia, en Inglaterra, en Austria, en Alemania, en Italia, en los Balkanes, ¡en el diablo a cuatro!; y me he asomado no más a Rusia; sólo he visto una puntita, porque aquello, compadre, está feo...

— ¿Y qué impresiones trae de su viaje?

— ¿Pa qué le voy a andar con rodeos? Malas, amigo. Uropa, si no se enderieza pronto, si no rumbea en otra forma, va a cantar pa el carnero. El Continente de los gringos va mal. No hay más que papel, sin Caja de Conversión y, es al ñudo, amigo, si no hay garantía, el papel no vale ni pa tacos de escopeta. Uropa, amigo don Pancho, está pior que nosotros. Se ven, eso sí, muchos automóviles, porque la compadrada de la gasolina ha entrado por todas partes; nadie quiere ser menos; pero todo ello no es más que puro bulebú con soda; la plata, mi amigo, no vale nada y toda Uropa está de cólera. ¡Viera, compadre, cómo he andado, en Alemania y Austria! Pa comprar fósforos había que llevar una carreta de papel. Yo le decía al *intéprete*, al lenguaraz del hotel que me acompañaba: «¡Pero, amigo, por qué no le meten más números al papel, y así no habría que ir tan cargado!...»

— ¿Y cómo andan las cosas por la Argentina?

— Como la mona, compañero. Las vacas no levantan cabeza. Es al cohete; no hay que hacerle; abajo y abajo...

— ¿Y el gobierno? ¿Qué hace?...

— Macanea un poco de tarde en tarde, diciendo que todo se enderieciará con sus proyectos. Los presenta a la Cámara; empieza la discusión y aquello, amigo, es un batuque; y las vacas no suben, y el país se funde, y los hacendados están fulos, y todo se lo lleva el diablo.

— ¿Estará muy preocupado el Presidente?

— Vea, compadre, el Presidente no es malo, pero... ¡tanta fiesta, compañero, tanta fiesta!... El anterior, don Hipólito, era medio chúcaro para la vida social; el actual, en cambio, no falta a ninguna reunión. Es un Presidente lo más paquete. Los otros días estuve en Versalles, viendo aquellos salones, un lujo de la gran flauta. Y, al recorrerlos, iba yo pensando: «¡Qué buen papel habría hecho aquí don Marcelo, yéndosele al humo a la Pompadur».

— Bueno, bueno, amigo Amarrete; pero, dígame usted: ¿en qué consiste el problema de la carne? ¿Se ha vuelto vegetariana Europa?

— No, mi amigo. Uropa no come pasto; le sigue metiendo al asado y al guiso lo mismo que antes.

— ¿Entonces?...

— Vea, compañero: yo he estudiado el asunto en Londres. Y le juro, ¡gran flauta!, que allí nos están caloteando la plata como si fuéramos sonsos. El consumo no ha bajado; los ingleses mangian como siempre; los precios son los mismos que antes de la guerra, y las vacas, amigo, allá, en el pago, no valen un zorro. Ahí está la cuestión...

— No me lo explico, amigo Amarrete...

—Muy sencillo, don Pancho. Los frigoríficos, amigo, que se han juntao, han formado una patota y nos están mandando al hoyo...

— ¡Pero, amigo! ¿por qué ustedes, los hacendados, no montan frigoríficos?...

— Nosotros, amigo don Pancho, no sabemos más que montar el picaso. El problema, ¡no hay que hacerle!, sólo tiene esa solución: arrebatarles nosotros a los ingleses y a los yanquis los frigoríficos. En cuanto regrese yo al páis, pienso hablar con mi compadre Scarlatto para que me arregle una entrevista con el Peludo. Porque el Peludo, amigo, es siempre el Peludo, ¡no hay que hacerle! Yo soy radical de los viejos, ¿sabe?, peludista, amigo, hasta que hinque el pico. Además el Peludo es hacendado, conoce la ganadería y, si se tercia, amigo, sabe hacer un rodeo y voltiar un novillo, lo mismo que le hizo parar las patas al régimen. Sus enemigos políticos le tomaban pa la butifarra porque a cada paso mentaba a Fenelón, que, entre *parientesis*, ninguno de ellos, ni el Gato Amarillo, ha *ládo* nunca. De que fuí a París, me largué en seguida, amigo, a ver la estatua de Fenelón; porque cuando el Peludo lo ha mentao tanto, es que el francés no era ningún sonso en el gobierno y...

— Sí, sí — le atajo; — pero, ¿qué le va usted a exponer al Peludo? ...

— Pues, después de decirle que he visto la estatua de su amigo Fenelón, por que esto siempre le ha de gustar, pienso hablarle así: «Vea, mi jefe: nosotros lo tenemos todo, los campos, las vacas, los novillos, todo, y nos explotan ¡gran flauta! los que no tienen más que la heladera. ¡Pero esto no puede ser; no se lo explicaría, amigo, ni Fenelón! Pare la oreja, *priésteme* atención: es como si uno tuviera el hotel, los abastecimientos, la carne, los cueros, todo, y resultara, amigo, que le roba el cocinero. ¿Qué haría el fondista en este caso? ¡Pero ni se pregunta! Bajar a la cocina y colgarle la galleta al cocinero...»

— Amigo Amarrete — le digo: — el Peludo conoce a su gente; es un psicólogo del país, y me imagino lo que le contestaría a usted.







— Largue el rollo no más, don Pancho...

— Pues le diría: «Le agradezco mucho, amigo Amarrete, que, acordándose de mí en París, haya usted ido a ver la estatua de Fenelón. Ello me indica que no es usted un frívolo, uno de esos farristas del régimen que el partido radical, con la mira puesta en los cimientos básicos de las instituciones, que son la fuente permamente en que se inspira la austeridad ciudadana y...»

— Parece, amigo don Pancho, que estoy propiamente escuchando al Peludo...

— Bueno; luego bajaría el tono, porque don Hipólito tiene dos estilos: uno, el estilo político, entonado, vibrante, sermonario, un poco ampuloso, con ciertas alegorías, a la manera del Antiguo Testamento. No está ello mal, porque el lenguaje, en la cumbre del poder público, debe ser elevado, noble y un poco misterioso y providencial. El otro estilo de don Hipólito, el estilo íntimo, es sencillo, llano, persuasivo, convincente, agudo en sus observaciones, lleno de lógica y saturado de realidad. Políticamente, su estilo es el do de pecho. En la intimidad, toca con sordina. Bien, pues: para hablar de la carne emplearía la sordina, el tono quedo, persuasorio, exento de artificios retóricos...

— A ver, amigo: ¿qué diría el Peludo...

— Pues le diría a usted esto: «Oigame, amigo Amarrete: su ejemplo del hotel y el cocinero está muy bien; es sencillo, claro, plástico y práctico. Sólo tengo que hacerle una observación. Es muy importante el gaucho que sabe hacer un rodeo; pero también lo es el paisano que sabe hacer el asado. Hay gauchos que no hacen otra cosa, y les va lo más bien. En Micheo, mi amigo, tiene gran importancia el que asa, y yo le estimo mucho. Por lo demás, compañero, ni duda tiene que los frigoríficos debían ser nuestros. Los grandes hacendados debían asociarse para establecerlos. Pero aquí se presenta la dificultad, que dimana de nuestro carácter criollo, de nuestra psicología; porque tenga usted en cuenta que, en el fondo, todos nuestros problemas económicos son psicológicos. Sobra capital criollo para fundar sociedades anónimas de frigoríficos. Ahora bien: nunca, mientras no cambie nuestra psicología, se reunirá este capital. ¿Por qué? No hay confianza, amigo Amarrete. Todos sabemos que el presidente y el directorio de nuestros supuestos frigoríficos empezarían por así ganarse unos sueldos bárbaros. Luego vendrían las recomendaciones, supliendo el favor al tecnicismo. Se desataría la especulación. Los métodos administrativos serían un bochinche. Y, por último, mi amigo, se fundirían los frigoríficos. Aquí lo tenemos todo, como usted dice; pero nos falta una cosa muy importante: la aptitud para regir este todo, para encauzarlo, ordenarlo, y sacarle el máximo rendimiento...» — ¡Peludo viejo! ¡Ni Fenelón, compañero, suelta mayores verdades!...

— Y aun agregaría otras observaciones realistas su jefe.

— Diga no más, don Pancho. ¿Qué agregaría el Peludo?...

— Pues, seguramente, añadiría: «Amigo Amarrete: los hijos de nuestros grandes hacendados, en vez de ir a Inglaterra a estudiar estos problemas, que tanto interesan al país y a ellos mismos, se van a París a divertirse. Los verá usted en los bulevares, balnearios y playas, derrochando, arruinándose, perdiendo la salud y la plata, en lugar, mi amigo, de observar cómo se negocian nuestros productos y de aprender a venderlos, asimilándose los procedimientos ingleses y norteamericanos, que no constituyen, a buen seguro, ninguna metafísica imposible de dominar. Bastan un poco de voluntad y de aplicación».



— Cierto, cierto — le diría yo al Peludo; y lo que lo viera un poco confianzudo, le añadiría —: «Vea, mi jefe: París está lleno de criollos platudos; es una muchachada que no hace más que andar detrás de las macabisas, que son, viejo, ¡lindas no más! y de lo más paquetas. Viera, mi jefe: parecen emperatrices. Si algún día va usted por París... quién sabe si no endereza también, como los muchachos, hacia las macabisas. Porque usted está hecho un muchacho y entuavía ¿eh?...» Seguramente, él me dirá que prefiere ir a Micheo. Porque, basta que a don Marcelo le guste tanto París, para que el Peludo no le tenga afición. Andan los dos medio ladeaos hace tiempo...

* * *

Le pregunto luego por nuestro común amigo Agarramendi: «¿Cómo le va? ¿Salió a flote?»

— Vea, don Pancho: nuestro amigo Agarramendi se agarra a cualquier cosa en caso de apuro. Estaba metido hasta el eje en prenda agraria. Pero es hombre de grandes reso-





luciones. Y lo que vió venir la tormenta, agarró la familia y se apretaron todos el gorro pala estancia, levantando la casa de Buenos Aires. Nada de gastos al divino cohete. Y allí está, amigo, comiéndose la parición, porque no vale un zorro. Yo creo que el hombre saldrá no más adelante y salvará el campo. Mi compadre es buen gaucho. Los otros días recibí carta de mi ahijada y me dice que, a falta de tiatro Colón, se pasa el día tocando el vals de las olas en el piano de la estancia.

— Y usted, ¿cómo se ha salvado?...

— Cuando le vi las patas a la sota, me abstuve de poblar campo comprando vacas a precio de guerra. Yo — me dije — no me endeudo con los Bancos, porque voy a parar las patas. Los gerentes me ofrecían plata a montones. Pero yo sé cómo son los gerentes. De repente, ¡gran flauta!, se asustan y le hacen a uno formar; y si no puede, le mandan a uno al tacho por más que patalee. ¡Qué se vayan al carancho los señores gerentes!

— ¿Y piensa pasar muchos días por San Sebastián?

— No sé, amigo. Veremos. Ando sin plan, como bola sin manija. Esto es muy lindo. En París me dije: me voy a la tierra de los vascos. Buena gente. Me pongo una gorra y paso por hijo del páis.

Ya he visto varios amigos de por allá, que están haciendo sebo por aquí. Ayer estuve con Errandonea, el de Pehuajó; con Eceizabarrena, de Trenque Lauquen, y con Zavaleta, que ha levantado, amigo, un platal haciendo quesos en el Tandil. El porvenir está en el tambo, don Pancho. Váyase allá, compañero, métase en un tambo y mande la pluma a la gran flauta, porque escribiendo, es inútil, amigo, nunca tendrá plata. Y en estos tiempos el que no tiene plata, aunque sea Fenelón, está jorobado.

— Dígame, querido Amarrete: sus amigos, los vascos que me ha citado, ¿han podido capear la crisis?

— Vea, don Pancho: los vascos se salvan siempre: que la hacienda anda mal..., salen a flote con la casa de negocio; que baja la lana..., prosperar con la fonda; que fonda y ovejas se las lleva la gran flauta..., se ponen a hacer alambrados. Ellos se salvan siempre, de una manera o de otra; siempre arriba, siempre adelante.

Al despedirnos, me ofrezco para cuanto se le ocurra.

— Gracias, don Pancho. Ya vendré a verle con frecuencia.

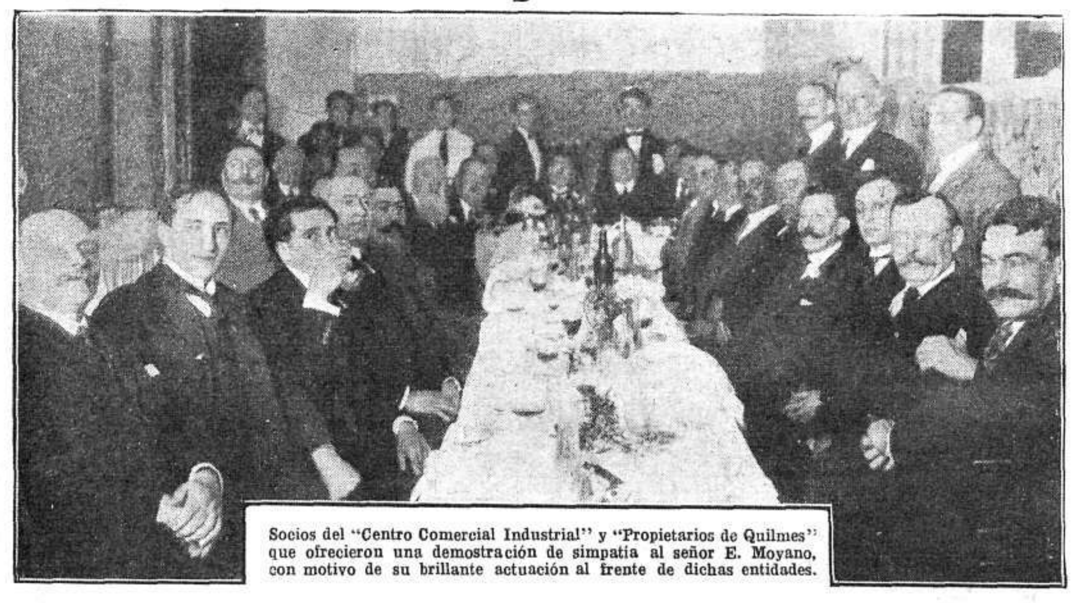
Creo que lo voy a pasar bien con los vascos de por allá que andan por acá. No cejan, amigo, de pedirme noticias; viven aquí con el cuero y allá con el pensamiento.

Yo les he expuesto la situación en la misma forma, poco más o menos, que pienso hablarle al Peludo. Y aunque saben que soy muy peludista, a gatas me han cráido que lo voy a ver...

SAN SEBASTIAN,
VIII — 923.



De Quilmes



Socios del "Centro Comercial Industrial" y "Propietarios de Quilmes" que ofrecieron una demostración de simpatía al señor E. Moyano, con motivo de su brillante actuación al frente de dichas entidades.

SIMILIA SIMILIBUS CURANTUR

Todo aquél que padezca una afección hepática, lo mejor que puede hacer es comer hígado.

Este sistema de curación no es nuevo. Dioscórides trataba la hidropesía con hígado de erizo secado al sol, y Galeno recomendaba el hígado de lobo contra la ictericia. Ahora, el doctor Brelet demuestra que es racional introducir hígado en el organismo, en cuanto se observa una insuficiencia funcional de este órgano, y los resultados confirman la teoría.

Como el hígado se altera rápidamente en el curso de muchas enfermedades de la nutrición, y esta alteración compromete gravemente el restablecimiento de la salud, Brelet aconseja que se coma hígado en casos de cáncer, tuberculosis y gota. También es bueno contra la diabetes.

En cuanto al modo de tomarlo, parece que lo mejor es comer pulpa fresca de hígado de cerdo o de ternera, en caldo tibio.



de los Nuevos Modelos Originales de la

SASTRERIA M. ALVAREZ

para Primavera y Verano

marcan una nueva era en el arte sastreril, por su inimitable perfección.

El cachet magistral de los famosos cortadores de la casa M. ALVAREZ, la prolija mano de obra de sus expertos operarios y el vasto surtido de los mejores casimires, forman un conjunto de elementos verdaderamente insuperable.

TRAJES DE MEDIDA

$ 130

Enviamos ALBUM DE FIGURINES y muestras de casimires al interior. Al solicitar muestras se ruega indicar el color y clase del casimir que prefiera, como asimismo el costo aproximado de la ropa que piensa encargar.

SASTRERIA DE LUJO

(La más grande en Sud América).



LA CASA M. ALVAREZ NO TIENE SUCURSALES



«No basta que la dama pudiente o de buena voluntad se dedique a obras de beneficencia, propiamente dichas, porque en éstas siempre se pone de manifiesto la jerarquía, la distancia que media entre el que da la limosna y el que la recibe.

«No; yo la exijo *aproximarse al pueblo*, hablarle y darle prueba de una verdadera *fraternidad cristiana* según el espíritu mismo del evangelio.»

Es oportuno recordar una vez más, lectoras amigas, estas palabras de Pío X, el Pontífice inolvidable, que llenó su apostolado con aquella su bondad sublime, toda luz, toda serenidad...

Sin embargo, es doloroso, profundamente doloroso, el comprobar que aquí en nuestra tierra hidalga y plena de generosidad haya provocado resistencias inspiradas por el egoísmo, el nombre del prelado ilustre que ha sabido ser un verdadero pastor de almas en nuestro ambiente; del que iniciara en breve pero luminosa jornada una obra de redención humana; obra que une a las distintas clases sociales en una sola y dilatada plataforma, *la de la ayuda mutua*...

Como el Divino Maestro, quiso acercarse a los humildes, en sus hogares, o en medio de la muchedumbre exaltada, revelando con su palabra luminosa las sublimes enseñanzas del Evangelio. Y quiso también platicar con los *grandes de la tierra* y hacerles interpretar el verbo divino con espíritu cristiano, inculcando, en los corazones egoístas e inconscientes, los grandes, ineludibles deberes de la fraternidad humana... La prodigiosa espiral que simboliza para nosotras el progreso incesante de los pueblos, de las razas, nos eleva, ampliando nuestro horizonte, nuestra comprensión, y si la caridad ha abierto, en verdad, el surco de luz imperecedera, es necesario hacer comprender ahora a *los grandes de la tierra*, que al participar de las ventajas con que les colmara su destino, a los desheredados de la suerte, *cumplen un deber sagrado*, porque la chispa de luz divina con que fuera creado nuestro *ego*, nos impone cumplir la misión de ayuda mutua, moral o material; el estímulo para el trabajo, la palabra que redime, que consuela, borrando en absoluto la jerarquía y la distancia del que da y el que recibe...

La expectativa es hoy angustiosa para los católicos de la Argentina; el pastor de almas, el maestro de bondad, designado Jefe Supremo de nuestra Iglesia por la más alta representación del país, había orientado ya la evolución impuesta por el progreso de la humanidad. *¡Sursum Corda!*

Levantemos nuestros corazones... Si hay momentos en que pueden sobrecoger el ánimo las ambiciones, o el egoísmo de nuestros semejantes, los espíritus grandes, aquéllos que nos enseñan el más absoluto renunciamiento, y que irradian serena y luminosamente una ferviente fe cristiana, nos reconcilian con la vida, nos hacen levantar la mente y el corazón...

* * *

Al lado de los grandes problemas sociales, los pequeños, los infinitamente pequeños, pero que merecen también anotarse en esta reseña de la vida nuestra...

«O locura o santidad», es el título de una de las obras del bueno de don José de Echegaray; *o locura o santidad* podemos repetir hoy, como lema del comentario mundano...

Si ofrece una brillantísima recepción una dama cuyos prestigios de respetabilidad, de abolengo y de cuantiosa fortuna hacen figurar su nombre entre los más destacados de la aristocracia argentina, y afirmando su superioridad invita a personalidades muy consideradas dentro de nuestra vieja sociedad, pero que no son ya figuras decorativas del ambiente brillantísimo y un tanto... liberal, que se prefiere hoy, el comentario implacable reprocha a la distinguida dama el que haya exhibido en las salas deslumbradoras de su residencia a una serie de figuras olvidadas, de *catafalcos* — según dicen las elegantes mundanas, — que no se admiten ya en ninguna parte... ¿Se ha visto alguna vez nada más inconsecuente que aquella fuerza terrible que llamamos *la sociedad*?

Y es que lo que se llama ahora entre nosotros *situación social* constituye una extraña anomalía... No importan el gran nombre, la respetabilidad ni la opulencia... Se puede tener todo eso, y carecer, sin embargo, de *¡situación social!* En cambio— en un país tan nuevo como el nuestro, sucede a cada rato — surge de pronto una familia, hasta ayer ignorada de todos... *La* o *las* figuras femeninas de la casa tienen *chic*, tienen, o aparentan tener muchísimo dinero, son obsequiosas hasta lo inverosímil, y deciden hacerse una situación social... A veces aparentan no ver ciertos pequeños desaires que no las hieren... Van y vienen de París eligiendo cuidadosamente el palacio flotante en que viajan miembros de la aristocracia. Se hacen presentes en las casas de duelo, en los grandes aniversarios, con una tarjeta siquiera, cuando no se consideran autorizadas a hacer personalmente su visita... Y con una perseverancia digna de tan codiciado premio, ¡llegan a alcanzar la anhelada situación social! Y conste que no critico esa sanción cuando se trata de halagar la pequeña vanidad de gentes buenas, sinceras, honestas... Nuestra sociedad debe ser democrática, aunque guarde siempre un culto por su vieja tradición de señorío y de recato...

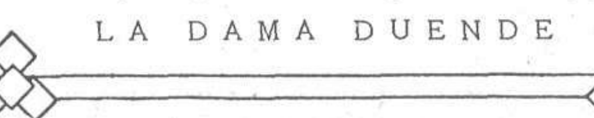
En cambio, muchas de las que son la base y el respeto de la sociedad porteña, damas cultísimas y distinguidas, deberían quedarse encerradas en sus hogares para no turbar el ambiente modernista de nuestras fiestas...

Pero escuchemos siempre el comentario. Se celebra también brillantísima fiesta en una residencia aristocrática; el elemento de matrimonios jóvenes es la base y alegría de la fiesta... Pero ocurre que se ha deslizado una invitación, justamente, a una de esas personalidades sociales que, según el mundo de los *snobs*, es un *catafalco* olvidado, porque no ha seguido con todo el fervor necesario la evolución modernísima... Y, naturalmente, fué tan grande su sorpresa al hallarse en aquel ambiente, que creyó haberse equivocado...

Las elegantísimas y esbeltas siluetas, de porte tan juvenil que nadie podría creer que algunas de ellas se dan el lujo de presentar hijas ya señoritas, adoptan, con la mayor inconsciencia, la moda impuesta para las gráciles cabecitas casi infantiles... La melenita provocatica es el furor del momento; esa melenita que da a toda mujer joven una *allure garconniere*, y no digamos a la que no es ya muy joven... Entonces el efecto es desastroso... La melenita, y a veces la ¿gracia...? del cigarrillo: la alegría desbordante...

El caso es que la dama aquellla — invitada sin duda por distracción a aquel centro ultramoderno — se encontró tan incómoda en la maravillosa fiesta, que me decía pocos días después: «Tuve la misma impresión que en mi último viaje a París, cuando me llevara mi marido — con esa curiosidad que nos mueve a cometer ciertas incorrecciones porque estamos en el extranjero — a conocer un *dancing*... Puedo asegurarle que la impresión ha sido muy penosa para mí...»

LA DAMA DUENDE



ENTRE LOS DETALLES INDISPENSABLES DE SU VERANEO, NO OLVIDE INCLUIR UN



PATHÉ-BABY

Es el Proyector Cinematográfico Ideal para el Hogar, en la Ciudad, en el Campo y en la Playa.

PERFECTO, SOLIDO, PRACTICO Y MANUABLE

Un niño puede manejarlo.

Donde no hay luz eléctrica, funciona con una simple batería.

TIENE UN REPERTORIO EXTENSO DE PELICULAS DE TODOS LOS GENEROS

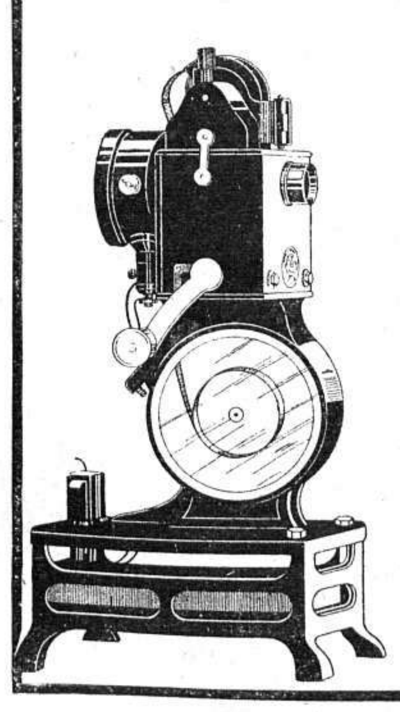
Alegría para los niños y solaz para los grandes.

Precio: $ 125.— m/n



EN BREVE: Los aparatos para tomar películas para el Pathé-Baby.

Una verdadera maravilla de fácil manejo.



SE REMITEN CATÁLOGOS GRATIS

UNICO CONCESIONARIO:

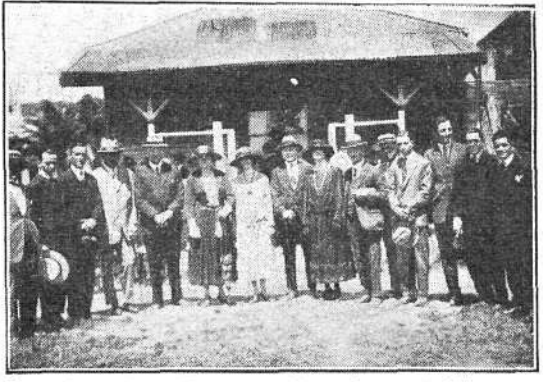
Max Glücksmann

Callao y B. Mitre — Florida y Lavalle.

BUENOS AIRES

18 de Julio, 966. Montevideo. — Córdoba, 1048. Rosario, S. Fe. Ahumada, 91. Santiago (Chile).

De Villa Urquiza



Jefes de las oficinas de Montevideo y Buenos Aires, de la "Western Telegraph", presenciando el partido internacional de football.



El cuadro uruguayo de telegrafistas de la "Western F. C." vencedor por 3 a 0.



El capitán argentino, señor Félix Goiriena, haciendo entrega de la bandera al señor J. Sciutto, uruguayo.



El cuadro argentino de telegrafistas de la "Western A. C."

TE BAGLEY

Reune las cualidades indispensables para obtener una infusión exquisita, aromática y delicada.

Pruébelo Vd.



De Carmen de Las Flores (F. C. S.)



Señoritas y jóvenes de esta localidad que integran el cuadro filo-dramático "El despertar", y que con todo éxito estrenaron el drama "Consejo Cruel".

UN AEROLITO COLOSAL

¡Un millón de toneladas formando una masa compacta y de una considerable densidad, que cae desde incalculables alturas del espacio entre rayos y truenos, relámpagos y atormentada atmósfera, y al caer se incrusta, se hunde en la tierra, he ahi un fenómeno que no es de todos los dias! Este es el fenómeno que, en tiempos anteriores a la historia, aconteció en el llamado Cañón del Diablo, en el condado Coconino, en el Arizona de los Estados Unidos.

El sitio donde esta masa de metal está incrustada, ha sido conocido desde inmemoriales tiempos por los indios de Navajo, que lo atribuyeron a tres de sus dioses quienes, buscando un infinito reposo, y desprendido de las estrellas en nubes atronadoras de azules llamas, dieron en tierra en medio de un cataclismo apocalíptico.

En la galería mineralógica del Museo Británico de Historia Natural, existe un tesoro de 83.369 gramos de peso de este famoso meteoro. En él puede verse que su composición es una masa carbonácea, en cuyo centro aproximadamente se halla incluída una pequeña masa de diamante y numerosos cristales de cárbido de hierro, conocido por Cohenita.

Este tesoro, enterrado, de unos cien metros de diámetro, pesa, según los cálculos, alrededor de un millón de toneladas.

Parece ser que dicha masa contiene de un noventa a un noventa y uno por ciento de hierro puro de primera calidad, un ocho por ciento de níquel y una onza de platino por cada cinco toneladas, además de un pequeño porcentaje de iridio y de diamantes microscópicos.

AVENTURA EN DIA DE LLUVIA..

Hay quienes en la vida de abordo, frente al mar azul, experimentan una exacerbación de su romanticismo, — dijo Merval, iniciando su relato. — Yo siempre me he sentido hondamente sentimental en los días de lluvia.

Diríase que el agua al caer, menuda o copiosamente, va cayendo sobre mi corazón para despertar en él esos blandos perfumes que emanan de la tierra mojada.

Ese sentimentalismo pluvioso — que también se hace lluvia en las pupilas — suele fomentar en mí pensamientos extraños. Una tenue filosofía, como una divagación monocorde que se acompasa a la lluvia que cae, mariposea fugazmente en mi cerebro.

Aquella tarde, refugiado en un café de la Avenida de Mayo, veía cómo la lluvia, impulsada por la ventolina, barría a transeuntes y vehículos.

El asfalto resplandecía como un lago negro, y la cortina de la lluvia, azotada por el aire, se deshilaba en turbiones que adquirían el aspecto de una humareda.

Fué entonces cuando me asaltaron pensamientos arbitrarios. ¿Por qué el agua del cielo es incolora? Mi temperamento de pintor que no pinta engendró aquella idea de carnaval. Si el agua de las nubes fuera roja, como la savia de ciertas plantas o como la sangre de nuestras venas, ¡qué aspecto trágico, de cielo que se desangra, adquiriría el paisaje! ¡Oh, la visión del rostro y de las manos mojadas por la lluvia roja!...

En cambio si el agua fuera azul — pensaba yo — todo sería ideal, optimista, ante los ojos, como si el cielo se diluyera sobre nuestras vidas en un llanto celeste... Pero la naturaleza ha querido hacer del agua un cristal incoloro, transparente, para que nuestras ideas no sufran influencia alguna. Como un espejo en el cual cada uno refleja su propio temperamento.

De estos pensamientos absurdos salté al amor, y una vez más sentí en mí la exaltación de la sangre moza. La lluvia me habla de recogimiento, de refugio galante, de friolera comunión amorosa.

Esa paloma que se arrebuja en el hueco de un balconaje vecino, erizadas sus plumas, temblorosa, aumenta en mí esta sensación de apasionamiento. Yo no sé si a ustedes les pasa igual cosa, pero siempre que llueve y la muchedumbre se dispersa sobre las calles, luminosas como negros ríos congelados, el corazón alienta una esperanza. Seguimos a la muchacha que va de prisa, cobijada bajo la cúpula de su paraguas; miramos con complacencia la habilidad de los piececitos femeninos sorteando las charcas, con ligereza de pajaritos que triscan en césped recién regado.

Aquella tarde la lluvia me hizo filosofar — disparatar si ustedes quieren; — después me hundió en pasajera melancolía, para llenarme luego de optimismo, a esa hora en que el cielo, cargado de electricidad, se ensombrece en violáceos matices.

Arreciaba el aguacero y pasaban por la calle menos personas, las primeras damiselas del atardecer con ojos curiosos; observaba el andar de sus pies menudos, como si tras ellos siguiese la huella de una aventura que habría de conmover mi marasmo sentimental.

❦

Y vino la aventura. Era una joven alta, rubia, de bellas facciones. Vestía con desaliño, como suelen vestir algunas extranjeras. Sus pies, calzados con largos zapatos de charol, carecían de coquetería. Su vestido negro, de luto, le daba un aspecto de viuda.

Miró hacia el café y, sin saber cómo, sus ojos se cruzaron con los míos en una mirada intensa. Me sonrió, con un sonreir tan franco, tan espontáneo, que sentí prenderse su sonrisa en mis carnes como el aguijón de un anzuelo.

Cogí mi sombrero, abrí el paraguas y, desafiando la lluvia, caminé tras ella. Al llegar a las esquinas me detenía para contemplarla más a mi sabor. Y ella me sonreía, como complacida de mi táctica donjuanesca.

Era bella, de una belleza poco común. Cabellos muy rubios, grandes ojos claros, mejillas sonrosadas. Contrastaba el blancor de su rostro con el luto de su vestido, un mucho holgado y fúnebre para su extremada juventud.

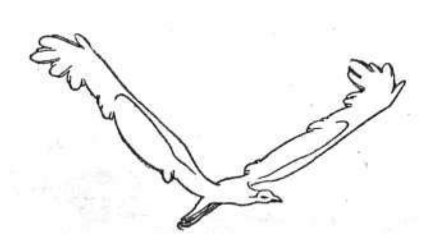
— ¿Quiere usted que la acompañe?... Mi paraguas es más grande que el suyo. Si lo acepta, se mojará usted menos...

Iba a su zaga, espiándola con el rabillo del ojo, queriendo descifrar su aquiescencia. Ella sonreía siempre y me miraba apasionadamente, pero ninguna palabra suya vino a estimular mi persecución.

«Quien calla, otorga», dice un refrán. Hasta aquel momento ella no había rechazado mis galanterías. Me sentía, por tanto, tácitamente autorizado para seguir en mi tenoriesca empresa.

Subió a un tranvía. Yo subí también, y desde mi asiento busqué su mirada. Debía yo contemplarla con tan grande arrobamiento, que ella me agradecía mi admiración con intencionadas sonrisas y, hasta con un leve guiñar de ojos que me dejó perplejo.

Me hice extrañas conjeturas. ¿Era viuda? No, no era posible. Ahora, más de cerca, había apreciado su edad. No podía tener más de unos diez y seis años y todo en su físico era candoroso e infantil. ¿Una mujer galante? No, de ningún modo... Todo en su aspecto revelaba honestidad e inocencia. Mi imaginación,



que, como ya he dicho, es fantástica en los días de lluvia, me hizo tejer una historia de suposiciones: la hija única, que viste de luto por su madre y vive sola con el padre anciano, criándose sin consejos, alocada e independiente.

Descendió en la Estación Retiro. Al verme que yo también compraba un billete para San Isidro, dispuesto a seguirla, me sonrió sin extrañeza alguna. Me coloqué en el asiento delantero, a fin de entablar un coloquio, pero ella no hizo caso de mis palabras en voz baja. Aparentaba ir absorta en la contemplación del paisaje, gris y turbio bajo la lluvia que se desencadenaba en tormenta.

Consulté mi reloj: eran las siete de la noche. Cenaría en San Isidro para retornar luego a Buenos Aires. Analicé mi conducta. ¿Perdía el tiempo siguiendo a la maravillosa y enigmática chiquilla? No, de ningún modo. ¿Acaso podía dudar de su sonrisa que pintaba un arco iris en mi día monótono? ¿Pero por qué no aceptaba mi charla? La miraba a los ojos y ella, como estremecida, bajaba medrosamente los suyos, en un gesto de pudor. Pero, después — he aquí lo extraño — la fijeza de sus ojos mirándome con esa impavidez que sólo se observa en los niños, me desconcertaba. Mi corazón latía gozosamente a la caricia de sus anchas y claras pupilas. Miré varias veces, tras los cristales, y allá afuera el campo y la ribera del río, temblorosos bajo el agua, me parecieron bañados de una luz celeste, como si mi pintoresca idea de la lluvia azul se cumpliera, diluyéndose el cielo sobre el paisaje y las cosas...



A nuestra llegada a San Isidro llovía torrencialmente. Nadie la aguardaba en la estación como yo me temía. La ofrecí mi paraguas y esta vez lo aceptó. Caminamos de prisa, a la hila de las murallas. Ella oía mis palabras mirándome con curiosidad, como halagada de verme tan audaz, pero no respondía sino con monosílabos, subrayados por amables sonrisas.

La casa estaba tan cercana a la estación, en aquella calle sombreada de árboles, que a poco andar, ella se detuvo. Estábamos frente a la verja, trepada de enredaderas, de un hermoso palacete circundado de jardines.

— Váyase para que no lo vean... Y vuelva luego a la reja...

Me hizo un gesto de despedida, con la mano enguantada, y tiró del cordón de la campanilla. Oí voces en el jardín y luego se hizo el silencio en absoluto. En lo alto del palacete brillaban algunas luces semiveladas por las persianas.

Me paseé, desafiando la lluvia, insensible a las injurias del agua, casi halagado de mi heroicidad. La esperaría allí todo el tiempo que fuese necesario, una hora, dos... Mis pies chapoteaban en el agua y ya desesperaba de verla, cuando escuché una voz que susurraba quedamente entre los hierros de la verja. Me aproximé, silencioso, y allí vi el rostro de la encantadora muchacha.

— ¡Pobrecito, no se moje más! Vuelva mañana, a esta hora...

Me tendía la mano por entre la verja. La acaricié, besándola con unción.

— ¡Es usted adorable!... ¿Cuál es su nombre, señorita?

— Laura...

Quise seguir hablando, pero me interrumpió con un gesto decidido:

— Hasta mañana. Venga a verme a esta hora. Así no me verán de mi casa... — Y se alejó riendo, en fugaz carrera, entre los árboles del jardín.

Me fuí, lo confieso, con el corazón vibrando de alegría, conservando en mis labios la caricia de su mano.



MERVAL hizo una pausa. Bien sabía él que su relato no causaba aun emoción en los que le oíamos, pero hizo un gesto melancólico, y sonrió significativamente.

— Volví al día siguiente — continuó diciendo — pero no me fué dable el verla. La casa parecía cerrada a piedra y lodo y sólo al anochecer se encendieron luces en los balcones. Paseé por frente a la verja, pero el jardín estaba desierto. Regresé a Buenos Aires sin cenar, descorazonado, calificando de coqueta y de cruel a la linda joven de las sonrisas.

Debo confesarlo. Laura llenaba mi pensamiento y, quieras o no quieras, hube de comprender que me había enamorado como un cadete.

La tarde siguiente, un domingo de buen sol, marché a San Isidro. Me confundí entre los numerosos paseantes que van de la metrópoli en busca de las apacibles villas ribereñas.

Varias veces pasé por frente del palacete y nada pude observar que calmase mis ansias. Desesperaba ya de verla, cuando de pronto se abrió una ventana y vi dibujarse en ella su graciosa silueta. Vestía de claro y llevaba los cabellos sueltos. Parecía tan infantil, que llegué a avergonzarme de mis treinta años. Me reconoció y me hizo un gesto amistoso con la diestra, como invitándome a la paciencia. Desapareció algunos instantes de la ventana, para reaparecer luego con una carta en las manos.

Comprendí claramente. Sin duda su familia le prohibía bajar al jardín.

Esperé ansioso, pero pasaron largos instantes sin que su clara silueta volviera a alegrar mis pupilas.

Reapareció en la ventana, pero una voz resonó imperiosa:

— ¡Laura, ven acá...!

Y unas manos nerviosas cerraron la ventana bruscamente, cegando la luz.

Quedé desconcertado. Cabizbajo, eché a andar lentamente por la acera, sin alejarme, como si aún quedase en mí alguna esperanza.

Oí abrirse la verja del jardín y unos pasos presurosos se acercaron a mí. Volví el rostro y no pude disimular mi sorpresa. Un señor anciano, de elegante figura, se encaró conmigo:

— ¿Quiere oirme usted algunas palabras?

Me descubrí tímidamente. Aquel buen señor, de rostro pálido y blancos cabellos, que me miraba benévolamente a través de sus anteojos, era el padre de Laura, no cabía duda. ¿Cómo explicar mi actitud...? ¿Qué responder a sus palabras...?

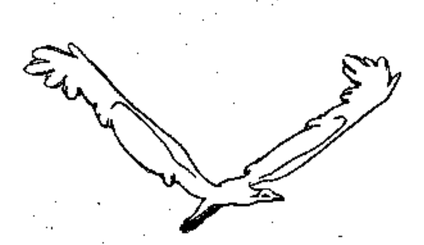
— Estoy a sus órdenes, señor...

— Iremos andando y así charlaremos libremente. Antes que todo debo presentarme...

Pronunció su nombre y se enteró de quien era yo. Caminé a su lado, cohibido, sin sospechar el alcance que iban a tener sus palabras.

— A usted le extrañará que venga a hablarle. Pero soy el padre de Laura y estoy en el deber de evitar tanto en ella como en usted toda ilusión.

No ignoro que usted hace tres noches, acompañó a mi hija desde Buenos Aires hasta



San Isidro y de que usted ha rondado todas estas tardes en la esperanza de verla nuevamente. Y yo estoy perplejo. O es usted un cínico que intenta abusar de una pobre niña inocente, o bien carece usted de espíritu de observación.

—No le comprendo, señor. No tengo porqué ocultarle que he seguido a su hija. No creo haber cometido con ello ningún acto incorrecto. Apenas si he cruzado con ella dos o tres palabras. Mê ha cautivado su belleza y eso es todo...

—Comprendo, comprendo... musitó el anciano. ¡Quiere decir que usted está ignorante de su desgracia! Dígame, ¿no observó usted nada extraño en mi hija?

Resaltó en el recuerdo su silueta un poco fúnebre, un poco de viuda, bajo la lluvia.

—Sí, tiene usted razón. ¿Por qué no decirlo? Me pareció estrafalariamente vestida...

—Doloroso es decirlo, pero mi hija está enferma. Desde que murió su madre, a la que adoraba, ha quedado así como alelada. No es locura irritable, no. Es una demencia que la tiene como suspendida en un éxtasis. Es irresponsable de sus actos, claro está. Nunca sale y todo su placer es ir con el cabello suelto y los pies desnudos. Hace dos años que está así, ¡y no se imagina usted la intensidad de mi dolor...!

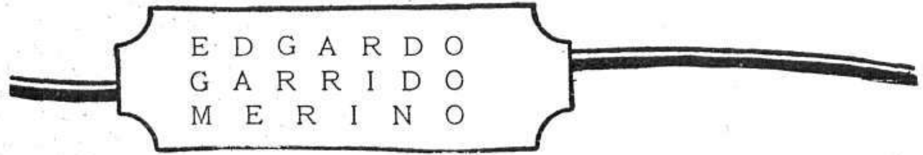
Yo oía las palabras reveladoras del anciano como una sentencia, que me traspasaba el corazón cual una saeta. Mis manos se crisparon en un gesto de impotencia, y el llanto vino a mis ojos.

...La otra tarde, cuando llovió, aprovechó una distracción de la servidumbre para escaparse. Se vistió con un traje de su pobre madre y no volvió hasta anochecido. No se imagina el disgusto que tuvimos. Ella es una niña sin voluntad, sin noción de los peligros. Y es tan bella y tan dulce, que no hay quien no se enamore al verla pasar... Yo comprendo que usted es un buen muchacho. Veo en sus ojos la emoción que han provocado mis palabras. Pero yo estaba en el deber de alejarle a usted y de hacerle conocer nuestra desgracia...

Se enjugaba el anciano los ojos con su fino pañuelo. Luego su mano estrechó las mías cordialmente.

Yo no quise hablar. La voz hubiera temblado desconsolada en mi garganta. Me despedí, diciendo varias frases circunstanciales, y eché a andar, camino de la estación, sin volver la cabeza hacia atrás. Anochecía, y unos negros nubarrones que venían del río se deshacían en menuda y lenta lluvia. Llovía suavemente, como si el paisaje quisiera epilogar con lluvia mi dolorosa aventura.

Regresé a Buenos Aires anonadado, vencido, como si toda mi alma hubiese experimentado una derrota. Y al ver llover, tras los cristales del tren en marcha, vino mi peregrina teoría de la lluvia roja, azul... No, esta vez no era celeste, cual un cielo que se diluye. Era gris, gris como las nubes, como el paisaje. Gris, como mi decepción...





La MUSICA,

después de las horas de trabajo, proporciona cierto descanso mental que no es posible obtener de ninguna otra manera, la música despeja la mente y la deja en perfectas condiciones para resolver los problemas del día siguiente:



Concertola

La CONCERTOLA

es el instrumento musical más perfecto y completo que se conoce; reproduce toda la música de todo el mundo, es la máquina parlante insuperable que satisface los gustos artísticos de los críticos musicales más exigentes; es el instrumento de diversión y cultura indispensable en todo hogar.

Nuestras ofertas sin precedentes ponen al alcance de todos estos maravillosos aparatos. — LEA:

N.º 4 bis. — **Preciosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en roble o caoba, motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas.................. $ **150.-**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 cada una.

N.º 5. — **Espléndida CONCERTOLA** igual al dibujo, mueble en rica madera de roble o terminación caoba, gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas.................................. $ **250.-**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una.

N.º 5 bis. — **Regia CONCERTOLA** igual al dibujo. Mueble fino en rica madera de roble o caoba con artísticos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas............ $ **330.-**
o bien $ 33 al contado y 10 mensualidades de $ 33 cada una.

Solicite catálogo general de discos N.º 22, enviándonos $ 0.20 en estampillas.

N.º 9. — **Gran CONCERTOLA** de lujo. Mueble fino Luis XV, en madera de roble o caoba, poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Brazo, membrana y demás accesorios dorados a fuego. Con 12 piezas y seiscientas púas...................................... $ **380.-**
o bien $ 38 al contado y 10 mensualidades de $ 38 cada una

VISITENOS O ESCRIBANOS HOY MISMO SOLICITANDO DATOS

DISCOS: Las grandes novedades de la temporada.

DISCOS DOBLES VICTOR, a $ 3.— c/u.

73995 — **Piropos.** Tango. / **Virginia.** Tango. Orquesta Cobian.

77057 — **El Buen Hombre.** Tango. / **Vida Amarga.** Tango. Orquesta Flores.

77021 — **My Sun, Mi Sol.** Fox Trot. / **Almagro.** Tango. Orq. Fresedo.

73981 — **Negrita.** Tango. / **Fray Mocho.** Tango. Orq. Berto.

19106 — **Sueños de la India.** Fox Trot. / **Donde nace el Ganges.** Fox Trot.

19068 — **Yes! We have no Bananas.** Fox Trot. / **La Mañanita vendrá.** Fox Trot.

DISCOS DOBLES NACIONAL, $ 3.— cada uno.

6213 — **Mi Llanto.** Tango. / **Desolación.** Tango con serrucho. Orquesta Firpo.

7403 — **La canción de mi novia.** Shimmy. / **El Mantón de Manila.** Pasodoble. Orquesta Pacho.

6932 — **Padre Nuestro.** Tango. / **Veranito de San Juan.** Shimmy con serrucho. Jazz-Band. Canaro.

6915 — **Nubes de Humo.** Tango. / **Paramount.** Tango. Orq. Canaro.

SEMANALMENTE RECIBIMOS NOVEDADES

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

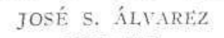
Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

BUENOS AIRES 24 DE NOVIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1312



UNA VISITA HISTÓRICA

S. M. doña Victoria Eugenia, Reina de España

S. M. Elena de Montenegro, Reina de Italia.

La visita de los reyes de España a Italia constituye todo un acontecimiento político de resonancia mundial y envuelve una significación muy grande dentro de las relaciones de ambos países, tan hermanados por analogías de idioma y raza y por trabazones históricas. Las recepciones que se les dispensarán a los augustos personajes, tanto en el Vaticano como en el Quirinal, harán época en los anales de las ceremonias protocolares fastuosas y solemnes.



LOS REYES DE ESPAÑA EN ITALIA





El Hon. Mussolini, a cuya entrevista con el Presidente del Directorio Militar español se atribuye gran trascendencia.

Doña Victoria Eugenia luciendo la mantilla española con cuyo clásico y gallardo atavío será recibida en el Vaticano por especial privilegio que disfruta la Reina de España ante la Santa Sede.

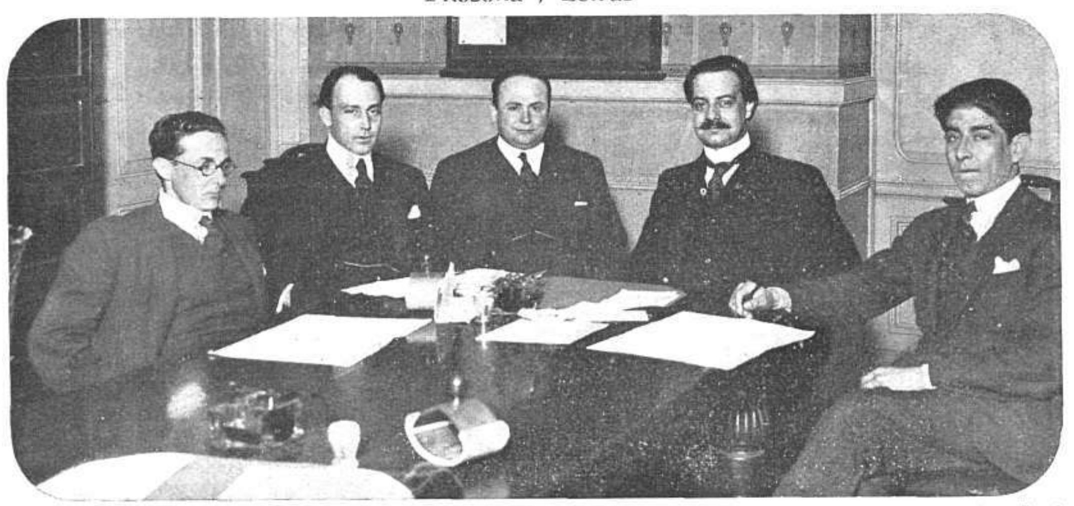
El teniente general D. Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, que acompaña a los Reyes en la histórica visita.

Vista general del Vaticano ante el cual una compacta mu-

Su Santidad Pío XI, el Sumo Pontífice que recibirá a

E L E C C I O N E S   U N I V E R S I T A R I A S

Filosofía y Letras

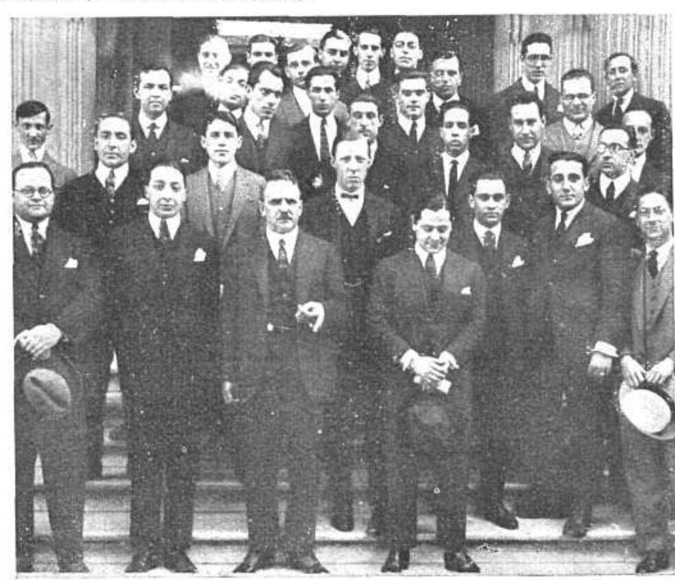


El decano de la Facultad, doctor Ricardo Rojas, rodeado de los consejeros y presidiendo la mesa en el acto del escrutinio. Resultaron elegidos los profesores siguientes: Clemente Ricci, Jorge Cabral, Salvador Oria, Juan Cassani, Félix F. Outes, Juan Chiabra y Juan Keidel, votados por los profesores; y por los estudiantes los señores Rómulo Martini y Roberto Giusti, siendo nombrado delegado titular al Consejo Superior Universitario el doctor Coriolano Alberini.

Derecho y Ciencias Sociales



Los señores Francisco I. Orive, Juan F. Sarrailh y Armando Levene presidiendo una de las mesas para la constitución total de las autoridades.



El doctor Francisco J. Oliver, delegado interventor a cuyo cargo se hallaba el rectorado, en compañía de un grupo de estudiantes, poco antes de dar comienzo a la función electoral en el local de la Facultad de Derecho.

Ciencias Exactas, Físicas y Naturales



FIRPO EN TERRITORIO ARGENTINO

La plácida sonrisa del campeón sudamericano al encontarse de nuevo en tierra argentina, asomado a la ventanilla de su coche y contestando a los saludos de la multitud que acudió a recibirle a la estación.



Firpo leyendo con el señor Lavalle las primeras noticias que se refieren a su regreso a la patria.





El rival de Dempsey enterándose personalmente de la información deportiva en uno de nuestros diarios.





Los habitantes de Gálvez, chicos y grandes, El público entusiasta aclamando al boxeador Una crecida multitud de admiradores con-

DESDE JUJUY A BUENOS AIRES

Firpo, obligado a salir a la ventanilla, saluda con gesto "paternal" a sus admiradores, quienes insistentemente le solicitan para que bajase del tren a fin de poder demostrarle más de cerca el regocijo que les causaba su presencia.



Curiosa fotografía de Firpo y su "sparing partner" al partir el tren de Gálvez.





Luis Angel Firpo en el coche-comedor del tren acompañado de su secretario, que le fué a esperar a Rosario.



Sacando fotografías para distraer los mo-



¡La mano, Firpo, la mano! Y el campeón

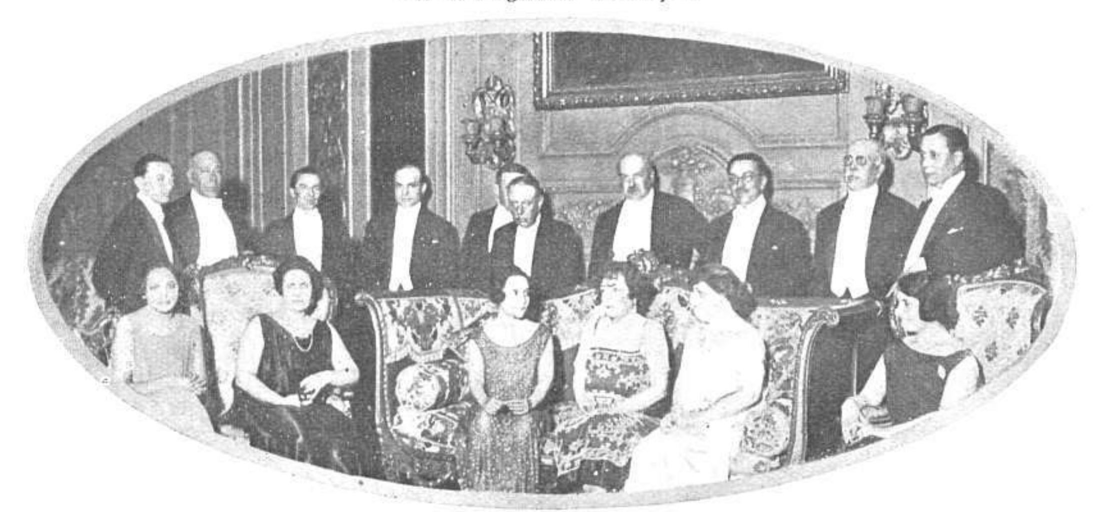
Firpo descendiendo del tren a su arribo a

Aniversario de la independencia del Brasil



El embajador del Brasil, doctor Pedro de Toledo; el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, su señora, miembros del Cuerpo diplomático y otras destacadas personas que asistieron a la recepción dada por el primero en honor de las autoridades argentinas con motivo de la celebración de la fiesta nacional de aquella república hermana.

En la Legación de Méjico



El ministro de Méjico, doctor Enrique González Martínez, y su esposa doña María Luisa Rojo; el doctor Gallardo y su señora doña Dalmira Cantilo, a quienes los primeros ofrecieron una comida en su residencia oficial; conocidas damas, el embajador de España y otros miembros de la diplomacia que asistieron a la brillante reunión.

En honor del ministro Sagarna



En el Club del Progreso

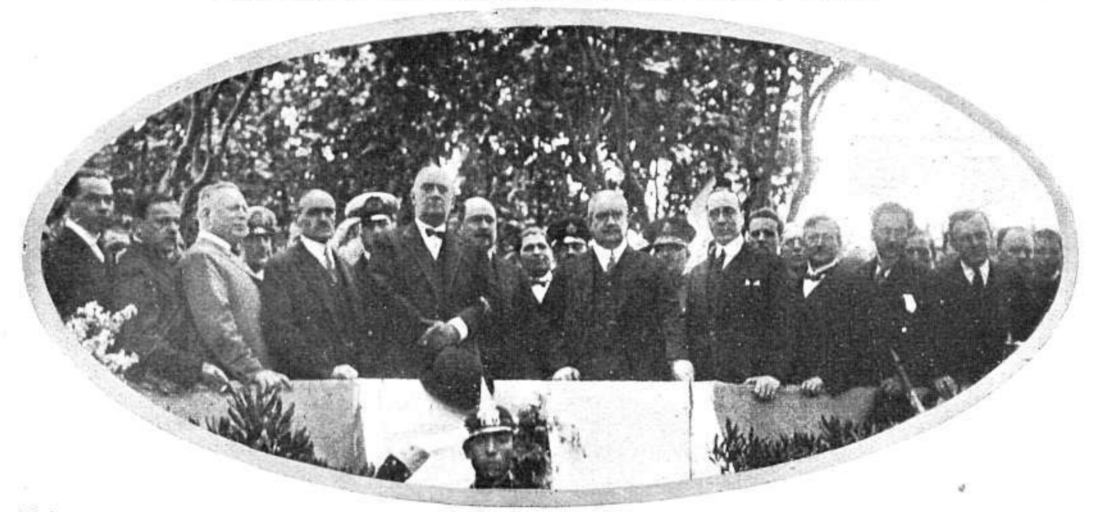


Demostración al Dr. Ricardo Rojas



El ilustre escritor argentino, los ministros de Méjico y del Ecuador, los doctores Carlos Ibarguren y Gregorio Aráoz Alfaro, y el doctor Julio Noé, director de la revista "Nosotros" que ofreció el banquete dado en honor del autor de la "Historia de la Literatura Argentina" para celebrar el gran premio nacional que acaba de concedérsele por unanimidad.

Inauguración del monumento a Vicente López y Planes



El doctor Alvear, el gobernador de Buenos Aires, miembros del Ejecutivo, diputados nacionales y otros altos personajes en la tribuna oficial frente a la estatua levantada en Olivos a la memoria del autor de la letra del Himno Nacional. El monumento, notable obra artística, es debido al escultor don Claudio León Sempere.

Asociación argentina de Radium



Antonio Bravo

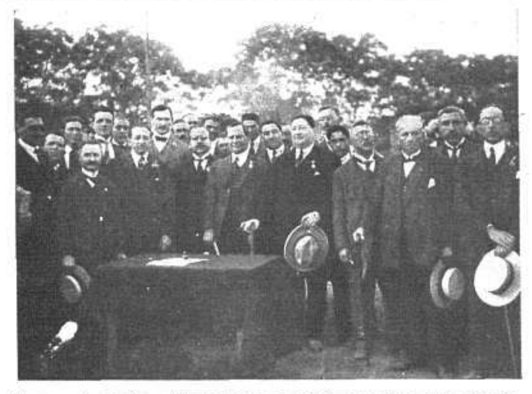




El ministro de Instrucción Pública, doctor Agustín Araya, rodeado del presidente del Consejo, doctor Gandolfo, del señor Giménez y de otras distinguidas personas que asistieron a la conferencia dada por el primero acerca de la educación del niño.



Los directores y propietarios del diario "La Capital" y otras personalidades celebrando con un banquete el 56.° aniversario de la difundida publicación.



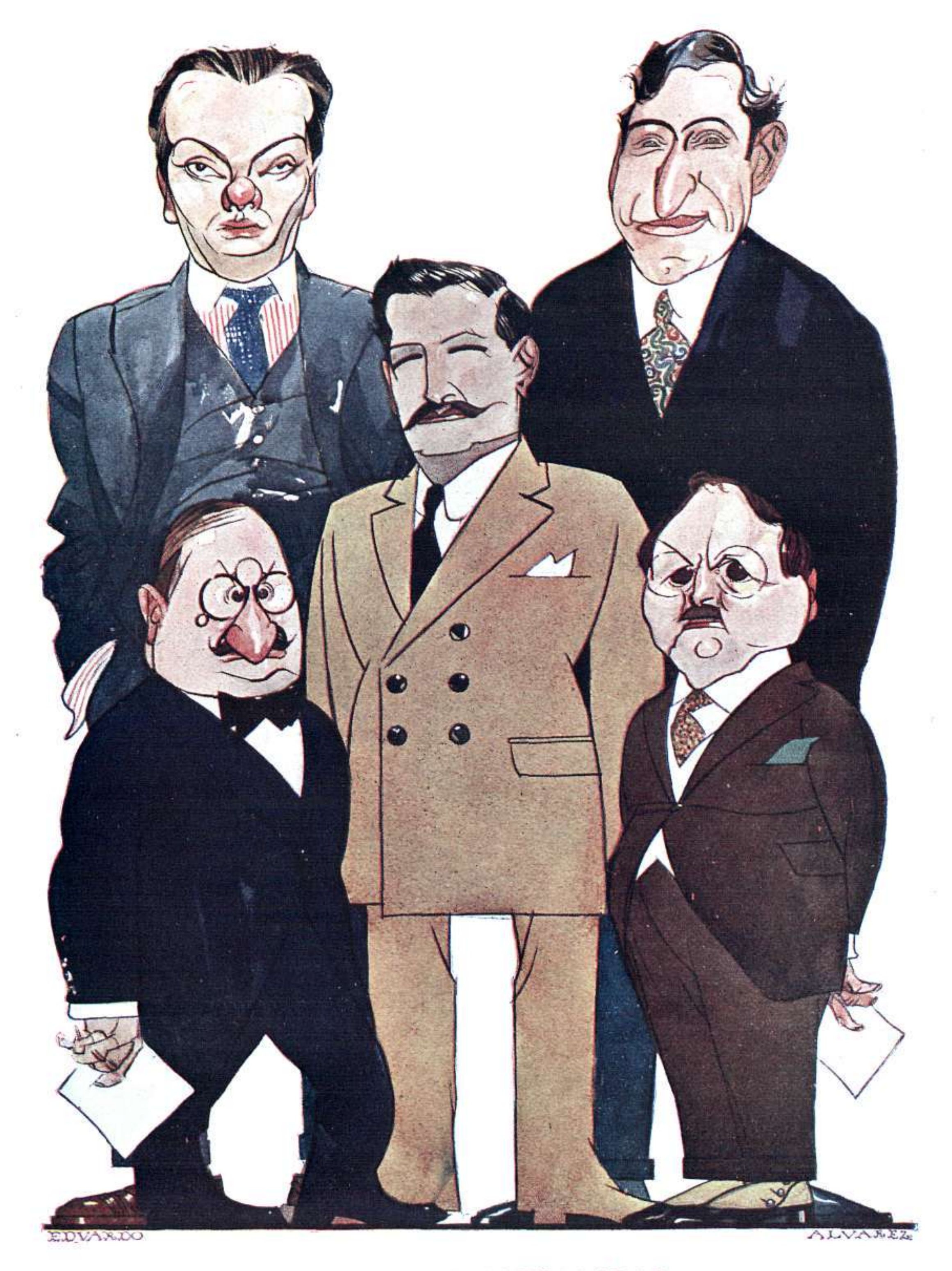
El vicegobernador, el intendente municipal y otros altos funcionarios, asistiendo a la colocación de la piedra fundamental del nuevo edificio de la Escuela Normal Provincial.



Grupo de miembros de las colectividades británica y francesa que, con sus respectivos cónsules, celebraron el 5.° aniversario del armisticio de la gran guerra, reuniéndose en un lucido te-danzante que se realizó en los amplios salones del Club Francés.

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Dos moralistas: Vauvenargues y La Bruyére, por **Héctor Olivera Lavié.** El lejano oeste, por **Ernesto Mario Barreda.** Leyendas de Oriente, por **el Emir Emín Arslan.** De palpitante actualidad, por **Angel S. Ponferrada.** Psalmo, por **Xavier Bóveda.** Desde mi pupitre, por **Berta R. de Equis.** La originalidad de la niñez, por **Miguel de Unamuno.** Nora, por **Luis de Villalobos.** Un peregrino del romance, por **C. N. Williamson.** Sobre el terreno, por **Armando Silvestre.** Una teoría de Camilo Flammarión, por **Enrique Gaspar.** Los gritos, por **Mario Puccini.** La risa de la vida, por **Angeles Vicente.** Una mujer de su casa, por **Carola Prosperi.** Personas desconocidas, novela policial de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** La poesía pentagramada, por **Gonzalo González.** Hombres célebres: Goya, por **Eduardo del Saz.**



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Doctores Vicente C. Gallo, Leonidas Anastasi, Jorge R. Rodríguez, Rodolfo Moreno y Arturo M. Bas.

POR ALVAREZ

Son cinco que han demostrado
talento e ilustración,
cinco que se han destacado,
cinco que se han ocupado
de nuestra jubilación. (1)

---

(1) Y de las otras también.
(Que las aprueben. Amén.)

SU MAJESTAD LA MODA



ENCUADRA BIEN, Y RESULTA DE UNA SENCILLA ELEGANCIA, ESTE NUEVO «DECRETO» DE SU GRACIOSA MAJESTAD, EN EL QUE SE RECOMIENDA A SUS FIELES LLEVAR CORTA LA CABELLERA, RIZADA, Y LO BASTANTE AL NATURAL PARA QUE NO SE ADVIERTA RASTRO ALGUNO DEL PEINE; Y SI, ADEMÁS DE TAN CÓMODO Y ARTÍSTICO NUEVO ESTILO, SE POSEE UN FINO GALGO DE PIEL SUAVE Y HERMOSA CABEZA INTELIGENTE A QUIEN ACARICIAR, ENTONCES EL JUEGO, LA NOTA «CHIC» SE COMPLETA GRACIOSA Y DECORATIVAMENTE.



(FOTO DE NUESTRO CORRESPONSAL EN VIENA)



HOMBRES CÉLEBRES

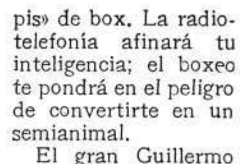
MARCONI

Si el genial ingeniero viniera a Buenos Aires se pondría orgulloso. Antenas en casi todas las azoteas; aparatos receptores en casi todas las casas; los hombres y los niños radiotelefónicamente escuchando o radiotelefoneando a más y mejor. Y el gran Guillermo Marconi se pondría orgullosísimo porque cada una de esas antenas es un monumento consagrado a su gloria.

Guillermo Marconi nació en Bolonia (Italia) el 25 de abril de 1875. Antes de tener bigote era un físico con toda la barba. Estudió en las universidades de Bolonia y de Liorna admirando a sus maestros. En 1895, es decir, a los veinte años terminaba sus experimentos sobre radiotelegrafía. Fundándose en los trabajos de Hertz sobre las ondas eléctricas que se transmiten sin ayuda de hilos metálicos y de las experiencias del francés Eduardo Branly, Marconi creó la telegrafía sin hilos. Hertz y Branly habían realizado notabilísimos trabajos de gabinete y laboratorio; Marconi hizo del mundo un gabinete

y un laboratorio.

Podemos comparar este descubrimiento de Marconi al realizado siglos antes por su compatriota Cristóbal Colón. Indudablemente, como lo demuestran los historiadores, el genovés tuvo rivales que le precedieron en el camino de América. También se dice que los trabajos de Toscanelli y otros le dieron a Colón la idea de buscar el camino de la India. Casi de la misma manera Marconi, al seguir los pasos de Hertz y de Branly, reunió las experiencias de ambos produciendo la maravilla que conmovió al mundo.



pis» de box. La radiotelefonía afinará tu inteligencia; el boxeo te pondrá en el peligro de convertirte en un semianimal.

El gran Guillermo Marconi, gloria de nuestra raza latina, es el que ha traído todo este enorme movimiento científico. Describirte detalladamente los numerosos inventos que la civilización le debe sería cosa de nunca acabar. Pero tú estás en el deber de buscarte los libros donde tales maravillas se relatan para darte cuenta de quien es Marconi. Estas líneas sólo son una incitación que yo hago y una alabanza resumida del célebre sabio.

Gracias al genial italiano Inglaterra y Estados Unidos pudieron enviarse despachos por medio del alfabeto Morse, sin necesitar la ayuda de cables submarinos.

Yo, que todavía no soy viejo, pues nací dos años después que Marconi, recuerdo el bochinche que produjo la marconigrafía. Hubo hombres que negaron la realidad del descubrimiento, aun después de oir las señales transmitidas por las estaciones radiotelegráficas. Así sucede siempre con los grandes inventos: la rutina se figura que la civilización en la que ella se crió es la última palabra de la ciencia.

Ya ves cómo es falsa esa afirmación estúpida. De 1895 hasta ahora la radiotelegrafía ha creado la radiotelefonía y ésta se ha puesto al alcance de todos.

Hoy tú sabes de ondas hertzianas, bobinas, detectores, audiones, microfaradios, voltios, etc. mucho más que cualesquiera de los sabios que en 1895 comenzaban a estudiar el nuevo invento.

Un publicista ilustre dijo hace poco que la radiotelefonía era perjudicial a los niños, porque los distrae de sus ocupaciones escolares. No lo creas, rubito; la práctica del radiotelefonismo te impondrá una disciplina mental muy conveniente. Estudiando esas cosas irás aprendiendo otras, pues necesitas saber desde ortografía hasta aritmética si quieres seguir con provecho la enseñanza radiotelefónica.

Te digo que prefiero verte enredado en alambres, peleando con la galena y los condensadores variables a verte ocupado en aprender a dar «trom-

Actualmente tiene Marconi cuarenta y ocho años, y por todas las señales vivirá todavía mucho más para mayor gloria de la ciencia.

Dicen los diarios y revistas que vive a bordo de su yate, dedicado sin descanso a una obra sublime. En tono de burla se decía que Marconi aseguraba haber sorprendido algo así como señales radiotelegráficas que los habitantes del planeta Marte envían a la Tierra. No hay que reirse de Marconi; cuando él afirma alguna cosa ésta debe ser tenida como una verdad. Si él asegura la posibilidad de que nos relacionemos con los marcianos, razón tendrá.

No me extrañaría que, antes de morir, yo pudiese oir las señales alfabéticas o la voz de aquellos lejanos pobladores. A emociones tan extraordinarias como ésta nos tiene acostumbrado el ilustre físico, honra de Italia y de la humanidad.

Los trabajos de Marconi y su vida honesta deben ser para ti un ejemplo. Indudablemente el ilustre sabio tiene facultades geniales; pero tanto ha conseguido con su paciencia y tenacidad como con el poderío de su cerebro. Estudiar sin desfallecimientos, realizando continuas experiencias; éste es el secreto de los grandes triunfos científicos.



Ahí tienes el aparato radiotelefónico que tú lograste construir. Considera que no es definitivo, y busca la manera de introducirle mejoras. Probando y probando llegarás tal vez a descubrir alguna cosa nueva. Esto te producirá una enorme satisfacción y acaso utilidades pecuniarias.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

LA CASA DEL LLANO

E. PHILLIPS OPPENHEIM

SERÍAN como las nueve de la noche; un auto Ford paró frente a un poste indicador en la parte más solitaria del llano de Salisbury. El que lo manejaba lo detuvo bruscamente con la sorpresa pintada en los ojos al ver el poste-aviso, que indicaba la dirección hacia Bruntingford por un camino sin borde ni zanjas como todos los demás. No había duda que la tabla del poste decía:

Bruntingford, 7 millas.

y un poste indicador no puede mentir. Ricardo Bryan hizo retroceder a su coche y tomó la ruta indicada, pero desde el primer momento no estuvo muy satisfecho. Al notar las luces de las ventanas de una casa que quedaba a la izquierda del camino entre las sombras, aplicó de nuevo los frenos. Mientras se dirigía a la casa quedó convencido de que, en cuanto al poste indicador, debía haber estado bajo alguna alucinación; pues no recordaba haber visto antes aquella casa en el camino a Bruntingford.

Al detenerse frente a la puerta le extrañó el silencio que reinaba en la casa.

La puerta se abrió y apareció un hombre corpulento, pero de aspecto tranquilizador. Parecía algo sorprendido, pero su tono era cortés.

— ¿Qué puedo hacer por usted? — le preguntó.

— Siento incomodarlo, señor — respondió Bryan, — pero he perdido el camino. El poste del cruce me pareció que señalaba éste como el camino de Bruntingford, pero creo que estoy equivocado.

— Pase, haga el favor — le rogó el otro.

Bryan obedeció. El dueño de la casa le indicó cortésmente la puerta de entrada.

— Pase por un momento. Sí, se ha equivocado de camino, pero yo podré fácilmente orientarlo con un mapa que tento en mi despacho.

Ricardo Bryan era un joven viajante de comercio de regular posición.

— Se lo agradezco mucho, señor — le dijo, — pero no hay necesidad de que se incomode. Regresaré hasta el cruce.

— Le mostraré en mi mapa su verdadera ruta — le dijo el otro abriendo la puerta. — Pase y caliéntese por un momento.

El viajante no tuvo valor para rehusar y entró. Era una habitación espaciosa, con sillones y sofás, una infinidad de libros, y una estufa que invitaba a acercarse. Reclinada sobre almohadones, frente al fuego, había una mujer, que le pareció muy hermosa, la cual le miró con extraños ojos.

— Este caballero ha equivocado el camino, querida — explicó su acompañante. — Siéntese por un momento mientras traigo el mapa. ¿Quiere tomar un whisky con soda?

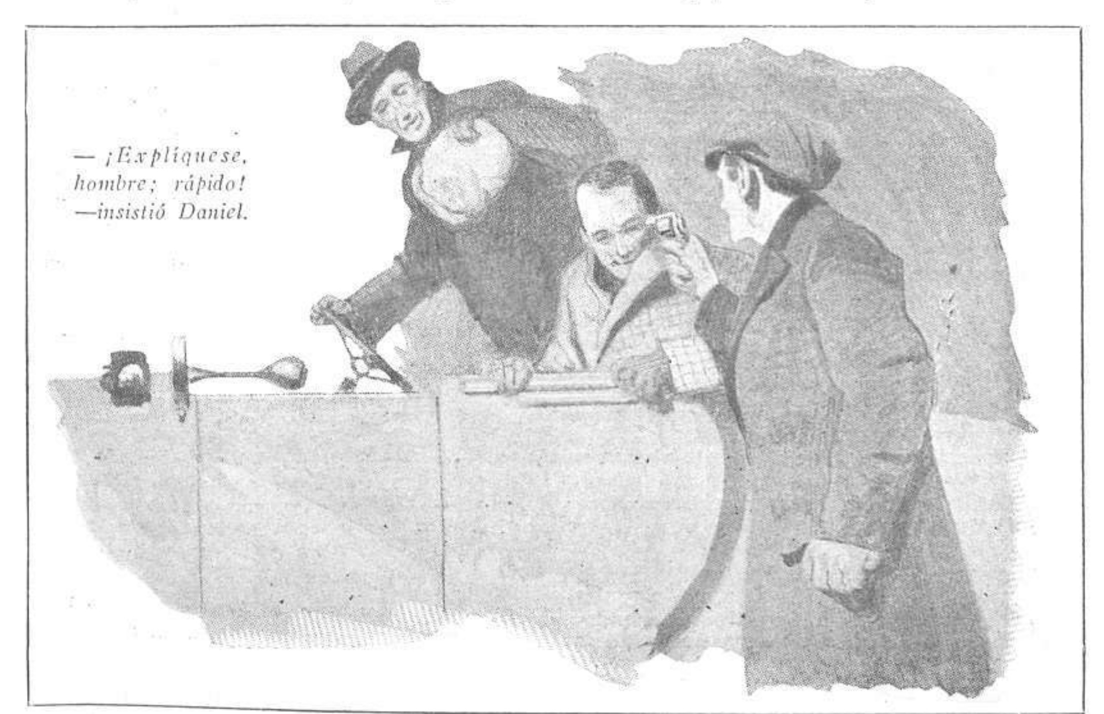
Era una invitación que Ricardo Bryan raramente rehusaba, y nunca se había sentido menos inclinado a rechazarla que en aquel momento. Tomó asiento y observó al dueño de la casa mientras mezclaba las bebidas.

— ¿Hace mucho frío viajando? — preguntó amablemente la dama.

— Bastante, señora — le respondió. — He cruzado muchas veces el llano en viajes de negocio, y cuando sopla este viento del norte penetra hasta los huesos.

— Acerquése más al fuego — le indicó ella. — Si ha cruzado el llano tan a menudo, ¿cómo es que perdió el camino?

— Eso es lo que no me puedo explicar — reconoció. — Iba lo más bien hasta que llegué al cruce cerca de aquí, donde vi el poste indicando éste



— *¡Explíquese, hombre; rápido!* —*insistió Daniel.*

como el camino de Bruntingford. No podía comprenderlo, pues tenía la seguridad de que el camino era derecho. Sin embargo, llegué hasta aquí, y como todo me era tan poco familiar me detuve para averiguar qué es lo que había pasado... Salud, señora — agregó llevándose a los labios la copa que la señora acababa de servirle.

El viajante bebió, y devolvió el vaso vacío. Le pareció ver que los ojos de la mujer que tenía en frente lo miraba con cierto brillo particular, y al momento se sintió acometido por una rara sensación. ¡Seguramente que el whisky debe haber sido muy fuerte! Era absurdo, pero la fuerza parecía abandonarle. Trató de hablar, pero lo encontró difícil. El dueño de la casa abrió un armario y regresó con un frasquito. Lo destapó cuidadosamente y lo mantuvo por un momento bajo la nariz de Bryan. Los ojos de éste miraban fijamente y de sus labios salían incoherentes palabras.

— Un tipo muy ordinario — murmuró la mujer.

— Naturalmente, querida—dijo el otro.—Un viajante, de comercio corriendodo pueblo en pueblo.

— Mejor será que te ocupes de las otras cosas — le dijo ella. — Yo me quedaré con él. Me divierte verlo cuando trata de hablar.

El, con un gesto de asentimiento, se retiró. Se puso el sobretodo y se dirigió al lugar donde había quedado el auto. La noche era obscura y el viento soplaba con fuerza. Con el aire de un experto, tomó asiento frente al volante y condujo el coche hasta el cruce de los caminos. Allí tomó el camino que el otro debía haber seguido y un momento después se detenía al borde de un precipicio. Descendió del coche, dió un poco de vuelta al volante y apretó el acelerador. El coche arrancó con un salto y rodó ladera abajo hasta quedar con las ruedas al aire. Una vez satisfecho del estado en que quedaban las cosas retrocedió hasta el cruce y se detuvo frente al poste indicador, para moverlo hasta quedar en su verdadera posición. Apretó con los pies la tierra alrededor del poste y tomó el camino de regreso a la casa. Ricardo Bryan estaba aún en la silla, murmurando, mientras ella reía.

— Está tratando de venderme blusas — exclamó ella. — Verdaderamente deberías hacer una fortuna con esa droga tuya, Joseph.

— Muy interesante — respondió él sonriendo. — Lo dejaremos donde está mientras termino mi capítulo. No nos incomodará.

Era un trío curioso. La mujer gozaba al ver los esfuerzos que Bryan hacía para recuperar sus sentidos. Joseph Londe leía tranquilamente, acomodado en un sillón, un capítulo de un libro sobre los últimos adelantos en la ciencia médica. Bryan, entumecido en cuerpo y cerebro, dejaba escapar incoherentes palabras, y a pesar de su estado en sus esfuerzos por hablar dejaba ver sus temores.



Ann, sola en su pequeña oficina, leía con sumo interés un diario. Daniel entró después de haber pasado dos horas en el museo.

— ¿Modas? — le preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

— Crimen — le contestó.

— Si usted busca sentimentalismo — sugestionó él, — le recomendaría que leyera algo de Gaboriau o Sué. Ahí hay dureza sobre estos crímenes modernos.

— ¿Ha leído usted lo que llaman el misterio del llano de Salisbury?

— No he visto un diario en toda la semana.

— Usted se abandona demasiado al olvidar los diarios en esa forma — le dijo Ann.— En su profesión...

— No sea tonta — la interrumpió Daniel.

— Me parece — observó ella, — que usted tiene un temor de que lo traten como a un detective.

— Bueno, no soy un detective — contestó él irritado. — Estoy afiliado a la división del Departamento de Investigaciones que lleva el nombre de Q 20, lo que es una cosa completamente diferente. En realidad hace un mes que no hago más que descifrar manuscritos.

— Y lo encuentra bastante monótono — agregó ella fríamente. — Yo siempre sé cuando usted se encuentra aburrido. ¿No le gustaría enterarse de este misterio de Salisbury?

— Si me lo puede explicar en pocas palabras — contestó él.—No tengo ganas de leer toda la crónica.

— El misterio de Salisbury es simplemente así — explicó ella. — Ricardo Bryan, un viajante de comercio de pequeña escala, salió de Wincantra una tarde con algunas muestras en su Ford dirigiéndose a Bruntingford, donde se proponía pasar la noche. A la mañana siguiente fué encontrado su coche tumbado al lado del camino en uno de los lugares más solitarios del distrito, y cerca estaba él, casi imposible de reconocer y muerto.

— ¿Por qué imposible de reconocer? — preguntó Daniel.

— Por las terribles heridas que tenía en la parte posterior de la cabeza. Todos están de acuerdo en que las heridas son demasiado horribles para que pudieran ser causadas por el accidente. Además, el camino estaba seco y no había señas de haber resbalado.

— ¿Y del dinero?

— Todo el dinero que tenía, y algunos cheques, fueron encontrados en su cartera.

— ¿Equipajes, muestras?

— Sin haber sido tocados. Fueron encontrados entre los restos del coche.

— ¿Algo en su vida privada que pudiera indicar la existencia de un enemigo?

— Nada completamente. Un hombre sencillo y de vida común. Su única ambición consistía en ser dueño algún día de una tienda.

— Es curioso — admitió Daniel.

— Sí, curioso — agregó ella.

— De todos modos, es asunto de la policía — dijo Daniel, pasando a su despacho. — Puede hacer entrar al Profesor Mayer cuando venga.

—Muy bien, señor Rocke.

Daniel entró en su oficina particular, encendió la pipa y se puso a estudiar una clave que le había sido enviada por la superioridad. Ann Lancaster reanudó su interesante lectura del misterio del llano de Salisbury.



Ann estaba al lado del escritorio de su jefe. Los dedos con que sujetaba el diario que le puso enfrente temblaban un poco.

— ¿Es esto, Ann, un asunto de policía?—preguntó.

Daniel se ajustó las gafas de carey. El párrafo estaba encabezado:

Otra tragedia en el llano de Salisbury

Segundo crimen en un mes

Seguía la descripción del hallazgo del cuerpo de un tal Harry Dawson, el joven cuya desaparición había sido notada desde unas semanas antes, medio vestido y con horribles heridas en la cabeza, asemejándose en forma sorprendente al estado del cuerpo de Bryan que anteriormente había sido hallado a pocos metros del mismo lugar. El cuerpo había sido encontrado en un matorral a corta distancia del camino y en una de las partes más solitarias del llano.

Daniel se sacó las gajas y alcanzó el teléfono.

— Esto debe ser investigado desde nuestro punto de vista. Haga el favor, señorita Lancaster, de ir hasta la librería más próxima y consiga un mapa de ese distrito. Mientras tanto pediré por teléfono que manden el coche.

— ¿Se pondrá en comunicación con la Scotland Yard? — preguntó ella.

Daniel quedó pensativo por un momento.

— Creo que no — decidió; — no por el momento. Probablemente ellos tomarían el asunto desde el punto de vista oficial, y no aceptarían una investigación independiente. Trataré el asunto personalmente primero.

— Trataremos — murmuró Ann.

Daniel frunció el ceño.

— Me pondré en camino dentro de media hora — le observó.

— Estaré lista antes de media hora.

Después de recorrer una considerable distancia, Daniel detuvo su auto junto a otros dos que estaban parados al lado del camino, y señaló a un pequeño grupo de tres o cuatro personas que se distinguían a una milla de distancia.

— Allí, supongo — dijo él, — es donde fué encontrado el cuerpo de ese joven.

— ¿Qué están haciendo allí? — preguntó ella.

— Curioseando, supongo — respondió él.

Metió la mano en el bolsillo de su sobretodo y sacó unos gemelos con los que observó por un momento al grupo. Después volvió a guardarlos en el bolsillo y puso en marcha el coche. Como a una milla se detuvo en el cruce de dos caminos.

— Esta es la zanja — señaló con una mano — donde fué encontrado Ricardo Bryan.

— ¿Cómo sabe usted eso? — preguntó ella con curiosidad.

— Hice averiguaciones en Amesbury mientras almorzábamos — le dijo. — Es muy sencillo reconocer el lugar... cerca del cruce de los caminos.

Descendió del auto y se dirigió al poste indicador, examinándolo cuidadosamente por un momento. El relleno alrededor del poste había sido removido.

— Si alguno quisiera — dijo — dar una broma a los viajeros, sería muy fácil. Vea.

Hizo girar al poste, en forma que la dirección que indicaba a Bruntingford, el pueblo que acababan de pasar, era hacia un solitario camino que parecía internarse en el llano.

— Muy sencillo, ¿comprende? — continuó. — Allá abajo hay una casa. Cualquiera que no estuviera seguro del camino iría naturalmente a preguntar allí. Esto, me imagino, es lo que hizo Bryan, y también, probablemente Harry Dawson. A no ser que esté muy equivocado, esa casa está ocupada por...

— ¿Por quién? — exclamó Ann.

— ¡Por sir Joseph y Lady Londe!

Ella dirigió la vista hacia el lugar donde se levantaba la casa.

— ¿Vamos allí ahora? — preguntó.

— No — fué la respuesta seca. — Conozco los métodos de ese lunático.

— ¿Entonces qué vamos a hacer?

— Pasearemos un poco y lo pensaremos — respondió él. — Tenemos bastante tiempo.

Pero durante el paseo Daniel



— Si alguno quisiera dar una broma a los viajeros, sería muy fácil. Vea.

cambió su modo de pensar. Se llegó a uno de los puestos de policía más cercano y preguntó por el jefe. Fué recibido por un personaje alto y tieso, de bigote rubio y excelentes modales.

— ¿Qué puedo hacer por usted, señor... este... Rocke? — dijo mirando a la tarjeta.

— ¿Recuerda usted las atrocidades de Dredley?— le preguntó Daniel. — Se supuso que el criminal era el famoso cirujano australiano Joseph Londe.

— Lo recuerdo muy bien — afirmó el jefe. — La policía de Surrey no fué muy lista.

— Pues tiene usted la oportunidad — observó Daniel. — Londe y su esposa están viviendo en Homans, como a quince millas de aquí, cerca del lugar donde se cometieron esos dos crímenes. Probablemente es él el responsable de ellos.

El jefe sonrió.

— Ya hemos resuelto el misterio de esos crímenes, señor Rocke — le anunció. — Podría detener mañana a dos de los autores, pero estoy esperando apoderarme también del tercero.

— ¿Ah, sí? — murmuró Daniel.

— Son soldados del cuartel — continuó el jefe de policía. — Yo lo sabía desde el principio. No fué tan fácil descubrirlos, pero antes de la próxima semana los tendremos en Salisbury.

— ¡Caramba! — exclamó Daniel.

— En cuanto a los ocupantes de la casa de Homans — continuó el jefe, atusándose el bigote — también está usted equivocado al respecto. Se llaman Charlton, y son de Tumbrigde; él es un arqueólogo. Usted disculpará, señor, que le indique que debería tener un poco más de cuidado al hacer tales declaraciones.

— No las hago sin una convicción — replicó Daniel tomando el sombrero. — Muy bien, pero usted está en un error, y perderá la oportunidad de ganarse una buena recompensa.

La sonrisa del jefe de policía fué instigadora.

— La arriesgaré, señor — respondió.



Como a las nueve de la noche Daniel y Windergate, un agente de la policía secreta que había hecho venir de Londres, descendían del auto al pie de la colina donde se levantaba la sospechosa casa. Cuando se dirigían a ella Windergate señaló con un gesto de satisfacción el humo que salía de la chimenea. Al llegar ante la puerta llamaron. Ambos adoptaron medidas que creyeron prudentes para el caso. Se arrimaron a la pared, uno a cada lado, con el revólver en la mano. Al momento notaron el reflejo de una lámpara y la puerta se abrió. Era la mujer de extraños ojos la que apareció en la puerta, con una lámpara en la mano.

— ¿Podríamos ver a su esposo?—preguntó Daniel.

Si ella lo reconoció, no lo demostró.

— Ciertamente — respondió. — ¿Quieren pasar? ¿Han perdido el camino?

— No precisamente.

Ella los condujo hasta el estudio y abrió la puerta.

— Joseph — dijo ella; — aquí hay dos señores que quieren hablarte.

Londe dió vuelta a la cara y después se levantó.

— ¡Caramba! — exclamó con perfecta comicidad. — Un viejo amigo, me parece. Es un lugar solitario en el que me ha venido ha encontrar. ¿El señor Daniel Rocker, no es cierto? Recuerdo que estábamos por hacer un pequeño experimento cuando sus... sus nervios le abandonaron.

— Usted estuvo a punto de asesinarme, Joseph Londe — agregó Daniel con severidad.

Londe frunció el ceño. La mujer sacudió la cabeza con un gesto de desagrado.

— Le ruego que no use esa absurda palabra — exclamó Londe irritado. — No se trataba de asesinarlo. He estado por muchos años tratando de encontrar una pequeña parte de un cerebro humano para reemplazar a una pequeña porción del mio que está dañada. El cambio es una operación sencillísima, pero he sido muy poco afortunado. Casi todos los cerebros que he revisado estaban descoloridos, y he llegado a la conclusión de que toda la raza humana está sufriendo de una misteriosa aflicción.

— Londe — dijo Daniel; — no podemos discutir ese asunto ahora. El objeto de mi visita es para preguntarle oficialmente... éste es el señor Windergate, de la Scotland Yard, si usted sabe algo sobre la desaparición de Ricardo Bryan y Harry Dawson, y los crímenes cometidos...

— ¡Deténgase, deténgase! — interrumpió Londe. — Le ruego que no continúe incomodándome con esa ridícula palabra. Los dos jóvenes que usted menciona me resultaron un fracaso. Yo mismo hice la operación, pero en los dos casos fué sin éxito. Si su amigo el señor Windergate está interesado en la cirugía...

— Señor Londe — interpuso Windergate, — no deseamos oir más. Tendrá que acompañarnos a Salisbury, usted y su esposa.

— ¿Qué, esta noche?

— Ahora — insistió Windergate.

— Esta visita es realmente inoportuna, señores — dijo Londe con enojo. — Mañana por la mañana tenía que recibir a un joven del que esperaba un excelente resultado. Además, no hay nadie en la casa y tengo aquí muchos manuscritos de valor.

— Tendrán que venir con nosotros a Salisbury — repitió Windergate. — Y le ruego que los preparativos que tenga que hacer los haga al instante.

Londe se volvió hacia su esposa.

— ¿Has oído lo que dicen estos señores? Claro que yo puedo fácilmente convencer a cualquier persona inteligente que lo que he hecho para devolver el vacum a mi cerebro está absolutamente justificado. Sin embargo, es una tontería tener que hacer este viaje. Mi esposa y yo estamos desgraciadamente sin sirvientes por el momento, y como tenemos que usar esta habitación para los dos, les ruego, señores, que se retiren mientras nos arreglamos para el viaje.

Windergate vaciló. El silencio que reinaba en la casa parecía indicar que Londe decía la verdad en cuanto a servidumbre.

— Puedo asegurarles, señores — continuó Londe — que no hay forma de escapar de esta habitación, si quisiéramos escapar, lo que ciertamente no intentamos. No necesitaremos más de diez minutos.

— Los esperaremos en el vestíbulo — decidió Windergate.

Ambos se retiraron al vestíbulo desde donde dominaban tanto la puerta de la calle como la de la habitación donde habían dejado a Londe y la señora.

— Está completamente loco — murmuró Daniel. — Cada día peor. Y lo más raro es que está lo más

sano en cuanto a lo demás. Durante la guerra salvó cientos de vidas. Por supuesto que usted sabrá que tuvo que ingresar en un manicomio y después salió curado, al parecer.

— Es un caso muy interesante — repuso Windergate. — Jamás lo ahorcarán. Es un lunático fuera de toda duda.

Un cuarto de hora después apareció el hombre seguido de su esposa, ambos envueltos de pies a cabeza en sacos de pieles, dispuestos para el viaje. Ella tenía la cara cubierta con un espeso velo y él llevaba una gorra encasquetada hasta las orejas y grandes gafas de celuloide. Windergate les fué al encuentro.

— Usted me disculpará — dijo a Londe — pero debo registrarlo antes de salir.

Londe levantó los brazos con un gesto de impaciencia.

En seguida se pusieron en camino hacia Salisbury. En frente iba el coche de Daniel con la mujer y Ann en el asiento interior. Atravesaron varios pueblos, hasta que aparecieron las primeras luces de la ciudad. De pronto Ann le tocó a Daniel el brazo.

— ¿Quiere esperar un minuto, por favor? — le rogó.

Daniel detuvo su coche al momento, haciendo igual el que lo seguía.

— ¿Qué pasa? — exigió Daniel algo impacientado.

— La mujer que está a su lado — explicó Ann — no es la esposa de Londe.

Daniel dió un salto en el asiento. La mujer empezó a reir y se levantó el velo. Daniel corrió hasta el otro auto donde el hombre, a quien Windergate ya había sacado las gafas y la gorra, reía con todas sus ganas.

— ¿Qué pasa, señor? — preguntó.—Yo entendía que nos llevaban de paseo a Salisbury.

Daniel perdió la tranquilidad. Sacó el revólver y le puso la punta del caño contra la mejilla.

— ¡Si no me dice la verdad—le amenazó—le destapo los sesos.

— Vea — protestó el otro, echándose hacia atrás — no use violencia. Yo no he hecho nada malo... ni mi esposa tampoco.

— ¡Explíquese, hombre, rápido!—insistió Daniel.

— Bueno; mi esposa y yo estábamos ocupados en el manicomio donde el señor Londe estuvo hace años, y como tuvimos que salir de allí, él nos tomó para serviles en Homans. Para explicarme mejor, le diré que nos pagaban muy bien con tal de que no nos moviéramos de la habitación contigua a la de ellos. Hace una hora nos dijeron que íbamos a ser llevados a Salisbury y que teníamos que pretender ser Londe y la señora por todo el tiempo que fuera posible.



En la tarde del día siguiente, Daniel y Ann llegaban en el auto a Amesbury y se detenían frente al hotel.

El jefe de policía, que estaba en la vereda, reconoció a Daniel y lo saludó con una sonrisa algo irónica.

— ¿Mucha suerte, señor? — preguntó.

— No mucha — respondió Daniel.— ¿Cómo le fué a usted?

—Ya los tengo en la red y no falta más que sacarlos, señor. Ya se enterará por los diarios dentro de un día o dos.

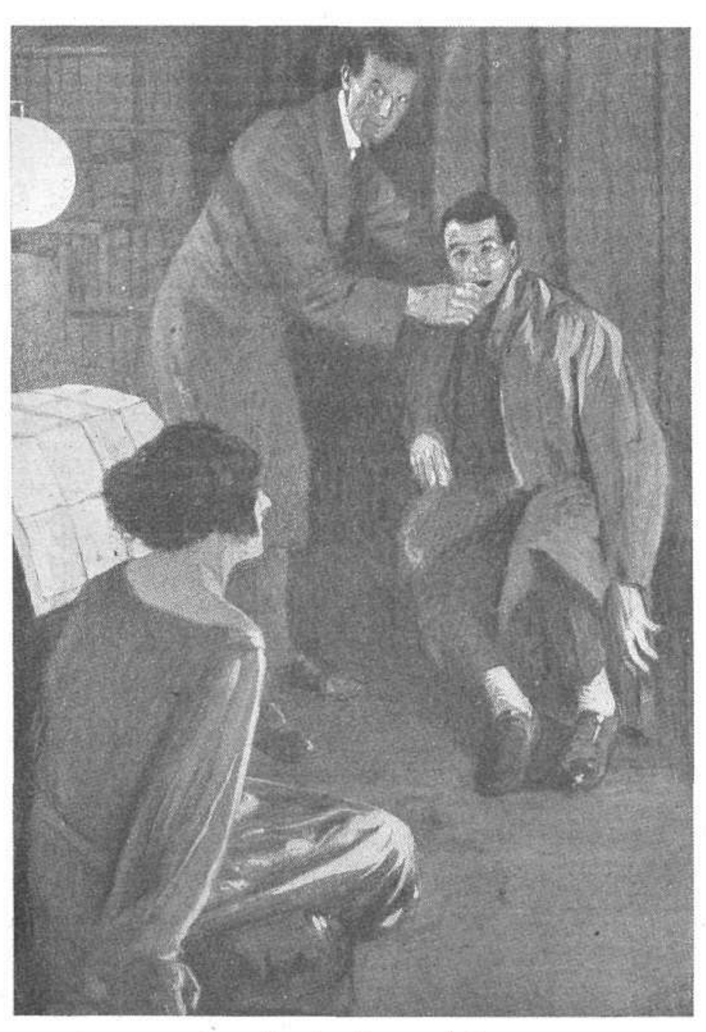
Daniel sonrió la primera vez desde hacía muchas horas.

— Ustedes son muy listos —le dijo con tono sarcástico.

Un muchacho atravesó la calle corriendo y se acercó al jefe de policía.

— Señor: el jefe de la central de Salisbury quiere hablarle por teléfono.

—Cuando haya oído lo que tienen que decirle desde Salisbury —agregó Daniel con amabilidad — tal vez se sienta inclinado a verme para charlar un rato sobre esos soldados y mi doctor.



Los ojos de Bryan miraban fijamente y de sus labios salían incoherentes palabras.



Lo muerto y lo vivo

(ESCENA DRAMÁTICA)



(*Angulo de un invernadero, con puerta al fondo y varias sillas de jardín entre las plantas. En una de las sillas, sentado, Miguel. Es de noche. Lamparitas incandescentes alumbran con gran claridad la escena. A lo lejos se oye rumor de música.*)

ANDREA. — (*A la puerta del invernadero, de espaldas, hablando con otro personaje que no se ve.*) ¿Prefieres seguir paseando? Yo no. Voy a descansar aquí, lejos del bullicio de los salones.

MIGUEL. — (*Al oír la voz de Andrea se levanta precipitadamente y exclama:*) ¡Andrea!

(*Andrea vuelve la cara, y al ver a Miguel retrocede.*)

MIGUEL. — (*Con angustia.*) Un momento, por favor. ¡Hace tanto tiempo que no te veo! Diez años sin hablarte, casi sin saber de ti. (*Notando que Andrea intenta de nuevo marcharse, se interrumpe para decir con amarga tristeza:*) ¿Tanto odio me tienes?

ANDREA. — (*Avanzando un poco y con afán, como quien se sincera.*) ¡Odio! Nunca lo tuve.

MIGUEL. — ¡Si tú supieras cuánto he sufrido en estos años, torturado por la idea de que tú me despreciabas, me creías culpable, olvidado de ti! ¡Y la suerte se empeñaba en separarnos, arrojándome a mí cada vez más lejos, en mayores desventuras y tristezas!

ANDREA. — (*En tono de serena reconvención.*) También yo he sufrido, y en el sufrimiento he ganado la mortal serenidad que hay ahora en mi alma. No quiero remover las aguas dormidas. Adiós.

MIGUEL. — Concédeme siquiera el derecho de sincerarme. Tal vez haya aún para nosotros nueva aurora de días felices.

ANDREA. — No. Lo pasado no vuelve. Hay muchas amarguras de por medio. Te concedí toda mi confianza, oí tus palabras como las de un oráculo, fué tuya toda mi alma, y la echaste a tus pies cuando más adoraba en ti.

MIGUEL. — ¡Siempre ese fatal error! ¿Todavía piensas que te engañé, que mi amor fué fingimiento, mentira o ilusión alada y ligera?

ANDREA. — ¡Mentira, mentira! Bien sabes que lo fué.

MIGUEL. — ¡Pero si no es cierto; si te he querido siempre, si te quiero hoy como el primer día!... ¿Cómo vas a condenar toda mi vida de cariño por un momento de obcecación?

ANDREA. — ¿Y los hechos?

MIGUEL. — No hablemos de lo que pasó. ¿Quién sería capaz de discernir responsabilidades en los hechos de la vida, tan complejos que empiezan en nada y se enredan y multiplican en mil incidentes, enmarañándose cada vez más con elementos extraños y diversos?... Hablemos del presente; sepa yo si en tu alma queda alguna chispa de aquel fuego en que me abrasé, y veamos si aun es posible restaurar lo antiguo, volver a los tiempos hermosos de nuestras primera juventud!

ANDREA. — (*Con resolución y avanzando maquinalmente hacia Miguel, a medida que habla.*) Has removido hasta lo más hondo y olvidado de mis tristezas y de mis ilusiones. Un paso más y caería de nuevo, soñador eterno, en el mundo engañoso de tus fantasías. Pero me salvaré y te salvaré a ti... Tú no has sufrido como yo. Lo conozco en tus palabras. No hablarías, si no, de restauraciones imposibles... Quiero que lo sepas todo, que midas al fin, realmente, el grandor del daño causado; quiero que veas cómo el peso de lo muerto en mi alma ahogó lo vivo que aun queda en ella y detiene su vuelo. Oye bien lo que voy a decirte... Te quiero, te quiero, como en los mejores días de nuestro amor...

MIGUEL. — (*Interrumpiéndola, con inmensa alegría.*) ¡Ah, mi esperanza, que no en balde me sonreía!

ANDREA. — Aguarda un instante... No sólo te quiero; conozco además que nunca podré arrancarme este cariño del alma. ¡Has entrado tanto en mi vida! Y sin embargo, no cabe restaurar nuestra felicidad pasada... ¿Te admiras? Lo creo; de estas cosas no entiendes tú. Tu guía es la cabeza, donde todo problema se resuelve, toda combinación es posible y toda idea renace; no el corazón, donde nunca resucita lo muerto. Para ti no hay nada imposible, lo sé. Te sientes capaz de volver a aquellos días de amor inmenso, confiado, como si nada hubiese ocurrido... Yo no; la herida de mi alma ha sido tan profunda que no cicatrizará jamás. No he perdido el cariño hacia ti, pero he perdido la fe. No te creo.

MIGUEL. — ¡Pero no es posible, no es posible eso que dices!

ANDREA. — Sí; porque lo es, hago el sacrificio de mi cariño. Puesto que te quiero, ¿qué me costaría dar satisfacción a mi sentimiento? Pero si lo hiciera, mi vida sería un tormento atroz, porque tú ya no puedes volver a ser para mí lo que fuiste. He sufrido tanto, que no tengo ya fuerzas para volverte a mi fe. Y sería un infierno amarte y no creer en ti, recelar y dudar a cada momento, beber juntamente el acíbar y el néctar...

MIGUEL. — Pero ¿no basta el cariño?

ANDREA. — No. He ahí tu error. Lo que más importa no es querer, sino creer. ¡Y la fe perdida, ni tú ni yo la podemos encontrar en nuestras solas fuerzas!



RAFAEL ALTAMIRA

DIBUJO DE BESARES

Página Infantil

Niña de Videla



Niña de Alie[illegible]



Niña de Black



ARTE FRANCES

EN EL TRANVIA

ÓLEO DE

GUILLAUME

DE LA GALERÍA WITCOMB

ENLACES





Señorita Zaida Martínez con el señor Raúl Fernández de la Puente, en la Capilla del carmen.

Señorita María Julia Ravizzoti con el señor Amadeo Cucurullu, en la iglesia de San Miguel Arcángel.

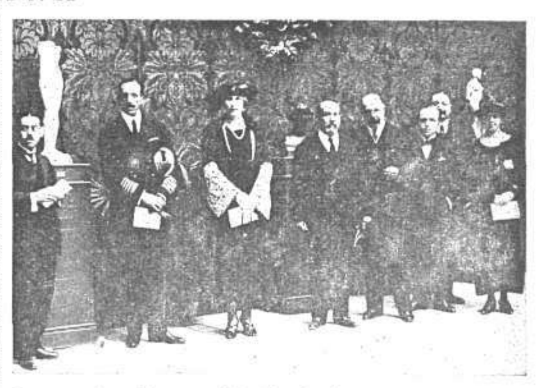


Señorita Noemí Bourel con el doctor Miguel Eugenio Sicardi, en la capilla de Nuestra Señora de las Victorias.

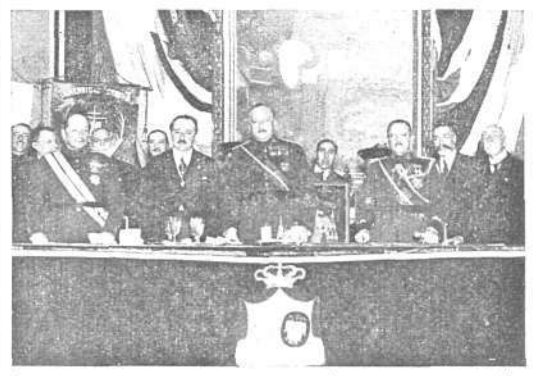
ESPAÑA



Niñas de la escuela del popular barrio de las Peñuelas, representando a las repúblicas hispanoamericanas, ante el monumento a Colón, después de haber depositado una ofrenda floral.



Los reyes don Alfonso y doña Victoria durante su visita al "IV Salón de Otoño", la exposición pictórica de la temporada.



El marqués de [illegible] y los miembros del directorio que preside, con el cuerpo diplomático americano en la solemne sesión celebrada en la Universidad para conmemorar la "Fiesta de la Raza".



El [illegible] y otras autoridades [illegible] la importante procesión cívica que recorrió las principales avenidas de la villa y corte.



Bautizo de un niño moro, que fué recogido en Marruecos por el Regimiento del Rey y al que se le puso el nombre de Manuel Quebdani Beni-Said.



El embajador de Norte América, Mr. Moore, al penetrar en el recinto del monumento a Colón para depositar una corona de flores con la bandera de su país.

FRANCIA



Delegación de checoeslovacos enarbolando la bandera de su patria en la estación del Bosque de Bolonia, a la llegada de monsieur Masaryk, presidente de aquella república.



El presidente de Checoeslovaquia, acompañado de altos militares y personajes, momentos después de haber colocado una corona sobre la tumba del soldado desconocido.



Los presidentes de Francia y Checoeslovaquia presenciando las maniobras militares en el campo de Chalons. El mariscal Foch explica a este último personaje algunos detalles estratégicos.

ITALIA



Representantes típicos de los carros de Roma saliendo de la histórica iglesia de Ara Coeli en seguida de la bendición de la bandera que fué disputada en las carreras del Pallio.



Hallazgo arqueológico durante los trabajos realizados en el Corso Humberto I, consistente en la estatua del famoso general y político Estilicón, asesinado en el año 408.



El alcalde de la Ciudad Eterna y otros personajes, entregando los tradicionales premios a las alumnas de las escuelas.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.



CHICA DOBLEMENTE AGRACIADA, POR SU BELLEZA Y POR UN RECIENTE PREMIO DE LOTERÍA, QUIEN POR ESTO ÚLTIMO SE DA EL LUJO DE TENER UN FOTÓGRAFO A SU DISPOSICIÓN.

La primavera en el Rosedal

ESTAS mañanas del Bosque de Palermo son la poesía de Buenos Aires.

La primavera no se manifiesta ni luce mejor en ningún otro paseo del mundo. El tono esmeraldino de las ramas da a la luz una suavidad, un reposo, una dulcedumbre a cuyo influjo parece renovarse también el alma del paseante.

La grande urbe sonríe aquí al despertarse y emprender cada nueva jornada. El aire, saturado de aromas, es amable y sedeño y van bien con la luz y la verdura.

Todo se junta, pues, en este sitio, donde la mano del hombre ha superado casi a la naturaleza, para ofrecer los paisajes más bellos y dar las sensaciones más agra-

¡MIRA QUÉ BELLAS! SE PARECEN A LAS QUE YO TE OFRECÍA CUANDO ÉRAMOS NOVIOS.



Y como si la naturaleza y el mago jardinero no estuvieran satisfechos de la obra realizada, he aquí que en el corazón del bosque — entre los lagos y las arboledas y los surtidores — estallan las rosas incontables en un derroche de fragancias y en un incendio de colores, que es necesario aspirar y contemplar para comprender hasta dónde puede ir la belleza de la tierra argentina.

¿Qué de extraño, por tanto, que el objetivo fotográfico haya encontrado aquí un campo de observaciones encantadoras?

Cada uno de nuestros grabados es un momento de la gracia que encanta al *gran jardín y que una* linda paseante solitaria, una fina pintora, una tierna pareja evocativa, comparten de manera gentil...

¡Ved la ágil amazona; ved los niños rientes que revolotean con idéntica alegría por los varios senderos del paraje! Los inspira la poesía del bosque en primavera, donde florece un verso en cada rosa...



LA MÁS ELEGANTE DE LAS AMAZONAS MATINALES DEL BOSQUE, AL EMPUÑAR LAS RIENDAS PARA ACOMPAÑAR A SU ARISTOCRÁTICO PAPÁ.

¿Quién es aquella joven que en cada lugar que considera bello se hace tomar una fotografía? ¿Es alguna viajera fascinada por Palermo, que al regresar a su patria lejana quiere llevar consigo algo — lo más posible — del *maravilloso ver el porteño?*

¿Es alguna romántica niña que, llegada de la paz provinciana, con su juventud y sus ensueños y su sed de vivir, desea perpetuar los momentos en que como una mariposa revolotea entre las flores que abrió la primavera? ¿Es, acaso, una margravesa señorial que de incógnito viene a calmar en esta fiesta de Dios las misteriosas penas de su corazón? ¡Quién sabe! ¿Cómo ser indiscretos y perturbarla, llamándola a la prosa de una indagación desatinada o al equívoco de un flirt de mal gusto? Mas el periodista, para quien pocas cosas deben ser impenetrables e imposibles, se pone en campaña, detectivescamente, hasta despejar la incógnita.

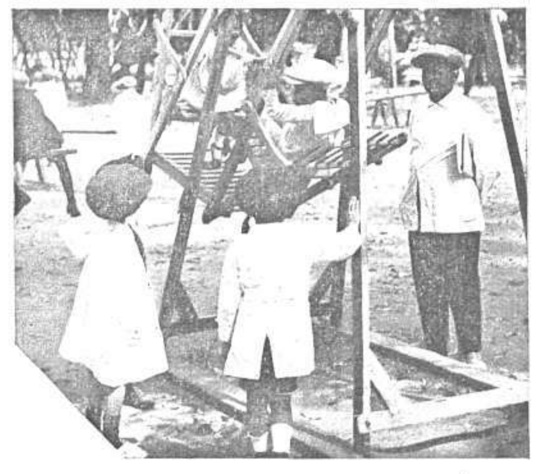
— ¿Quién es? ¿Quién es?



LA MÁS ARTISTA DE LAS SOBRINAS DEL DOCTOR ALVEAR, PINTANDO UN DELICIOSO RINCÓN EN LA ROSALEDA.



DUEÑO Y SEÑOR DEL MAGNÍFICO PASEO, PARA ÉL NO HAY OBSTÁCULOS, TODAS SON SONRISAS: SU TRICICLO, QUE ÉL CREE PELIGROSO, ES COMPLETAMENTE INOFENSIVO.



CHE: ¡QUE NO SE CAIGA LA NENA!



EL VIEJO CALAFATEADOR DEL LAGO, REJUVENECIENDO UNA BARCA.

— ¡Es usted muy curioso!—nos dice un guarda bosque en cuya actitud hemos adivinado la clave del enigma.

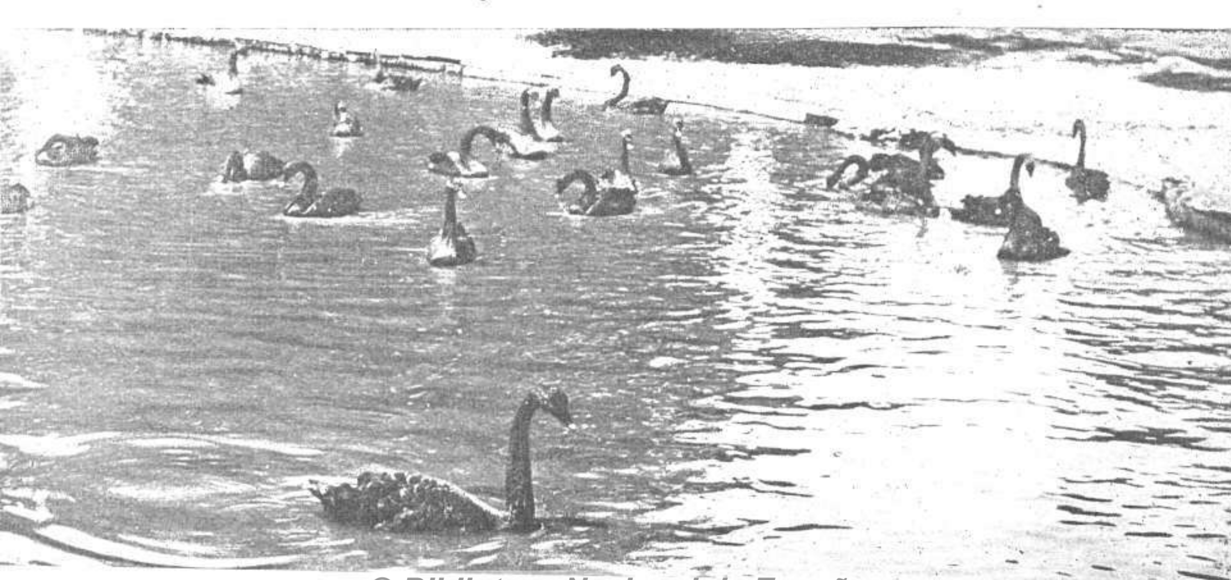
—¡Es curiosidad profesional, amigo guarda!

— Pues, oiga usted, caballero—dícenos el buen hombre: esta señorita viene casi todos los días a la Rosaleda, acompañada de esa señora grande y seguida siempre por el fotógrafo... Es medio rara .. Aunque yo la comprendo, pues hace dos meses «se sacó la grande»...

— ¿La grande? — ¿esa señora?...

— ¡No, hombre! La lotería... ¡y claro! — —le gusta pasear y que la retraten. Eso es todo.

E. CARRASQUILLA MALLARINO





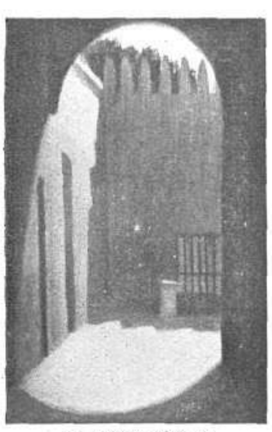
Pintoras Argentinas

María Elena Ramírez

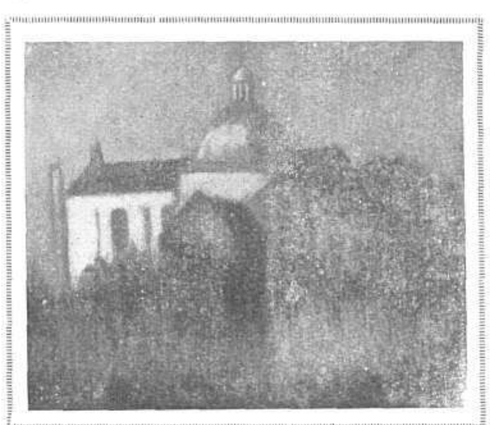


Con la muestra que realiza en las salas de la Comisión Nacional de Bellas Artes, concurre a robustecer, con su espíritu romántico, el ya destacado núcleo de pintoras argentinas; con la particularidad de reunir la característica esencial de todas ellas, es decir, la elevación del concepto, desarrollado en un subjetivismo recóndito, que viste como una flor, el alma propicia a los estados de éxtasis.

El arte de María Elena Ramírez puede no tener una estrecha relación con los escarceos técnicos; pero, es indudable que se halla impregnado de un exquisito perfume que, como el de los jazmines, se hace más penetrante y turbador en la serenidad del plenilunio.



EL PATIO MÍSTICO.



EL TEMPLO SOLITARIO.



MEDITACIÓN.

EN HONOR DEL SEÑOR LEOPOLDO LUGONES



El notable poeta y escritor rodeado por destacadas personalidades de la colectividad vasca, que le obsequiaron con un banquete para festejar la publicación de la oda "Salutación a Embeita", que el autor hubo de leer a los postres ante las repetidas aclamaciones de los comensales.

FOTO DE ARROYO.

OBRAS SANITARIAS DE MENDOZA

COLOCACION DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL



El ingeniero Candiotti leyendo su peroración declarando inaugu-radas las obras, desde el palco oficial y después de colocada la piedra fundamental.



El doctor Lencinas dando lectura al discurso con que contestó al del presidente de las Obras Sanitarias de la Nación, rodeado de otras caracterizadas autoridades.



Conocidas personas que asistieron a la recepción ofrecida por el Gobernador de Mendoza al ingeniero Candiotti y su comitiva, festival que se celebró en el salón Rojo del Palacio Gubernativo, bajo la histórica bandera del ejército de los Andes.



El ingeniero Candiotti estampando su firma en el acta, que luego firmó el doctor Lencinas ante altos funcionarios y numeroso público.



El jefe de las Obras Sanitarias de Mendoza, ing. Ludovico Ivanisovich, leyendo el acta levantada en la significativa ceremonia de la inauguración.



El Gobernador, el ing. Candiotti, los ministros de Gobierno y de Obras Públicas, el diputado nacional D. José Núñez y otras personalidades ante la primera piedra colocada en la conjunción de las calles Bartolomé Mitre y Rivadavia.



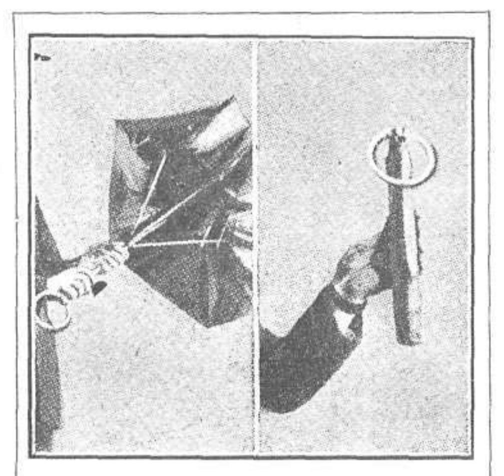
Cabecera de la mesa durante la comida con que el gobierno mendocino despidió a la representación nacional antes de su regreso a Buenos Aires, ya cumplida la misión económico-política que la trajera a esta capital.


FREIXAS y C.IA SECCION ACEITE DE OLIVA
BAU B
ASUNCION
FORMOSA
JUJUY
SALTA
TUCUMAN
RESISTENCIA
CORRIENTES
POSADAS
CATAMARCA
LA RIOJA
CORDOBA
SANTA FE
PARANA
SAN JUAN
MENDOZA
SAN LUIS
BUENOS AIRES
LA PLATA
TOAY
NEUQUEN
VIEDMA
RAWSON
COMODORO RIVADAVIA
A los Señores consumidores de aceite calidad BAU que nos escriben preguntando reiteradamente por la marca, nos es grato comunicarles:
Que la producción de aceite calidad BAU alcanza actualmente para dar abasto a todos los pedidos.
Que siempre se ha subordinado la cantidad a la calidad.
FREIXAS & Cía.

INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES

CEMENTO PARA PEGAR PORCELANA Y CRISTAL. — Se mezclan cinco partes de gelatina con una de solución de cromato ácido de cal, y con este producto se cubren cuidadosamente las aristas de los objetos rotos, apretando fuertemente los pedazos por medio de un bramante fino o de un hilo grueso y exponiéndolos al sol; la luz endurece de tal manera el cemento, que resiste hasta el agua hirviendo, lo que no sucede con la generalidad de las colas que se emplean.

PARA QUITAR LAS MANCHAS DE VINO. — El agua de Javel pura las quita rápidamente; pero hay que tener cuidado de sumergir en seguida la tela en agua fresca para evitar que se queme el tejido. Si se teme este procedimiento por los grandes inconvenientes que ofrece empléese la leche en plena ebullición, sumergiendo en ella la parte de tela manchada con vino, sobre todo si se trata de telas claras; para las telas blancas lo mejor es lavarlas con cloro diluido en agua caliente, o someter la parte manchada al vapor del azufre. Sobre telas de color o de seda se puede emplear el agua de jabón tibia o el amoníaco diluido. Las manchas producidas con el vino de Burdeos se quitan con vino de Jerez.



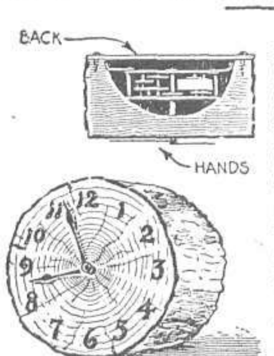
Este original procedimiento resuelve el problema de poder llevar siempre consigo el paraguas, sin peligro de dejarlo olvidado en el tren o en los tranvías, pues por su pequeño tamaño cabe cómodamente en cualquier bolsillo.

LIMPIEZA DE LOS PÁJAROS DISECADOS. — Se humedece bien el pájaro con bencina o con benzol; en seguida se le coloca sobre una hoja grande de papel fuerte y con algodón en rama se le aplica una buena cantidad de almidón en polvo, que en una o dos horas absorbe por completo el hidrocarburo, sacudiéndolo después con mucho cuidado para evitar que el pájaro se deteriore; esto basta para que caiga una buena parte de la pasta, y el resto desaparecerá seguramente golpeando con precaución las plumas con un alambre que tenga la suficiente rigidez. Esta última operación se practicará al aire libre, para que no moleste el polvo. Terminada la limpieza se alisan las plumas con una muñequilla de algodón impregnada de alcohol.

RECETA PARA CONSERVAR LOS HUEVOS. — Los que se proveen al por mayor de este indispensable artículo corren el riesgo de que se les estropee una gran parte de la mercancía. Para que los huevos puedan conservarse en buen estado se sumergirán durante cinco o seis minutos en una solución de cinco litros de agua de cal con 300 gramos de cloruro de sodio (sal de cocina). Déjense secar después al aire libre.

MODO DE LIMPIAR LOS PLATOS BARNIZADOS. — Los platos barnizados no deben sumergirse ni humedecerse con agua caliente, porque se agriatarían en seguida. Para limpiarlos se frotarán con una esponja mojada en agua tibia en que se haya disuelto un poco de jabón blanco, aclarándolos después con agua fría y secándolos rápidamente con una tela de seda muy suave o con un pañuelo de seda viejo.

Cola especialmente buena para pegar pequeños objetos o adornos de vidrio, sin que queden muy marcadas las orillas que se hayan pegado. Se cuece sobre la llama una o dos hojas de gelatina blanca en una cucharada de vinagre. Con un pincel se untan con la goma caliente los bordes a unir, se oprimen bien los bordes y si es necesario se atan con hilo, que se sacará cuando esté seca la goma. Los objetos pegados de este modo se pueden lavar en agua tibia.



PARA HACER UN DESPERTADOR RÚSTICO. — Con un seleccionado tronco de un árbol puede hacerse un despertador rústico para la casa, puesto de caza y casa de campo. Se alisa perfectamente la parte elegida para el horario, que es formado con tachuelas de bronce. Al dorso se taladra un agujero lo bastante espacioso para introducir la maquinaria de un despertador. Unas delgadas varillas convenientemente acondicionadas servirán de manillas para marcar las horas y minutos. Para proteger la maquinaria de suciedades que interrumpan la buena marcha del reloj basta cubrirla con una tapa de madera que se ajusta por medio de tornillos.

UN INSECTICIDA BARATO — Las hojas de tomate maceradas en agua son un excelente insecticida contra los parásitos que atacan a los melocotoneros, naranjos y otros árboles frutales y a los rosales. Un tratamiento de pocos días basta para acabar con esta infección y devolverles toda su lozanía.

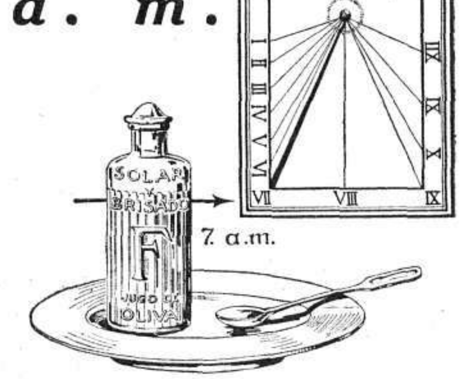
Los zapatos de goma servirán para varias estaciones si antes de ponerlos aparte se lavan bien, se dejan escurrir, se untan con vaselina por fuera y se rellenan con papel de diario. Se guardan envueltos en un trapo blanco de lana o de algodón.

GEMELOS (ANTEOJOS DE TEATRO).—Se les quitan las manchas de grasa frotando con un pedacito de papel secante o con papel de seda humedecido en agua con algunas gotas de álcali. En seguida se pule con un trapo viejo de hilo; no se usa nunca de seda. Además debe observarse que para conservar buenos los anteojos deben frotarse lo menos posible, evitándose así las rayas. Se quita el polvo con una gamuza muy suave, que se vende generalmente en las casas de óptica. Hay que observar que no tengan inscripciones.

BOMBA DE PEDAL — Todos aquellos que tengan un automóvil o un «side-car» saben cuan desagradable es inflar los neumáticos con la bomba a mano. Aquí presentamos, pues, una genuina bomba de pie, cuyo empleo es mucho menos fatigoso que el de la otra. Es una bomba ordinaria, como se ve en el grabado, con un sistema articulado, el cual obedece a la presión del pie.



SOLAR Y BRISADO
PARA LAS 7 a. m.



SIN RIVAL PARA LAS 7 A. M.

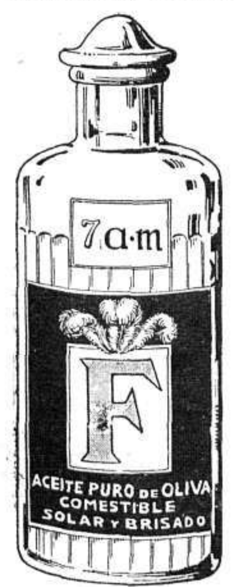
Ningún aceite llamado medicinal compuesto, puede compararse con el aceite F natural, solar y brisado. No es un producto químico; sus virtudes las posee por la acción profiláctica, que del sol y la brisa ha recibido.

UNA CUCHARADA AL LEVANTARSE

EL JUGO DE OLIVA DE PATENTE F SOLAR Y BRISADO:

«...... *sol y aire*, pero no simultáneamente ni integralmente, sino como la planta mismo los utiliza, a través del filtro de sus tejidos y de sus pigmentos, que le permiten seleccionar las radiaciones útiles y en el alternar de las noches y de los días que marcan con su ritmo el proceso oscilante de las reacciones químicas celulares.

Las fases del proceso clásico se han transformado fundamentalmente: la sedimentación se acelera con centrífugas de extraordinaria potencia, el lavado se lleva al último extremo con aguas naturales no mineralizadas y tras la filtración que en este método no ofrece dificultad alguna, se procede a las dos operaciones que constituyen el secreto de la fábrica, en sus detalles, pero cuyo principio enunciamos: la *insolación* y el *brisado* en acción alternada y repetida que, conservando al aceite la totalidad de las propiedades que poseía en la pulpa del fruto, aseguran su composición constante, la invariabilidad de sus caracteres y lo hacen inalterable.



Por largos tubos de cristal, que forman a manera de un gigantesco órgano, y a través de otros aparatos, circula el aceite (jugo de oliva) F que va readquiriendo las vitaminas, esencia vital nacida en el árbol y de la cual, desde los tiempos de Noé, solamente el aceite F vuelve a estar provisto.

El secreto de fábrica está bien guardado; más lo poco que dejan ver aquellas maravillosas tuberías, es lo suficiente para que se note un despertar, un regurgitar del aceite de oliva sobre sí mismo, que nos recuerda algo así como el renacer del pájaro aterido, de la rosa mustia cuando el calor del sol le devuelve vida y belleza....»

(Párrafos del reportaje publicados en Nov. 10 pp.)

Cía. Olivarera del Mediterráneo
Fresneda

Enlaces



Señorita Ana Nieves Siboldi con el señor Miguel J. Huarte. — Urdinarrain.



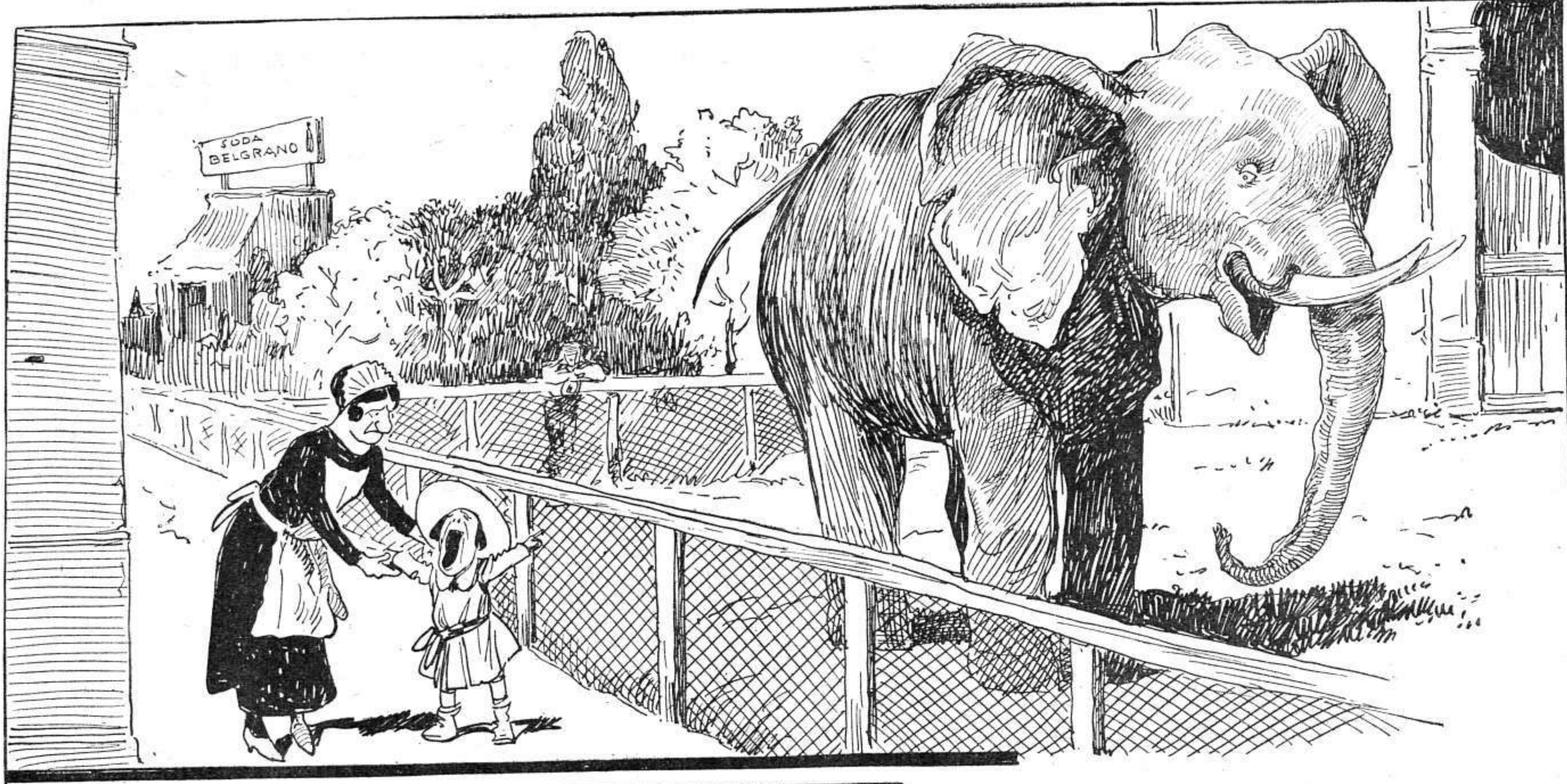
Señorita Juana Boeris con el señor Miguel Pochetino.—Banderaló.



Señorita Inocencia Lozano con el señor Mario Bertone.—Bouquet.



Señorita Antonia González con el señor Antonio Gutiérrez. — La Larga.



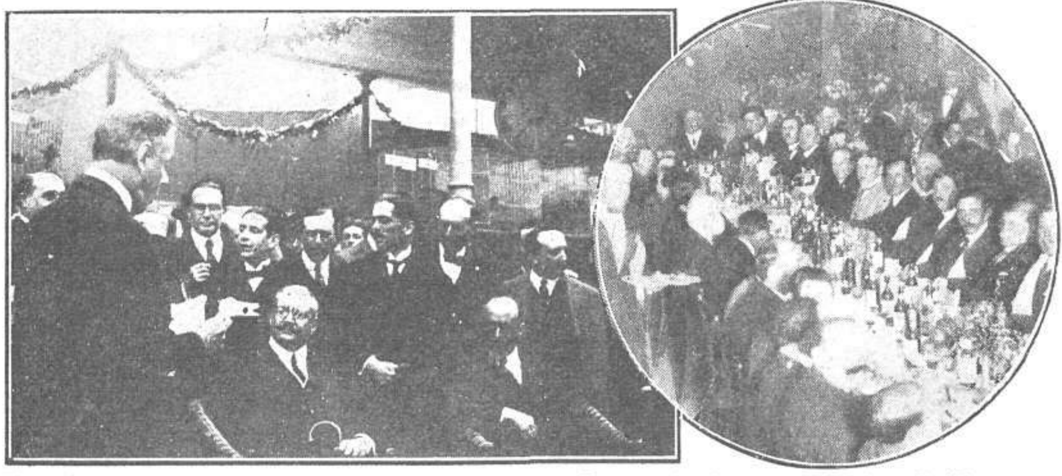
NOTA
COMICA
DEL

GLAUDA

VERMOUTH
ARGENTINO

—¿Por qué lloras, Pepito?

—¡¡Porque yo quiero llevarme eso para jugar en casa!!



El doctor Castro Biedma, pronunciando el discurso en el acto de la apertura de la Exposición Avícola Regional.

Banquete ofrecido al gobernador, doctor José Luis Cantilo, con motivo de su asistencia a la inauguración de la Exposición.

LAVADO DE LOS BILLETES DE BANCO

Es una operación ésta que hasta ahora se lleva a cabo únicamente en los Estados Unidos de la América del Norte, donde el Estado realiza en tal forma una economía de varios centenares de dólares al año de los que debiera invertir en las emisiones de billetes nuevos.

Las máquinas que se emplean para este lavado son muy parecidas a las que poseen los grandes lavaderos mecánicos de ropa blanca, y de ellas, luego de pasar por una serie de cilindros calientes, salen los billetes limpios de microbios.

Recientemente, el diario londinense «Daily Mail» se preguntaba por qué tal sistema, que resulta tan práctico, no se usa también en el Banco de Inglaterra, cuyos billetes tienen sólo una duración de sesenta y tres días, por el hecho de que los papeles —valores que vuelven a sus cajas— son inmediatamente cortados, archivados durante cinco años y luego destruídos por medio del fuego. Es un auto de fe quinquenal en el que se incineran unos noventa millones de billetes, por lo que es necesario reimprimirlos de continuo, a razón de sesenta mil por día, en virtud de que los retirados diariamente de la circulación, constituyen infinidad de paquetes de un peso de diez kilos.

La verdad es que, cuando se piensa en el peligro constante que representan los billetes de Banco sucios para la salud pública, resulta incomprensible que el método de lavarlos no se haya generalizado en todos los países del mundo.



PERFECCIONAR EL CUTIS

femenino con el uso diario del POLVO GRASEOSO

LEICHNER

cuya eficaz acción le torna fresco, delicado, y suave, significa para las señoras llevar a su rostro la más acabada expresión de juventud y belleza facial.

(Precio en la Capital Federal $ ***1.50*** *la caja.)*

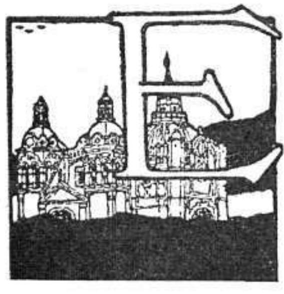
MENDEL y Cía.

En Buenos Aires:
Calle Guardia Vieja, 4439

En Montevideo:
Calle Cerrito, 673

EL SECRETO DE LA IGLESIA

«Cuidado con lo oculto.»
(Dicho popular.)



En esta noche de principios de otoño el antiguo hotel con jardines, residencia de la morena Mariela — al final del barrio de Saint-Honoré — parecería dormido. En el primer piso, en efecto, en el salón tapizado de seda cereza, los pesados cortinajes de los balcones — cuyas vidrieras miran las avenidas enarenadas y el surtidor que brota entre el césped — interceptaban el resplandor interior.

En el fondo de este aposento un ancho tapiz Enrique II dejaba entrever en el salón contiguo las blancuras adamascadas de una mesa llena de luces y sobre la que aun se destacaban las tazas de café, los fruteros y la cristalería, aunque se jugaba desde la medianoche.

Bajo los dos manojos de hojas de plata, con flores de luz, de un par de candelabros de pared, dos *señores* de figura elegantísima, de cutis inglés, de sonrisa distinguida, de aspecto afable, de largas patillas, lucían los lises de sus chalecos frente a frente de un *écarté* que jugaban con un abate joven y moreno, de una palidez natural muy emocionante (palidez de muerto), y cuya presencia resultaba por lo menos equívoca en este lugar.

No muy lejos, Mariela, en un *deshabillé* de muselina que avivaba sus ojos negros, y un ramito de violetas al borde de su corsé en el hoyo níveo, escanciaba de vez en cuando champagne helado en las finas copas que llenaban un velador, sin dejar de avivar, con los anhelosos labios, el fuego de su cigarrillo ruso—que sostenía ensortijado al dedo meñique de su izquierda una especie de pinza de plata.— Sonreía también a veces de las frívolas ocurrencias que — con intermitencia y como aguijoneado por discretos arrebatos — le susurraba al oído (inclinándose sobre la perla de su hombro) el invitado ocioso al que sólo se dignaba contestar monosilábicamente.

En seguida se volvía a hacer el silencio, turbado apenas por el ruido de los naipes, del oro de las apuestas, de las piezas de nácar y de los billetes sobre el tapete verde.

El ambiente, el mobiliario, las telas se sentían contagiados de languidez, cierta blandura aterciopelada, el acre perfume del tabaco oriental, el ébano labrado de los grandes espejos, la vaguedad de la luz, una imaginaria irisación.

El jugador de la sotana de paño fino, el abate Tussert, no era sino uno de esos diáconos faltos de toda vocación, cuya perversa ralea tiende, por fortuna, a desaparecer. Nada había en él de aquellos sutiles abates de antaño, cuyas mejillas infladas por la risa les ha hecho aparecer simpáticos y veniales en la Historia. Este, alto, tallado a hachazos, el rostro ovalado con los maxilares salientes, resultaba, realmente, de una casta más sombría, hasta el punto de que en ciertos momentos la sombra de un crimen ignorado parecía ennegrecer aun más su silueta. En él la clase de piel especial de su cutis descolorido indicaba una sensibilidad fría. Los labios astutos ponderaban en este rostro la energía ingenuamente bárbara de su conjunto. Sus pupilas negruzcas, rencorosas, brillaban bajo la anchura de una frente triste, de cejas rectilíneas, y su mirada crepuscular parecía pensativa de nacimiento, a veces fija. Laminado por las controversias del seminario, el timbre de su voz había adquirido inflexiones mates que apagaban su dureza; sin embargo, se presentía el puñal en su vaina. Taciturno, si hablaba era desde lo alto, con uno de los pulgares hundidos casi siempre en su elegante fajín de franjas de seda. Muy mundano, «lanzado» como si hubiera intentado huirse — más bien recibido que admitido, eso es verdad — se le *admitía* gracias a esa especie de *miedo* confuso e indefinido que sugería su persona. Algunos perversos señores de fortuna estafada le invitaban también para salpimentar con lo que había de llamativo en su sacrílega presencia, envuelta para más escándalo en el hábito solemne, la salacidad lamentable de sus cenas de juerguistas, no acabando de conseguir este efecto porque su sórdido aspecto cohibía en el fondo aun en esos ambientes (los desertores, vengan de donde vinieren, no son estimados por los inquietos escépticos modernos).

En realidad, ¿por qué seguir llevando aquellos hábitos? ¿Quizá porque, habiéndose puesto de moda con aquella ropa, temía comprometer su originalidad vistiéndose de levita? ¡Ca, no! Es que era ya demasiado tarde; es que ya tenía el *sello*. ¿Es que los que siendo como él tomaban una apariencia laica no eran reconocibles siempre? Se diría que todos los trajes que llevasen siempre transparentarían la invisible sotana de Nessus que no podían arrancarse del cuerpo, aunque sólo se la hubiesen puesto una vez: siempre se notaría su ausencia. Y cuando a imitación de un Renan, por ejemplo, murmuran del Señor, su juez, parece por intervalos que, en medio de no se sabe qué VERDADERA noche que surge en el fondo de sus ojos, se oye — entre el súbito reflejo de una linterna sorda y bajo el follaje de los olivos — el chasquido del viscoso beso del Eufemismo sobre la Mejilla Divina.

Ahora bien: ¿de dónde provenía este oro que sacaba todos los días de su negro bolsillo? ¿Provenía del juego? Puede que fuese así. Se insinuaba eso, aunque sin profundizar en ello, ya que no se le conocían deudas, ni queridas, ni otras ventajas como esas. ¡Además de que hoy cada cual tiene sus cosillas! Pero eso ¿qué importa?

El caso es que las mujeres le consideraban como un hombre «encantador», y punto final.

De repente, Tussert, que había robado malas cartas, dijo, descubriendo su juego:

— Pierdo diez y seis mil francos esta noche.

— ¿Le hacen veinticinco *luises* para que intente el desquite? — ofreció el vizconde Le Glaïeul.

— Yo no propongo ni acepto jugadas de palabra y ya no tengo oro en el bolsillo — respondió Tussert.— No obstante, mi ministerio me ha hecho poseedor de un *secreto* — de un gran secreto, — que si eso os conviene me decidiré a arriesgar contra vuestros veinticinco *luises* a cinco tantos ligados.

Después de un silencio bastante justificado, preguntó M. Le Glaïeul, medio estupefacto

— ¿Qué secreto?

— Pues el de la Iglesia — respondió fríamente Tussert.

¿Fué la entonación breve, rotunda y como poco mixtificada de este tenebroso vividor, o la fatiga nerviosa de la noche, o los capciosos vapores dorados del champagne, o el conjunto de estas cosas lo que hizo que los dos invitados y hasta la alegre Mariela se estremeciesen al oír esas palabras? Los tres, mirando al enigmático personaje, acababan de experimentar la misma sensación que les hubiese producido la aparición repentina de una cabeza de serpiente alzándose entre los candelabros.

— La Iglesia tiene tantos secretos... que creo, al menos, poderle preguntar cuál de ellos es—respondió con serenidad ya el vizconde Le Glaïeul, — aunque, como usted puede comprender, me interesan muy poco esas revelaciones. Pero acabemos. He ganado demasiado esta noche para negarle eso; así es que de todos modos ¡van veinticinco *luises* a cinco tantos ligados contra el «secreto de la Iglesia».

Por una cortesía de hombre «de mundo» no quiso recalcar: «...que no nos interesa nada».

Cogieron otra vez los naipes.

— ¡Abate! ¿Sabe usted que en este momento tiene usted el aire del... *diablo?* — esclamó con un tono cándido la amabilísima Mariela, que se había quedado como pensativa.

— ¡La jugada, sobre todo, es de una audacia insignificante para los incrédulos! — murmuró frívolamente el invitado ocioso, con una de esas leves sonrisas parisienses, cuya serenidad ni siquiera se turba ante un salero derramado. — ¡El secreto de la Iglesia! ¡Ja! ¡Ja!... Debe ser gracioso.

Tussert le miró y después le dijo:

— Ya lo apreciará usted si continúo perdiendo.

La partida comenzó más lenta que las anteriores.

El primer juego lo ganó... *él;* pero después perdió el desquite.

— ¡Va el último pase! — dijo por fin *él* mismo.

Cosa singularísima: la atención — mezclada, al principio, con algo de superstición burlona — había subido de tono gradualmente; se hubiera podido decir que alrededor de los jugadores se había saturado el aire de una solemnidad sutil y de una gran inquietud... Se deseaba fervientemente *ganarle* la partida.

Estando a dos contra tres, el vizconde Glaïeul, después de tirado el rey de corazón, tuvo de juego los cuatro sietes y un ocho neutro; Tussert, que tenía la sota de espadas, vaciló, quiso hacer una jugada de maestro exponiéndolo todo y perdió. El golpe fué rápido.

En ese momento Mariela se miraba con indiferencia las uñas rosadas; el vizconde, con aire distraído, examinaba el nácar de las fichas, sin hacer la pregunta suspendida sobre ellos, y el invitado ocioso, volviéndose por discreción, entreabrió (¡con un acierto lleno verdaderamente de inspiración!) los cortinajes del balcón que estaba cerca de él.

Entonces a través de los árboles apareció, haciendo palidecer las luces, el alba lívida, el amanecer, cuyo reflejo tornó bruscamente mortuorias las manos de los presentes. Y el perfume del salón pareció volverse más impuro, llenándose de un vago recuerdo de placeres vendidos, de carnes voluptuosas con despecho, ¡de laxitud! Y algunos desvaídos pero impresionantes matices pasaron por los rostros de todos, denunciando con su esfumino imperceptible las máculas futuras que la edad reservaba a cada uno. Aun cuando allí no se creyese en nada más que en placeres fantasmas, se sintió sonar a hueco en esta existencia el golpe del ala de la vieja Tristeza del mundo, que despertó a tan falsos juerguistas llenos de vacío, faltos de esperanza.

Llenos de olvido, ya no se preocupaban de oír... el insólito secreto... si es que alguna vez...

Pero el diácono se había levantado, glacial, sosteniendo en la mano su sombrero de teja. Después de lanzar una mirada circular, de ritual, sobre aquellos tres seres un poco cohibidos, dijo:

— Señora, señores, ¡ojalá la apuesta que he perdido os haga reflexionar ... Paguemos...

Y mirando con una fría fijeza a sus elegantes oyentes pronunció, en voz más baja, pero que sonó como una campanada de difuntos, estas condenables, estas fantásticas palabras:

— ¿El secreto de la Iglesia?... Es... Es que no hay Purgatorio.

Y en tanto que, no sabiendo qué pensar, se le observaba, no sin cierto pánico, el diácono, después de haber saludado, se dirigió, tranquilo, hacia el umbral, y después de haber mostrado en el vano su cara sombría y lívida, con los ojos bajos, cerró la puerta sin hacer ruido.

Una vez solos respiraron, libres del espectro.

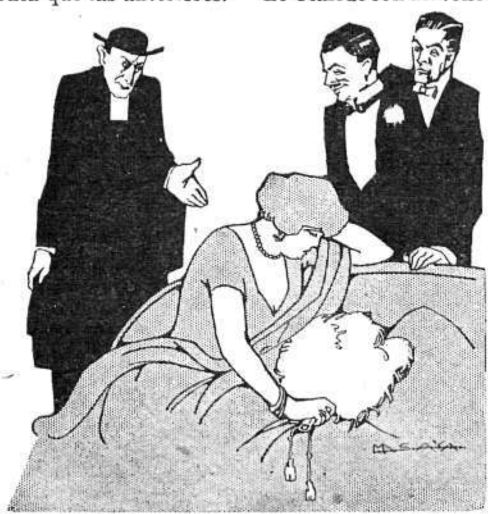
— ¡Eso debe ser inexacto! — balbuceó cándidamente la sentimental Mariela, impresionada aún.

— ¡Argucias del jugador que pierde, por no decir de un farsante que no sabe lo que dice! — exclamó Le Glaïeul con un tono de cochero enriquecido.—¡El Purgatorio, el Infierno, el Paraíso!... ¡Todo eso es de la Edad Media! ¡Todo eso es pura broma!

— ¡No pensemos más en ello! — indicó el otro elegante.

Pero en aquella maligna claridad del alba la amenazadora mentira del impío *sin embargo* había hecho su efecto. Los tres estaban muy pálidos. Se bebió, con duras sonrisas forzadas, una última copa de champagne.

Y aquella mañana, por mucha elocuencia que empleara el invitado ocioso, Mariela, arrepentida quizás ante la amenaza exclusiva y excesiva del Infierno, sin la condescendencia del Purgatorio perdido para su esperanza, no quiso acceder a sus insinuaciones.



VILLIERS DE L'ISLE ADAM

DIBUJOS DE MACAYA

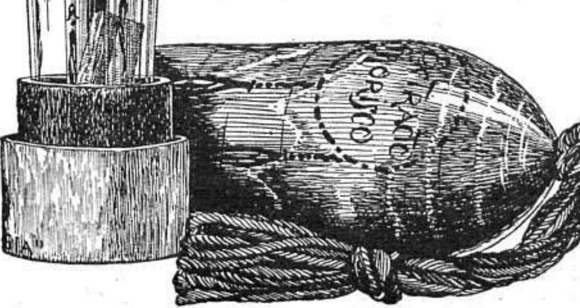
Vista parcial de la Exposición Avícola inaugurada últimamente, y al éxito de la cual han contribuído avicultores de esta localidad.

El presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés, pronunciando un conceptuoso discurso en homenaje a los fundadores de esta ciudad, el día en que se celebró el aniversario de su fundación.



AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc. le rogamos pidan que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.





"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

"MYRURGIA"

PERFUMERÍA ESPAÑOLA

Del país en que
las flores son
las más bellas
del mundo.

Cada caja de polvo Maja Goyesca de MYRURGIA contiene un obsequio para su compradora.



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

Diez y Seis Alimentos en Uno

En el alimento hay diez y seis elementos que los adultos debieran tomar y los niños necesitan tomar para obtener salud, vigor y desarrollo.

Siete de ellos son minerales para formar los huesos, los dientes y la sangre, etc. Algunos son elementos de formación del organismo y otros son para infundirle vigor.

Los hombres de ciencia y los médicos de todo el mundo afirman que esos diez y seis elementos se encuentran en el QUAKER OATS.

Como alimento para los niños en estado de desarrollo, nada puede comparársele; no tiene igual para los enfermos y personas débiles; ningún otro alimento produce tanto vigor y vitalidad como el QUAKER OATS.

Todo el mundo necesita QUAKER OATS **todos** los días.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado, único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

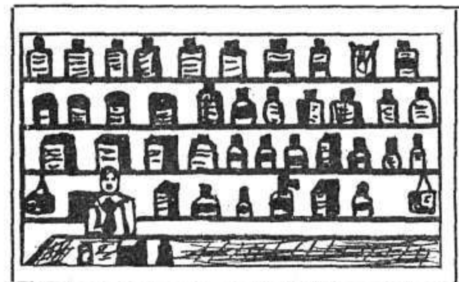




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



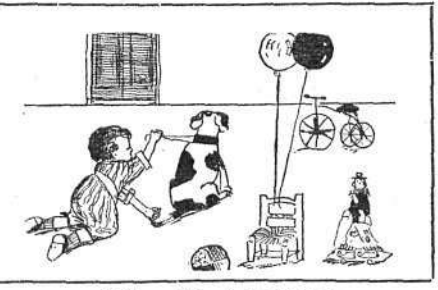
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



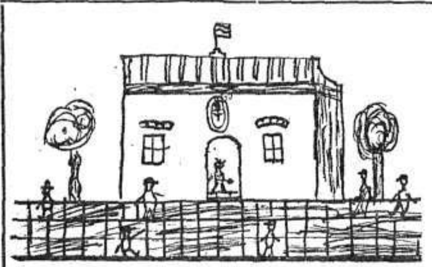
1559 — La farmacia de mi papá.
JOSE A. DELINA.

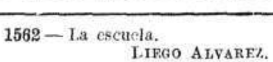


1560 — El mucamo afilando.
ROMULO TOSSELTI.



1561 — Mi primito Federico.
EDMUNDO F. CATALANO.





1562 — La escuela.
DIEGO ALVAREZ.



1563 — Ernestina y Armando.
MARÍA D. TORANZOS.



1564 — La chacra de mi tío.
CARLOS G. ESPAÑA.



DURANTE los primeros seis meses del año 1923, la venta de las máquinas de escribir "Royal", en la ciudad de Nueva York, ha experimentado un aumento del 75 % con relación al mismo período del anterior año de 1922.

Precisamente allí, donde existe una muy pronunciada competencia entre las distintas marcas de máquinas de escribir y donde los compradores son sumamente exigentes y saben muy bien lo que significa una buena máquina, allí es donde la "Royal" ha obtenido este verdadero triunfo.

La razón de este éxito consiste en que las ventajas que la "Royal" ofrece son verdaderamente positivas, como ser: su impresión perfecta y absolutamente nítida y su toque superelástico, que permite el desarrollo de una velocidad máxima.

La larga duración de esta máquina es debida a la calidad superior de los materiales con que es fabricada, a la plena precisión de todas sus partes componentes y al hecho de que su mecanismo se halla encerrado, estando así protegido contra la entrada del polvo o tierra. La "Royal" escribe en una línea más palabras que cualquier otra máquina del mismo tamaño.

Ofrecemos la Máquina "Royal" Modelo 10, incluyendo base de madera, tapa metálica y cubierta de hule, al precio de

$ 38.50 m/n al contado

y el resto en 9 mensualidades de $ 38.50 papel, o al precio de $ 360 m/n al contado.

Pida, en su pueblo, al Agente de la "Royal" que le muestre esta Máquina y cerciórese de visu de todas sus ventajas, o sino escríbanos solicitándonos el Folleto Ilustrado "Royal".

Necesitamos Agentes activos en todas aquellas localidades donde aun no tenemos representante.

"Compare el Trabajo"

ROYAL

UNICOS AGENTES:

Cía. LA CAMONA

39, Maipú, 43. — Bs. Aires.

LAS SEDAS

POR

LUZ Y SOMBRA

El taffetas y el satín son los que nos ofrecen mayor materia de charla, entre las varias sedas en boga.

El taffetas es propio para vestidos de estilo, y tiene un particular encanto sobre el cuerpo ágil de las señoritas. Son vestidos amplios, combinados con rica puntilla cuando no son bordados.

En la tienda, considerada más antigua, he visto tres exquisitas creaciones: las tres llevaban bata lisa y ceñida, pollera de mucho vuelo. Uno era todo festoneado y adornado por tiras de alforcitas formando galón; la pollera, abierta en medio delante, dejaba asomar un encaje de oro a 6 volados. El otro llevaba una pollera del mismo encaje a dos volados y a mitad cubierta por una muy fruncida media pollera de taffetas, que del lado izquierdo terminaba en punta hasta el borde de la pollera de encaje. La unión de la sobrepollera con la bata, así como la terminación de las manguitas, estaban realzadas por un ruche del mismo taffetas. El tercer modelo — el más juvenil — estaba caracterizado por unos atrayentes tuyautés del mismo taffetas del vestido que, formando guirnalda, rodeaban la pollera en 4 puntos diferentes. Dos incrustaciones de un ancho entredós de encaje de oro entre estos tuyautés. Las manguitas eran de encaje, terminadas por tuyauté como el escote.

Un vestido de taffetas — menos suntuoso y por lo tanto no para fiesta en la ciudad — era de color rosa muerta, muy fruncido sobre las caderas. Una tira ancha bordada y perlada en azul fuerte, rodeaba la pollera arriba de la terminación del dobladillo. Grandes sombreros para los vestidos claros son de taffetas, adornados de cocardas de cinta o de flores en crepé Georgette. Son grandes capelinas las que las Parisienses lucieron, el último verano, en las playas, en el Casino y en las carreras. Al lado del crin y de las pajas, se alternaban las grandes tiesas en tul, organdí, terciopelo y taffetas, adornados a veces de plumas, perlas, soutache. Bonita combinación sobre un sombrero de taffetas ciclamen, constituye el organdí bordado de florecitas velando el ala. Otros sombreros en taffetas tienen la parte inferior del ala en etamina bordada de flores de perlas. En taffetas se han visto trajes de baño, menos censurables seguramente que los de terciopelo estrenados por algunas parisienses.

Afuera del círculo luminoso e inquieto de la juventud, el satín ocupa el sitio del taffetas. Las jóvenes señoras para sus trajes de fiesta, para sus blusas, para sus adornos, eligen el satín. El grabado central de esta página ofrece un modelo, lucido por una grande artista, en encaje «pain brulé» sobre forro de satín negro. El cinturón es de faille negra. El satín para fiesta viene enteramente cubierto de ricos bordados y a veces combinados con crepé. Así he visto un modelo cuya pollera de satín rosa era toda bordada de perlas y el cuerpo, que terminaba en dos grandes echarpes laterales, era en crepé Georgette del mismo tono, sin bordado. En satín Rutilor he visto un vestido cuya pollera estaba combinada con crepé Georgette todo bordado, tono sobre tono. Dos caídas de satín, desde los hombros, daban soltura al conjunto; la del lado izquierdo era a «coquillé», la otra caía lisa, terminando en breve cola.

He visto un suntuoso vestido de satín azul obscuro, cubierto de perlas de cristal; mágico efecto, de entonación muy moderna.

Muchos vestidos, todos de puntilla de seda, llevan un forro de satín de tono más obscuro.

El crepé Satín Fulgurant está muy en boga para trajes de novia, y para otros vestidos de fiesta. Sobre el crepé satín, en los modelos que acaban de llegar de París, hemos notado decoraciones de perlas e hilos de metal, cubriendo totalmente el tejido con motivos antiguos. Los bordados, lejos de desaparecer, parecen tomar cada vez más sitio en las composiciones de vestidos de noche y de invierno

Los bordados de «piolín» sobre satín negro son indicio de una moda a venir, muy discreta y aristocrática.

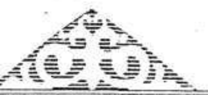
He visto una creación para señoras de cierta edad: Era una bata de satín negro, toda bordada de perlas blancas formando florcitas (bata lisa para siluetas delgadas, y cruzada para las otras); una pollera de voile de seda negro plissé a tres volados ribeteados de blanco. Una capa de marrocain negro completaba el severo conjunto. El satín se va afirmando definitivamente, y para el otoño, ya nos anuncia París los tailleurs de satín negro.



Vestido de taffetas negro con pollera de volados ribeteados de cinta plateada. El moño de cinta verde parece asegurar el bordado plateado.

Vestido de crepé verde vivo con incrustaciones de tiras de satín rosa y bordado de oro y perlitas verdes. Cinturón de crepé liso.

Un enorme moño de taffetas changeant rosa verde y azul, es la característica de este vestido de crepé Samotrace beige muy pálido, con túnica de encaje en el tono.





Si desea usted agua de colonia de clase superior, acción persistente y perfume delicado y de buen gusto, use el

Agua de Colonia Mendel

y hallará en ella un exquisito producto de calidad insuperable.

PERFUMERIA MENDEL

En Buenos Aires: Calle Guardia Vieja, 4439

En Montevideo: Calle Cerrito, 673



PUNTA rayada en el Eversharp, cilindro de metal en la pluma Wahl, e idéntico diseño en ambos, identifican a los mejores útiles de escribir.

Los hay grabados con los mismos artísticos diseños. Los que le convienen en tamaño, estilo y precio, están entre ellos.

De venta en los mejores establecimientos de todas partes.

Los legítimos llevan el nombre grabado. Eso los garantiza.

THE WAHL COMPANY
Nueva York E. U. de A.

Compañeros inseparables

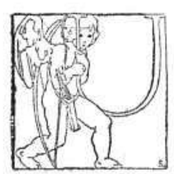
WAHL PEN EVERSHARP



LECTURAS INFANTILES

DOS LIBROS Y DOS NIÑOS





N domingo Loló y Javier fueron a visitar a su abuela con el propósito de pasar todo el día con ella.

La saludaron afectuosamente, y la anciana se informó primeramente de sus estudios y luego de cómo empleaban el tiempo cuando se encontraban en su casa. Declararon los dos que se divertían mucho leyendo hermosos cuentos.

La abuela entonces se apresuró a contestar:

— Mirad, niños, sobre mi mesita hay dos libros muy apropiados para ustedes; escoged el que más os guste para leer. Pasaréis una buena hora en la lectura, mientras se aguarda a que el almuerzo esté listo.

Loló y Javier se aproximaron a la mesita y sus manos se posaron conjuntamente sobre un libro de bellísimo aspecto; era grande, encuadernado en cuero rojo con brillantes letras doradas.

— Este lo tomo yo — exclamó Javier.

— No, déjamelo; yo lo vi primero...

La abuela, que oía discutir, preguntó:

—¿Qué sucede, niños?

Loló, que no quería que su hermano mereciera mal concepto de su abuelita, respondió:

— Nada, nada, Yayita.

Y dejó que su hermano tomase el bellísimo libro. Eligió para ella uno de apariencia modesta, con una cubierta de cartulina blanca. Javier posó su tesoro sobre un sillón y se sentó sobre un banquito para leer con toda comodidad.

Loló fué a sentarse al aldo de la abuela.

Los dos niños quedaron por algunos minutos en gran silencio, con la cabeza inclinada sobre las páginas.

Pero Javier comenzó pronto a mirar aquí y allá y a bostezar. El libro era hermosísimo en su exterior, pero muy aburrido por dentro. no tenía ni una figura, ni un párrafo que llamara su atención. Era un libro de historia antigua y Javier no comprendía nada. Por eso, después de haber resistido al fastidio un poco más, Javier se levantó, y caminando en punta de pies fué a ver lo que Loló leía.

¡Qué libro gracioso, en cambio, le había tocado en suerte a su hermanita! Un libro lleno de figuras coloreadas: *Las aventuras de Pinocchio*. Javier se inclinó detrás de la espalda de su hermanita, y empezó a leer.

Entonces Loló, que era más gentil que él, le dijo:

— Siéntate a mi lado, Javier, y lee conmigo. ¡Es tan lindo este cuento!

ADELIA DI CARLO.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!





CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 100

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 99 han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:



ENCUENTRO SUPREMO

Oh, cuánto lo había querido! ¡Y cómo sabía él mentir!... Rafael Arce la conoció en la calle comprando violetas a un florista ambulante. Mientras esperaba en una esquina a que la aglomeración del tráfico disminuyera para atravesar la calzada, la oyó decir, indignadísima, dirigiéndose a otra señorita que la acompañaba, rechazando un manojo de nardos color de turquesa presentados por el mismo vendedor:

— ¡Qué horror!... ¡Flores pintadas!... Dime, María: ¿no te hace esto el efecto de sorprender una falsificación?

Y agregó: — Pensar que tanto infeliz, por una pequeña contravención, está en la cárcel; y en cambio se dejan sueltos a individuos capaces de pervertir hasta las flores.

La compañera de la paseante soltó la risa; a Rafael hízole gracia también el vehementísimo arranque furibundo y, como la figura de quien lo había tenido era elegante, en vez de atravesar la calle caminó hacia donde ella se encontraba para mirarle la cara. Al verla recibió una indeleble impresión. Aquella niña salía apenas de la adolescencia y era el conjunto de todas las gracias. Unos grandes ojos francamente inteligentes y curiosos que le bañaban de luz el rostro de una frescura extraordinaria; una boca rosada de labios delicados y un poco ávidos; la más adorable suavidad de expresión con algo de intrépido y de voluntarioso al mismo tiempo, prestaban a tan tierna criatura un poder de atracción que Rafael sintió en el acto y del cual ella no tenía conciencia todavía.

Aquél, todo un buen mozo, elegante y simpático, poseía aplomo, soltura y gentileza en su discurso y sus maneras, amenidad engañosa, pero realmente era superficial, impresionable, veleidoso e ignorante. En cuanto a la niña defensora de la dignidad de las flores era uruguaya, llamábase Ofelia del Campo, había perdido padre y madre años hacía, y poseía un pequeñísimo patrimonio, encontrándose de paseo aquí en compañía de las señoras con quienes vivía en Montevideo. De buena cuna, muy honorables, los suyos no habían figurado los últimos veinte años en la sociedad debido a su estrecha situación económica. En cambio Rafael, de recursos muy escasos, sabía hallar la manera de aparentar fortuna, procurarse comodidades y placeres, y el mundo que sólo alcanza las apariencias contábalo entre la «gente bien» y de figuración. A pesar de no frecuentar los salones, donde se aburría, sino los clubs, los sitios de juegos y los ambientes galantes, daba mucha importancia a la jerarquía social y se le ocurrió tener a su familia por superior a la de Ofelia. Siempre había ambicionado para el porvenir, una mujer adinerada, de espectable posición, pero temperamento impaciente, de caprichos violentos irresistibles y arranques irreflexivos, olvidó conveniencias para saltar por sobre todos los escrúpulos y casarse con ella.

La hizo suya sin preocuparse de lo invisible, lo mejor en la niña, ni apercibir siquiera su inteligencia de una claridad poco común. Nada de eso podía conmover a quien sólo daba importancia y fe a los sentidos. Fué así el amante de su mujer únicamente, transformándola en una gran amorosa. Una gran amorosa... La felicidad de amar y de ser amada, el ardiente torbellino pasional en que giraban abrazados, desorientando su conciencia, acallando sus escrúpulos. ¡Se sentía tan esclava en poder de aquél gran fascinador!

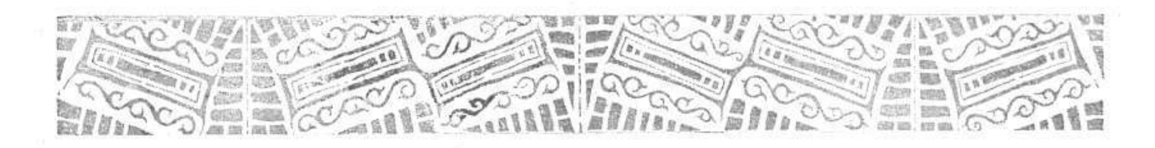
¿Podía saber ella acaso que su historia de amor iba a concluir como la de todas las amantes? ¿Quién se lo hubiera advertido? Cuando se hubo disipado la embriaguez y se produjo el inevitable desgaste de la pasión, el cansancio vino para Rafael. A las primeras insinuaciones de su desvío sintió Ofelia roto irrevocablemente el encanto, al mismo tiempo que se clavaba en su corazón el diente envenenado de la desconfianza. Al cabo de cierto tiempo la certidumbre más irrefutable planteaba entre ambos el fatal problema: «el ser o no ser» de innumerables hogares edificados, como el suyo, sobre arena

A pesar de verse profanada, el cariño de la esposa fué el más fuerte durante un tiempo todavía y, aunque sintiéndose vil, una caricia, una palabra, un gesto, entregábanla nuevamente al hombre que la engañaba. Situación tan angustiosa prolongóse hasta que el marido dominado por sus vicios no se tomó en adelante el trabajo de disimularlos.

Juventud es inexperiencia; juventud es intolerancia; naturalmente Ofelia no pudo encontrar las armas vencedoras en luchas semejantes, ni la indulgencia. Rompió, pues, impetuosamente toda relación con su marido, empleando las palabras intensas y crueles de las resoluciones extremas.

Una vez consumado el hecho desgarrador, la invadió un dolor intolerable y permanente. Consintió en seguir viviendo anonadada, ella habituada a regalías y caricias, ante la idea de una eterna





soledad. Su cielo y su mundo estaban vacíos. En Rafael odió a todos los hombres.

El marido siguió el camino trazado por los de su especie; perdió lo suyo, no devolvió lo ajeno, contrajo deudas sobre deudas las cuales volviéronse contra él y lo aplastaron. En cuanto a los trastornos de su vida conyugal no lo afligían mayormente, considerándolas un simple episodio de su carrera disoluta. Por fin, hízosele imposible su permanencia en Buenos Aires y un buen día desapareció.

La sensación de frío y de desilusión no abandonó a la joven en la casa de unos tíos de su marido, donde fué a cobijarse cuando se vió abandonada y privada de su hogar, en las más completa ruina y sin tener a quien volver los ojos.

Esos parientes habían demostrado siempre quererla, y al buscarlos no pensó que no era ya la mujer elegante, bellísima y dichosa, sino la esposa desdeñada, deprimida y pobre a quien había que mantener y que amparar. Posesionada de esto, se ofreció para ayudar en los trabajos domésticos, imponiéndose tareas casi de criada, con lo cual, complaciendo a los parientes, complacía su propio orgullo. Gente buena a pesar de todo, sin hijos, les fué fácil aficionarse a la joven, cuya dulce reserva y discreta melancolía los conmovía. La muerte del tío ocurrida dos años más tarde, dejaba a su compañera en una situación precaria, por lo cual decidió la anciana alquilar las tres piezas principales de su casa. Un caballero propuso contratar para sí las tres, amueblándolas con muebles de su propiedad. Los asientos confortables, los cuadros y objetos de arte, tapices y alfombras de valor, largas estanterías llenas de libros selectos y raros, dieron importancia a aquellas comunes y feas habitaciones.

Era el recién venido un hombre de una gran distinción y de vasta cultura. Boris Slivinska, señor polaco, alto, de una esbeltez excesiva, palidísimo y rubio, con finos bigotes y largas manos, llevaba muy acentuado el tipo de su raza eslava. Tenía su perfil una rara delicadeza de líneas, y en su ancha frente y en sus ojos llenos de pensamiento aparecían signos inconfundibles de fuerza intelectual.

La dueña de casa admiró desde el primer momento esa figura tan diferente de todo lo conocido por ella hasta entonces, forjándose historias fantásticas a su respecto.

A Ofelia le interesaba poco. No se había curado de sus heridas, ni disminuído su descorazonamiento. Desentendiéndose de la desaprobación de su tía, nunca salía a la calle sino para ir a la iglesia o a compras; abusaba de la soledad y del aislamiento, a pesar de sus vestidos modestos, siempre obscuros, y el arreglo sin coquetería de sus cabellos castaños, su belleza sobrevivía y brillaba con mayor esplendor.

A Slivinska lo impresionó en seguida tanta gracia desdeñosa de sí misma. No lo demostró sin embargo, ni tampoco la indignación y el embarazo que le producía verla sometida a trabajos groseros.

Una vez la sorprendió hojeando sus libros. Con tal motivo conversaron largo rato por primera vez, confesándole ella ingenuamente su ignorancia de las cosas intelectuales. En todo lo que le decía descubrió Boris sinceridad absoluta y una inteligencia original, abierta y comprensiva a la cual sería delicioso cultivar. Desde entonces se preocupó de elegir obras aparentes para sus lecturas y de guiar su entendimiento en los primeros pasos.

La joven, entretanto, comenzaba a encontrar alivio en tales ejercicios espirituales, sorprendida del dominio que esos grandes autores ejercían sobre su sentir y su pensar.

Otra mañana, al regresar de uno de sus viajes periódicos, Boris encontró a la joven barriendo su propio departamento, pues faltaba la sirvienta. Causóle aquéllo profunda turbación y vergüenza; los colores del rubor cubrieron su palidez natural y luego, sin haber pronunciado una sola palabra, se le aproximó, quitóle la escoba y le besó la mano. Ese acto quería ser un homenaje a la conformidad casi humilde puesta en la tarea subalterna. Lo adivinó así ella, mirándolo con extrañeza al observar que no había habido en su gesto nada de insinuante ni provocativo. Era aquél un beso que venía de lejos... desde el Norte.

Poco a poco iba estableciéndose una sólida amistad entre los tres habitantes de aquella casa donde el huésped vivía ya entonces en familia. Su sociedad encantaba a la tía. Esta señora, de carácter expansivo, al cabo de unos meses tuvo la ocurrencia de contarle la historia banal y triste de su sobrina, y una noche, en la mesa, entablóse una ligera discusión entre ellas dos:

—Todo lo que Ofelia tiene de buena, tiene de porfiada. Su vida no puede ser más triste y solitaria. Cualquiera diría que lo que le ha pasado es cosa del otro mundo. ¡Jesús, se parece no a la víctima del truán de mi sobrino, sino a una pecadora arrepentida!... Vive aquí encerrada como en un convento.

—¿Con qué objeto quiere usted que salga, tía? Nada de lo que viera merecería mi esfuerzo; —contestó la joven con desagrado.

—Nada... Nada, debes decidirte a seguir mi consejo... ¿No ve usted? Mil veces le he repetido que debe pedir el divorcio. Por supuesto que me oye como quien oye llover. Necesitas, hija mía, definir tu situación. Bien cerca está de aquí tu país y bajo sus leyes te casaste.

—No tendría objeto eso para mí, tía. ¿O me cree usted tan insensata como para casarme otra vez? Basta con







una... A esto respondió el huésped en su tono habitual:

—El divorcio ha sido inventado para situaciones semejantes a la suya, señora.

—¿Oyes?... ¿Lo oyes, criatura? Toda persona razonable piensa de la misma manera. No te sulfures si te digo que tengo la consoladora certeza de que antes de morirme he de verte casada y feliz, murmuró conmovida la anciana.

—¡Reincidente yo! exclamó la linda criatura. Su propia exaltación hízola reir; fué su risa irónica, casi sarcástica, pero en ella había mucha juventud y una malicia sonora.

El divorcio, como la morfina, debe emplearse para aplacar dolores reales y permanentes, no para producir deleite.

Esto dijo Boris Slivinska, dejando a Ofelia pensativa.

HÉLA aquí vencida nuevamente por el hombre, pero con armas mejores. Ofelia había reincidido. Estaba casada con quien poseía un temple moral, un equilibrio mental, una energía interior muy singulares; con quien daba valor a las ideas y a los sentimientos antes que a las cosas, cualidad difícil de encontrar. Esto, a lo cual ella subordinó su espíritu, fué como si hubiese establecido su propia existencia en un plano superior, debajo del cual se debatían las pasiones transitorias, los mezquinos intereses y las contrariedades inútiles a que había estado sometida hasta entonces. A su lado adquirió una sorprendente independencia y claridad de juicio, y una intensa vida sentimental.

Una vez desaparecida la tía, cariñosa vaticinadora de la transformación de su destino, su marido quiso hacerle conocer el mundo y la llevó a viajar. A su regreso encontróse con un bagaje enorme de impresiones y conocimientos, y que había traído con ella una idea justísima y exacta de los hombres y las cosas.

Todo sonreía, pues, a la joven. Un día creía haber descubierto el extremo límite de la felicidad; al día siguiente la convencía de que se podía ir todavía más allá.

EN la casa edificada por Slivinska pocos meses después de su matrimonio, frente al Rosedal, rodeada de jardines hermosísimos, se halla Ofelia en la biblioteca, vasta sala, sentada en su sillón al lado de la chimenea donde se consume un grueso tronco. Es de noche, está sola, pues su marido ha debido ausentarse a una de sus estancias en pleno invierno, y se ha quedado dormida al calor de la lumbre con un libro en la mano. Es la época de las tormentas y las inundaciones. Sopla fuera un viento glacial y recio: llueve. Los ruidos más diversos penetran hasta el interior junto con las bruscas voces de los árboles y los golpes desiguales del agua. De pronto la joven despierta sobresaltada, se endereza y se levanta violentamente de su asiento porque tiene la cabeza llena de cosas confusas, imprecisas y perturbadoras... ¿Ha soñado acaso? ¿Ha tenido visiones lúgubres? ¿Qué ha sentido para que sus nervios se hallen agitados hasta ese punto y sus manos frías? No lo recuerda. Sin embargo, eso que ha visto dormida y ha olvidado al despertar es la causa ciertamente de tan grande inquietud. Ha olvidado escenas presenciadas durante el sueño, pero le ha quedado el espanto; el miedo real y ofuscador sin motivo aparente. Se diría que es ese miedo quien la persigue y la empuja a la vez, obligándola a entrar al comedor, a atravesar velozmente la larga galería cerrada, en cuyos espejos refléjase su rostro pálido como una azucena, y a dar una pequeña vuelta hacia la derecha hasta detenerse delante de una puerta cerrada. Momentos antes había ella pretendido volver a la biblioteca, en cambio sus pies la han conducido en el sentido opuesto. Hállase ahora frente al dormitorio donde expiró su tía, al cual no penetra nunca para evitarse una pena...

¿Por cuál razón esa noche de soledad y frío se ha llegado hasta allí inopinadamente y va a entrar en él? Va a entrar fatalmente, lo presiente. Al mismo tiempo de pensarlo, sin ruido ni apresuramiento, abre la puerta, entra en la habitación, tuerce maquinalmente la llave de la electricidad y la luz ilumina el ambiente...

¡Su pobre tía!... El corazón es lo primero que habla siempre en ella. Todo está tal cual la anciana lo dejara. El frío y el silencio de las piezas deshabitadas envuélvenla en una niebla de melancolía.

De pie, en medio de aquel cuarto, atrévese la joven a interrogar el vacío: «¿Por qué estoy aquí?...» Y luego, repentinamente herida por una sospecha: «¿Será verdad entonces que existen fuerzas desconocidas, influencias ocultas sobre las cuales nuestra razón no sabe explicarse todavía? Durante unos minutos, para ella mortales horas, continúa inmóvil siempre en el mismo sitio, pasando por todas las fases de una indecible angustia... Sus ojos magníficos reconocen luego el dormitorio; obscuro y opaco es todo en él: los muebles, el papel, los marcos de los cuadros, la colcha de la cama. La ausencia de color, la opacidad circundante parecen inventadas para destacar el bargueño de laca de un rojo muy vivo, colocado sobre sus pies tallados entre las dos ventanas. Ofelia lo ha visto siempre, diariamente, en la vieja casa de los tíos primero, más tarde en ese dormitorio, en ese mismo sitio; ahí donde está. Sin embargo, a su pesar, una





curiosidad extraordinaria de ver su contenido, una atracción imperiosa la dominan, sabe de antemano que va a abrirlo como abrió la puerta. Se somete, camina hacia él, se acerca. Indudablemente ha perdido Ofelia su propio dominio; está obedeciendo a una voluntad que no es la suya... Cual si fuese a arrimarse a una llama, la mano tiembla cuando toca la llave. El cofre de laca se ha abierto de par en par. Una vez hecho el gesto involuntario, como si de aquél mueble salieran sin asociación previa de ideas, impónesele el recuerdo de días pasados y lejanos, y en medio de su perturbación mental, que la confunde, mézclanse como a la fuerza imágenes de cosas y seres olvidados, escenas vividas borradas ya de su memoria. Entonces, sin objeto determinado, escudriña el contenido del bargueño rojo hasta tropezar, inesperadamente, con una caja forrada en terciopelo azul en cuyo fondo aparece el retrato de su primer marido, de quien nadie ha tenido noticias desde su desaparición. Cólera, indignación, repugnancia, horror, todo lo siente al mismo tiempo al descubrirlo. No obstante, la voluntad extraña ejerce todavía su imposición, obligándola a tomar en sus manos la imagen del hombre ya olvidado. Es una fotografía de un parecido sorprendente... ¡Cómo se clavan las uñas de esos finos dedos crispados en aquel cartón, sobre el cual la luz ha impreso nítidamente la imagen! ¡cómo se resisten sus ojos magníficos a mirarlo! Miran a pesar suyo la cabeza juvenil, el ojo acariciador con algo de libertino, la sonrisa insinuante de quien fué más que un marido un seductor.

Inesperadamente, prodúcese en Ofelia la reacción; comienza a experimentar alivio, a ser dueña nuevamente de sus facultades y a razonar con mayor libertad. ¡Al fin se recupera!... Sin perder un minuto apresúrase a enterrar con gesto de disgusto y rencor, en su caja de terciopelo, el retrato sugestionante, como al cómplice de una infidelidad y de un pecado. Luego, rencorosa, cierra de un golpe el cofre encubridor. ¡Ah, si pudiese enterrar también los recuerdos humillantes de un pasado que ha pretendido revivir!

Más tarde Ofelia, en su departamento, convencida, segura de no haber tenido fiebre ni delirio, quiso achacar lo sucedido a una alucinación o pesadilla, pero en el fondo de sí misma quedaba una vaga creencia en la veracidad de su visión... ¡Todo aquéllo había sido tan extraño!... Pero había pasado todo con la tormenta, y a todo eso ella se lo representaba pálido, borrado, como el crepúsculo de un mal día.

Cruzando el *boudoir* próximo a su cuarto de dormir, notó que la hoja del calendario de pared marcaba la fecha anterior. La arrancó. Justamente en el instante mismo en que dejaba aparecer la correspondiente al día, el reloj del hall anunció las 11. Y ella repitió automáticamente, cual si lo dictara:

«Las 11 de la noche del 16 de agosto.»

CADA hora llega llena de emboscadas y de traición.

Ofelia había pasado todo el día en una continua actividad, a fin de engañar su impaciencia, pues esperaba a Boris al anochecer. Las agitaciones de tres noches antes habían cedido el lugar a la emoción, a la alegría más pura e intensa que le vibraban dentro como un sonido. La hora anhelada pasó; la noche vino; una espléndida noche de estrellas y Boris no llegaba... Pero sí un automóvil acababa de detenerse delante de la casa. Ofelia lo oyó y voló hasta el portón de hierro del jardín para caer en sus brazos... Mas no fué Boris quien descendió del carruaje, sino un hombre vulgar que se le acerca, la mira, baja después cohibidos los ojos y calla. Su actitud revela en el acto a la joven que algo anormal sucede...

Ella oyó las palabras del mensajero anónimo y las repitió en alta voz, como si sólo así, dichas por ella misma, pudiera darles todo su atroz sentido: «¿Que a mi marido se le ha llevado al hospital más próximo a la estación, porque ha sido víctima de un accidente y no puede movérsele?» Y al pronunciarlas su voz se quebraba en llanto que no estallaba, y su fisonomía tomaba una expresión extraña. Sus ojos agrandados y fijos miraban la cara del hombre cual si quisiera expresarle algo que no acertaba a pronunciar. Repentinamente se precipitó dentro del coche, con voz estrangulada dijo simplemente ¡vamos! y se cubrió la cara con las manos, prorrumpiendo en sollozos sofocados.

....

¿Ha muerto? había ella preguntado al practicante que envuelto en su blanco delantal se le acercaba.

— No, señora... su estado es muy grave, sí. Está sin conocimiento aún, pues en el choque de su automóvil ha recibido un golpe en el cráneo. — El joven aquél, acostumbrado a presenciar todos los sufrimientos, sintió una gran conmoción ante el bellísimo rostro de esa joven señora, divinizado por el dolor, y quiso consolarla mintiéndole. — Es gravísimo el caso, señora, pero se puede todavía luchar. Hay lesiones internas cuya importancia no se conoce aún. Se está haciendo por él todo lo humanamente posible. Serénese un poco, va usted a verle.

El joven le indicó una pequeña sala. Con la rapidez de un torrente que se precipita, lanzóse ella hacia el sitio donde se tendía el largo cuerpo de Boris Slivinska. Pegó a la de él su cara reclamando desesperadamente, con palabras desgarradoras, una mirada que fuera una esperanza, una expresión de que la sabía a su lado. Los ojos del paciente continuaron inmóviles y cerrados.

....

A la noche siguiente persistía la vida en no separarse de aquél cuerpo doliente y quebrado, refugiada sin duda, asida, en los órganos que no habían sufrido.







Ofelia, de rodillas, espiaba con angustia insaciable los estragos del mal en esa frente nobilísima, adorada. Más tarde, el médico de guardia, que pasaba revista a los enfermos graves, entró en la salita acompañado por el practicante. Al pasar por el lado del lecho de Slivinska descubrióse e inclinó la cabeza sin detenerse. Lo saluda ya como se saluda a los muertos, pensó la esposa estremecida, siguiendo con la mirada a ese juez cuya palabra podría darle la esperanza o la locura de un dolor sin remedio, y a quien su cobardía no se atrevía a exigirle la verdad. Lo vió detenerse delante de otra cama colocada en la penumbra en el extremo opuesto de donde ella se encontraba. No la había visto, tan lejos de la tierra estaba. ¿Qué, quién que no fuera Boris podía ahora importarle?

— Este también se va dentro de pocas horas. Los sufrimientos extienden la sensibilidad. La desesperada esposa de Boris, a pesar de la especie de inconsciencia en que permanecía desde la víspera, experimentó una gran lástima por aquél ser abandonado que también iba a morir; ¡y solo! En esa llegaron a sus oídos los restos de la conversación del médico y el practicante referente a aquél enfermo.

— Es un desconocido, doctor. Lo recogió la Asistencia y lo trajeron aquí sin conocimiento el 6 de agosto a las 11 de la noche más o menos.

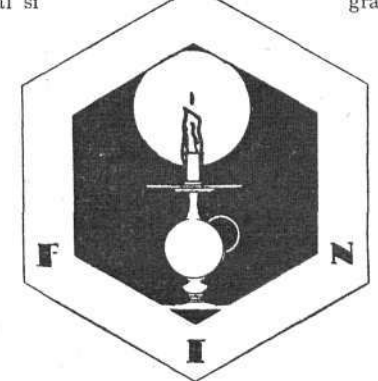
¡Las 11 de la noche... el 6 de agosto!... La fecha impresionó a Ofelia al recordar que era la misma, con su hora fija, en la cual había ella sentido aquella agitación inexplicable y extraordinaria. Sacudióla un estremecimiento como si tuviera una fiebre violenta, y sin poderlo remediar aproximóse a la cama del moribundo con pasos vacilantes, pero más imperiosos que los de la simple curiosidad. Una vez allí, con ímpetu involuntario y un coraje transitorio, de lo cual no hubiera sido capaz en otras circunstancias, atrevióse a levantar la punta de la sábana que le cubría la cara. El hombre se movió y en aquella cabeza lívida y desencajada reconoció Ofelia a Rafael. Sofocando un grito, echóse atrás cual si retrocediera ante un peligro.

Una vez disminuída un tanto la fuerza de tan horrible impresión, se encaminó nuevamente hacia su fuente de dolor. Desde la entrada al hospital su postura permanente había sido de rodillas a la cabecera de ese lecho. Por fin la venció el cansancio, no pudiendo precisar la hora en que el sueño dobló su cabeza sobre el pecho de Boris como el viento doblega una flor. No supo tampoco el tiempo de duración de su reposo. Abrió, sí, los grandes ojos azorados, besó los párpados cerrados, herméticos de aquél y humedeció sus labios con suavidad infinita. Mientras lo hacía, parecióle oir crujir el hierro de la otra cama y miró hacia allí, notando, a la luz escasísima de la sala, estremecimientos en el enfermo y que luego comenzaba a temblar con el temblor de los palúdicos graves... ¡Y siempre solo!... A pesar de todo su corazón no podía asistir sin conmoverse a su agonía solitaria; la agitación del moribundo llenábala de turbación y de ansiedad. ¿Debía ella ayudarlo?... Para saberlo sólo necesitó inclinarse sobre la hermosa cabeza de Slivinska e interrogar su frente. Claramente vió escrita en ella la lacónica respuesta: Anda... Y fué. Fué olvidada hasta del nombre de aquél ser abandonado por quien había sufrido, a quien no recordara jamás sin repugnancia.

Rafael se había aquietado y permanecía de espaldas con los ojos cerrados y la boca abierta, respirando penosamente. Sin vacilar arregló ella su cama; sin vacilar levantaron sus manos su cabeza sudorosa y desfigurada, para dejarla reposar blandamente sobre la almohada. Cumplido ya el deber de humanidad, miró a Boris desde lejos — visión pura que se desvanecía — e iba a alejarse, cuando Rafael suspiró. Era aquél el suspiro más largo, más doloroso y más profundo oído por la joven sobre la tierra. ¿Sería el último tal vez?... Un movimiento de los pies le demostró que aún vivía. Nada me queda ya que hacer, pensó... «Te has olvidado de perdonarle», advirtióle, deteniéndola, una voz, que no era la de Boris, sino otra salida de sí misma. Bajó ella entonces la cabeza y se recogió un momento para dejar penetrar en su corazón la chispa divina. Entonces, ahí la inmensa idea de Dios iluminó su mente, de un Dios pronto siempre a recibir en su seno a todas sus criaturas. Su corazón absolvió a aquél gran pecador impenitente. Su vida de mujer habíase deslizado para Ofelia compendiada en cuatro capítulos: el vértigo, la decepción, el amor, la ventura. Comenzaba el epílogo. Los tres actores iban a morir al mismo tiempo aún cuando ella continuara respirando.

Y extendió las manos como si penetrara en las tinieblas.

D O L L Y
B R I A N





ESPERANZA. — Aspecto de la tribuna oficial ocupada por el gobernador doctor Mosca y por destacadas familias de esta localidad, que concurrieron a la hermosa fiesta deportiva últimamente realizada.



Vista del salón de actos del colegio San José, durante el festival realizado en honor del gobernador doctor Mosca y de su comitiva oficial.

De Santa Fe



Vista principal del hermoso edificio que ocupará la sucursal del Banco de la Nación en esta ciudad.

EN FAVOR DEL MATRIMONIO

Johnson asegura que el matrimonio tiene penas, pero el celibato no tiene placeres.

Clemente de Alejandría añade que el celibato apaga en las almas el sentimiento de caridad.

El gran Michelet, el filósofo del corazón, dice que el hombre sin mujer y sin hijos estudiaría mil años en los libros y en el mundo el misterio de la familia sin que llegara a saber una palabra.

El amor conyugal no necesita de misterios ni de ilusiones.

Es una llama que arde poco a poco; sin calentura, sin delirio.

Es un sentimiento profundo, un afecto que tiene por compañero la amistad, la estimación y el desinterés. ¡Felices, muy felices los mortales prendidos con semejante lazo!

Su existencia corre sembrada de flores.

He aquí cómo se expresa Voltaire en pro del matrimonio:

Mientras más casados haya, menos crímenes habrá.

Regístrese la horrorosa estadística criminal y se encontrarán cien solteros condenados, por un padre de familia.

El matrimonio hace al hombre más virtuoso y más sabio.

El padre de familia no quiere avergonzarse delante de sus hijos y teme dejarles el oprobio por herencia.

PAUL BOURGET.

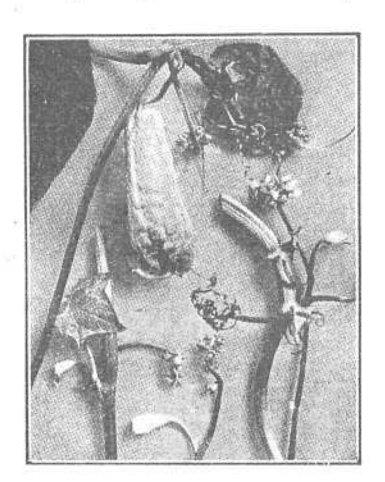

FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
Via Broletto N. 35, vicino alla Chiesa di S. Tom
FERNET-BRANCA
Fli Branca, Milano.
CARLOS F. HOFER & Co
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD
Así como el brillo de la luz atrae las mariposas y las destruye, del mismo modo el esplendor de la fama del
FERNET-BRANCA
ha dado origen a sus imitaciones, sólo para derribarlas. Es que la reputación del Fernet-Branca está basada en sus propiedades higiénicas únicas—y estas no se imitan.
Aperitivo - Digestivo - Estomacal
Importadores: HOFER y Cía. - Bs. Aires

AGRICULTURA

EL CHAYOTE Y SU CULTIVO

La chayotera es una planta trepadora, de la familia de las cucurbitáceas (Sechium édule) originaria de la América central, bastante difundida en las Antillas y que se ha propagado además en Méjico, en Argelia, en las Indias británicas y también en la Argentina, principalmente en las provincias de Tucumán y Salta; es planta vivaz, con raíces extensas y delgadas, con hojas verdes coneiformes, provistas de zarcillos, con flores blancas y fruto, llamado Chayote, de color blanquecino o verde, según la variedad, de forma ovoide, alargada, de 10 a 12 centímetros de largo, de corteza rugosa o asurcada.

Requiere terreno más bien liviano, pero fresco y capaz de mantener la humedad, donde no se puede regar y bien trabajado con anticipación necesaria a la plantación, pues se reproduce por su fruto que se entierra en el hoyo preparado, colocándolo con su parte más delgada, esto es, la que tiene el peciolo para abajo y la parte más gruesa, para arriba, dejándolo en posición vertical; se plantan los frutos a distancia de un metro entre sí, en cuadrado, desde agosto a septiembre, cuidando en todo caso el peligro de las heladas tardías; cubriéndolos casi totalmente con tierra fina, pulverizada; desde julio hasta octubre se venden los frutos, para semilla, en las casas del ramo.



Chayotera: hojas, flores y fruto.

En poco tiempo, la semilla contenida en el fruto germina, y la planta empieza a crecer rápidamente, sobre todo en zona de clima cálido, y como es una enredadera habrá que darle soporte en seguida o enrame con cañas o ramas secas cuanto más alto alto mejor; puede hacerse empalizadas acostadas a las paredes o tapiales o cercos; durante el invierno, para conservai las raíces en buen estado, se cubren con tierra o pasto seco, para repararlas de los fríos excesivos; en primavera volverán a brotar las plantas.

En febrero o marzo, el fruto, el Chayote, está maduro cuando ha adquirido su color característico y su desarrollo y dureza conveniente; pero debiéndose transportar a larga distancia, deberáse recogerno tan maduro; en las plantaciones tupidas, cada planta puede dar de 5 a 10 frutos; pero una planta sola, trepando sobre un árbol o un enrejado, de modo que pueda adquirir su desarrollo máximo, suele dar hasta 100 y 200 frutos y se han contado hasta 300; los frutos pesan de 200 a 500 gramos cada uno; una hectárea, con 10 mil plantas puede dar de 20 a 50 mil y hasta 80 mil kilogramos de frutos.

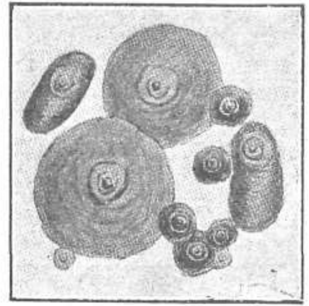
El chayote es un fruto de sabor, sino muy fuerte, bastante exquisito y delicado, es de carne blanca, sólida y se puede comer cocido, en frituras, salsas, budines, o en ensalada como las papas; de su carne desecada y pulverizada se extrae una fécula blanca, parecida al chuño; sus brotes tiernos también se utilizan en la alimentación humana, de la misma manera que las puntas de espárragos, para tortillas o ensaladas; y de sus tallos secos, en las Antillas, se obtiene una paja que trenzada y blanqueada sirve para la fabricación de sombreros.

Trátase, como se ve, de una hortaliza que merecería ser difundida por su cultivo fácil, su gran producción y las múltiples aplicaciones de su fruto, en la alimentación humana y en las industrias.

PLAGAS DE LOS FRUTALES: LA COCHINILLA DE SAN JOSE

Otra cochinilla que se ha difundido enormemente en en estos últimos años entre nuestras plantaciones frutales, es la Cochinilla de San José (aspidiatus perniciosus) que ataca los duraznos, los ciruelos, los guindos, los cerezos, los perales, los manzanos y una infinidad de árboles y plantas frutales, forestales y de adorno.

Se denota su presencia, en la corteza de las ramas o troncos, por una costra extendida de color ceniciento, constituída por los folículos o escudos, unidos uno a otro, formando una sola superficie a veces, debajo de los cuales están los insectos; el folículo que contiene el macho, de forma ovalada y de color grisobscuro casi negro, es más pequeño del que contiene la hembra, que es de mayor tamaño, de forma redonda y de color gris; estos folículos se caracterizan y se distinguen por una prominencia en su centro a guisa de telilla.



Cochinilla de San José: folículos del macho, de la hembra y en formación.

Las cochinillas pasan el invierno fijado su cuerpo sobre la corteza de los árboles y al llegar la primavera salen de sus folículos, y completado su desarrollo las hembras, al mes de ser fecundadas, producen sus larvas, de color amarillo, que se transportan hasta el sitio n que, formando su folículo, se adhieren a la planta con su órgano bucal y empiezan a alimentarse de la savia; cada hembra puede producir hasta 400 larvas en seis semanas y suelen formarse hasta 5 crías en un año; esto explica las proporciones a veces increíbles que adquiere el desarrollo y la invasión de estos insectos y los perjuicios enormes que pueden causar.

El medio más comúnmente usado para combatir estas cochinillas, es el de las pulverizaciones con sulfuro de calcio, aplicadas a todas las ramas y tronco del árbol, a fines de invierno, un poco antes del brote; se prepara con 10 kilogramos de cal viva que se apaga en 50 litros de agua caliente y 20 kilogramos de azufre en polvo que se agregan revolviendo bien la mezcla, la que se completa con agua hirviendo hasta alcanzar 100 litros; todo lo cual se hace hervir durante una hora en recipiente de fierro, revolviendo siempre y colando el líquido por un tamiz de malla espesa; esta solución concentrada, para su aplicación, se diluye en 4 ó 5 veces más de agua.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

Sirlin Hnos. Muebles

CORRIENTES 1172-80

BUENOS - AIRES

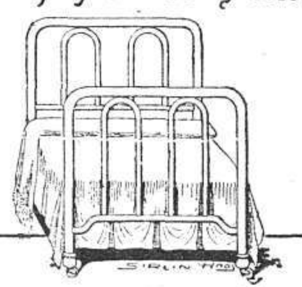
Extraordinarias rebajas de precios.

La demolición y reedificación de nuestros locales de venta nos obliga a reducir nuestro stock de MUEBLES; por cuyo motivo ofrecemos fuertes descuentos sobre los precios indicados en nuestro reciente catálogo general, edición N.º 9.

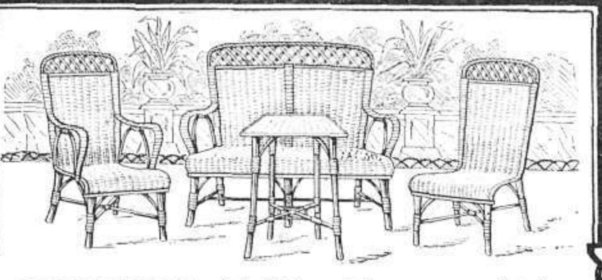
Para el interior embalaje y acarreo gratis.



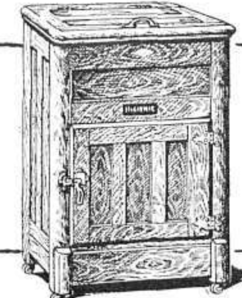
JUEGO DE DORMITORIO modelo 1099, construido en roble norteamericano, lunas biseladas, mármoles rosados, herrajes y aplicaciones de bronce cincelado. Compuesto de: 1 ropero amplio formato 3 cuerpos, 1 «toilette» cómoda, 2 mesas de luz, 1 cama matrimonial con elástico. El juego completo, antes $ 680.—, rebajado a .... $ **500.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, toda en hierro; 2 plazas, $ 45.—; 1½ plazas, $ 35.—; 1 plaza .... $ **25.—**

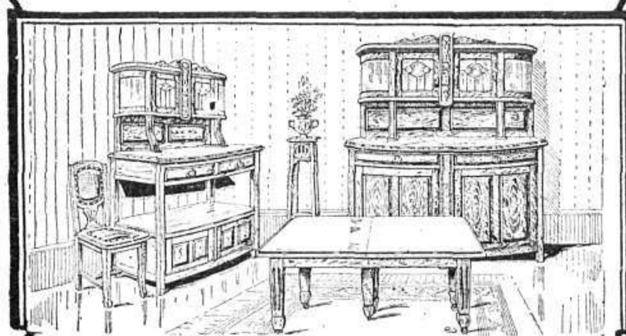


JUEGO DE MIMBRE modelo 1401, especial para campo; reforzado, en color natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo, precio de réclame.... $ **38.—**



HELADERA, importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración; tamaños:

Nro. 303 — 105 × 54 × 37.. $ **75.—**
» 304 — 107 × 58 × 42.. » **85.—**
» 305 — 110 × 60 × 44.. » **115.—**



JUEGO DE COMEDOR de roble norteamericano, lustre claro u obscuro, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, cristales armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar y 6 sillas tapizadas con cuero búfalo; herrajes de bronce, mármoles de color rosado. El juego completo, antes $ 600.—, rebajado a .... $ **430.—**



GUARDARROPA en nogalina maciza, imit. roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes bronce; medidas: alto, 215 ctms., ancho, 143. Precio de gran réclame........ $ **85.—**

Catálogos:
- General de MUEBLES edic. N.º 9
- CAMAS de BRONCE » » N.º 2
- CAMAS de HIERRO esmalt. N.º 1
- JUEGOS de MIMBRE edic. N.º 3.

Solicite catálogo del artículo que le interese

De Santa Fe



Coro de hombres que obtuvo numerosos aplausos en la velada artística que bajo la dirección de la señora Popovici de Zunino se realizó en el Teatro Municipal.

Núcleo de distinguidas señoritas que ejecutaron diversas danzas clásicas, obteniendo un brillante éxito.

Coro mixto que cantó "Rataplán" del acto 3.º de la "Forza del Destino", que fué uno de los números más aplaudidos del selecto programa.



Los sueños del corazón,
amores, glorias, antojos,
se irisan a nuestros ojos
como pompas de jabón.

Para aumentar nuestro agrado,
para alegrar nuestra idea,
preciso es que el jabón sea
exquisito y perfumado.

Como el **REUTER** no hallarás
otro igual entre los buenos;
es el que se anuncia menos
y el que se prefiere más.

Porque sabe la opinión
que cuando el aire la rompa,
es del **REUTER** cada pompa
una esfera de ilusión.

El paso por viejos caminos trae a la vista los testimonios que el tiempo quiere abolir. Portada del antiquísimo cementerio de Chaya en Catamarca.

ARRIEROS Y CAMINOS



i el gran lírico Rubén Darío hubiese concebido la ocurrencia de dirigir alguna vez su paso de peregrino hacia las tierras donde todavía se ven intactas gran parte de las cosas añejas, donde aun es menester acampar a la sombra de coloniales y derruidos cobertizos, y abrigarse con el breve ponchuelo alistonado en rarezas de color, seguramente que una inmensa parte de su exaltación poética se hubiera enseñoreado en estas vidas y de estas costumbres que mejor son para la rima del verso que para ser narradas en la tiesura de una prosa. Porque, indudablemente, hay emociones tan súbitas musicalmente, que sólo cuadran al temperamento del bardo cuyo espíritu va con todas sus rendijas abiertas a la maravilla y a la sonoridad. Un hombre de prosa, por muy agudo que posea el sentido, se ve precisado a guardar una larga retentiva exigida por la ilación del comentar, que no es, por mucho, tan exigente cual lo es la de versificar, pero que sobrepasa por mil razones al breve y divino momento de un verso que al concebirse cobra vida inmortal.

Eso es necesariamente lo que ocurre al echarnos de andariegos por donde la naturaleza ríe sin cesar en el regazo de una intensa majestuosidad, su fuerza y su grandeza. Son los caminos, como rutas de mágicos descubrimientos, los aliados prodigiosos de la grande obra de Dios, de la inexplicable maravilla descubierta por nuestro ánimo según avanzamos en ellos. Allá en el oeste, sobre la leyenda y la ternura cerril de la Catamarca pródiga; en la rara estructura de la insinuante Rioja de las cuevas auríferas; en el suelo sanjuanino; en la mendocina exuberancia como festín de todos los frutos, en esas tierras encantadas el caminador encuentra su consorcio con lo impresionante, y guarda

Arria lista para emprender la marcha transportando mercaderías, como se ve en el grabado, a lomo de mula. Estas recuas cargueras realizan grandes marchas en las zonas del sur mendocino y en San Juan, llevando su carga con destino a las líneas del ferrocarril.

para sí los tesoros de una serena quietud y de una jornada puro sorpresas.

¡Cuántos caminos ocultos encierra los Andes, y entre sus dédalos *el Ambato!* Por ellos—indudables vestigios de una raza que vivió su civilización larga data ya — conocen los hombrecitos de por allá el más certero paso a las ciudades y pueblos, y, callandito, apenas rumoreando el *¡arre!* y el *¡hito!* con que azuzan a los ganados, van paseando en sí mismos la estampa viva de la tradición y el espejismo de un pueblo.



Caminos estos llenos de leyendas. Pletóricos de fábulas espeluznantes que darían pavor al corazón más temerario. Su gracia es única. Parece que la sinuosidad y el matiz arman la rara y exuberante arquitectura de tales rincones. Ya en la cumbre; ya en la falda; bien sobre llanura que parece desglosada de una estampa de gran ornato y recia luz; o quizás en el escarpado y asimétrico laberinto de cuantiosas quebradas parecidas a otros tantos grandes portalones hacia vidas desconocidas, hacen que el ánima de los viajeros remonte muy por arriba del suelo en que se pisa, y, según sus luces o sus chifladuras, quiera enredarse a comprender las múltiples caídas de lo indescifrable.

Porque — ríase quien se ría — nada torna tan bobo al hombre como el sentirse solito por estos caminos de Dios, jinete bueno o ridículo, pero caballero de largo tranco y sabiéndose objeto de vasallaje por un desventurado que guía porque la costumbre le hace andar, y que muestra sumisión a fuer de taimado y hábil en adivinar la pedantería del otro, que es el seguro manantial del que brotará buena y codiciada paga.

Los típicos arrieros de las provincias argentinas están hechos en alma y huesos a la manera de las tempestades que tienen que cruzar, al modo de las tristes llanuras, al temple de altísimas cumbres y a la reciedumbre de soles que no abrasan sino que tajan la tierra como puñales incandescentes.



Viven de frugales medios. En el comer no ambicionan complicadas presas ni delicados adobos. Su pan de masa casera, sus cabritillos a media vuelta, las tortas, la suculenta empanada, ¿a qué más? Prefieren llenar las tripas de vino y alcohol que son traviesos y remozan los años en unos, y despabilan las hombrías en otros.

No menos es la sobriedad en el dar descanso al ajetreado cuerpo. Buenos pellones del arreo sobran para dar envidia al camastro mejor acondicionado. No pocas veces la hierba brinda un lecho lo bastante cómodo, puesto que estos hombres no dejan en el fondo de las alforjas el recordarse cada día que allí vendrán a parar, como es de ley, a podrirse, qué *naides ha venio pa siembra...*

Astrólogos a su manera singular nunca echan a camino sus recuas sin explorar los cielos con mirada torva y hacer sus cábalas acerca de la mala o buena estrella que pueda dirigirles en la empresa. Cantores desde que balbucean las palabras infantiles echan pie al estribo mientras el alma reune congojas o aleluyas en un estribillo que va caminando con ello al rumor de larga caminata.

Uno tras otro, muchos en total, guardan la línea y el paso sin desmedro, sin aquietarse para nada, contentos de tener que cruzar las queridas abras y vadear los magníficos arenales de ríos que suelen poner al sol la blanquecina entraña, seca de toda vertiente, hasta que la montaña comienza a derretir sus penachos de nieve y entonces el agua ruge al pasar como truenos en intermitente estallido, y les obliga a un vado difícil pero siempre pintoresco.

¡Qué hombres de fiereza indomable, y qué almas incontaminadas de felonía! Podéis darles tesoros para llevar a remotos pueblos, descuidando recabar comprobantes: no importa. En la mayoría de los casos ello constituiría un insulto. Llevarán la riqueza intacta donde sea menester, con igual cuidado que sus propias vidas, ya que no vale hablar de intereses mayores en hombres que no atesoran dinero porque cuando lo ganan hacen de él una cosa con que allegarse los placeres que pueden comprarse allá, de manera tan limitada.

Pues ni siquiera tienen apego a engalanarse con indumentaria o arreglos costosos. Poncho hay que dura una larga vida, no sin que por ella se hayan deslizado malos ratos y sinsabores, que una que otra vez haya tenido su epílogo en amplio barbecho sobre la manta, cuyos costurones encierran hondas querellas. Y apero, que, como el poncho, no haya servido jamás a otros muslos ni haya dejado de andar al traste según los vendavales de la existencia del amo.

Con estos hombres, los caminos patrios tienen, sobre su rara hermosura y su variedad, una interesante nota de color que les anima.

SANTIAGO FÚSTER CASTRESOY

Vista del puente Ascasubi-Tancacha, sobre el Río Tercero, cuya inauguración ha sido justamente celebrada por los pobladores de esta vasta zona.

Autoridades políticas y eclesiásticas que presidieron el acto de la bendición e inauguración de dicha obra.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1551.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Garciso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.° piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.

TRAPICHE



El mejor Vino
para la mejor mesa.

BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial

744, FLORIDA, 744 - Buenos Aires
Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central





Señorita Concepción Cañataro. — Capital.



Señora Madgalena Refrancore de Pesce. — Capital.



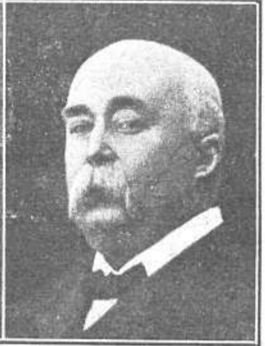
Señor Julio Reglos. — Lanús.



Señor Alfredo Arbelo. Capital



Señor Gregorio A. Solla, cuyo fallecimiento ha sido hondamente sentido en los círculos a que lo vinculaban sus múltiples actividades. — Capital.



Señor Gustavo Lagerheim, a cuyos esfuerzos débese en gran parte el progreso de este territorio. — Resistencia.



Señor Eduardo Coronel. — Paraná.



Señor José I. Caffarena. — Córdoba.

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA



Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

BAGUAL

Los indios pampas, según asienta Granada en su «Vocabulario Rioplatense», llamaron al caballo que importaron los españoles a América *cahuallu*, *cahuellu* y *cahual*, esto es, caballo; a su vez los españoles hicieron de *cahual*, «bagual», que aplicaron al caballo salvaje o cimarrón, significado que conserva todavía: «Y más malo que su agüela — Se hacía astillas el *bagual*». (J. Hernández, *Martín Fierro*). «De mozo fué muy jinete — No lo bajaba un bagual» (Idem, Ibíd).

BANAL Y BANALIDAD

Una vez que tenemos «común», «vulgar», «trivial» — arguyen eruditos lexicógrafos — la voz «banal», así como sus derivados, debe rechazarse por redundante. Mas entre nosotros no siempre «banal» tiene aquellos significados; antes, por el contrario, con dicha palabra denotamos casi lo mismo que los franceses expresan con «vain», esto es, la frivolidad, lo fútil, lo falaz o lo inútil. De esta suerte la fijación y la permanencia sobre todo de los mencionados galicismos en nuestra lengua puede explicarse por razones fonéticas, supuesto que el significado de los mismos lo asociamos involuntariamente a la idea que entraña «vano»; lo cual acaece precisamente con «pretencioso», barbarismo que ha sido acogido con visible simpatía, y el cual, no obstante escribirse con «c», nos recuerda a «pretensión», que se escribe con «s».

BANDADA

El diccionario dice que es un número crecido de aves volando juntas. Conformes; pero, ¿por qué no ha de ser, también, un grupo de criaturitas corriendo juntas? ¿Acaso unos niños brincando afanosos no dan la ilusión de que son avecillas que vuelan? «Recordaba él sin duda que un tiempo empuñó la vara del alcalde, allá por los años de la Revolución, manteniendo tiesos y en compostura al pueblo y cabildantes, y al mismo orgulloso teniente gobernador, quien revestía el mando militar en toda la provincia; pero es fuerza confesar que con la *bandada* de sus bisnietos no las tenía todas consigo, porque se le escabullían por debajo de la silla, le daban vueltas al pilar o al tronco del naranjo, o corrían tan veloces que sus piernas no podían más». (J. V. González, *Mis Montañas*).

BANDEROLA

En el léxico oficial se da este nombre a la banderilla empleada en la milicia, en la marina y en algunos oficios religiosos. Entre nosotros «banderola» es, además, la ventana que se encuentra sobre la puerta de una habitación, o sea, el montante. ¿Por ventura no existe alguna semejanza de forma entre la mencionada ventana y el lienzo de una bandera?

Domingo F. Sarmiento ha usado el vocablo en *Estados Unidos* conforme a la definición académica: «De distancia en distancia, por toda la extensión del camino, están apostados centinelas que descubren el espacio y anuncian con *banderolas* de diversos colores si hay peligros u obstáculos que detengan el convoy».

BAÑADO

Demuestran grave incuria los autores de libros de texto que anotan esta palabra como «argentinismo», dando, en su reemplazo, «aguazal», «estero»; pues en la décimocuarta edición del Diccionario, la docta Corporación la consigna como voz americana con el significado que tiene entre nosotros.

(Continuará.)



SATANÁS

POR

MANUEL OSSORIO BERNARD

DIBUJOS DE GIGLI.

Así como en los pueblos existen legistas que no han pisado las aulas, poetas que no han tenido tratos con los libros y curanderos que no han visitado las clínicas, así también hay filósofos espontáneos de todas las escuelas; y en Peral de Arriba merecía este concepto el tío Sandalio, más conocido por *Satanás*, a causa de las fundadas dudas que ofrecían su religiosidad y catolicismo. Pero el tío Sandalio no era un enemigo sistemático de la religión; era sencillamente un escéptico, que aplicaba su incredulidad a todos los órdenes y a todas las fases de la vida humana. Compadecía profundamente a los católicos, pero a la vez se burlaba de los protestantes y tenía sus más depresivos dicterios para los mahometanos, que eran las únicas religiones de que tenía noticia.

No hay que decir que, con semejante modo de pensar, las beatas del pueblo le habían cobrado tan profundo horror, que cuando le encontraban por la calle le hacían la señal de la cruz y repetían en voz baja y medrosa el mote de: *¡Satanás! ¡Satanás!...*

— Andad, brujas — contestaba Sandalio; — andad a oler vidas ajenas junto a los confesonarios, andad a lavaros vuestras sucias manos en la pila del agua bendita.

Y las pobres mujeres apretaban el paso para huir del monstruo y acudían al alcalde pidiendo que le desterrara del pueblo, cosa que desde luego habría efectuado aquella autoridad municipal, si el secretario, apodado *Solón*, no le hubiese advertido que después de leer y releer la Constitución del Estado no había tropezado con ningún artículo que autorizase la alcaldada.

— Tú debes casarte — decían algunos vecinos a Sandalio: — vas para viejo y no creemos que hayas de dejar tu hacienda para que te digan misas.

— ¿Casarme? Si hubiera alguna mujer honrada, ya lo habría hecho.

— Tú no conoces los encantos de la familia.

— Podrá ser; ¡pero opino, como no sé quién, que no hay viejo en el pueblo de quien yo quisiera ser hijo, ni mozo de quien me complaciera ser padre!

— De todas maneras, así estás mal. Los criados te roban.

— Como lo hacen los de todos.

— Las criadas no paran en tu casa.

— Porque son unas hipócritas y andariegas.

— Si cayeras malo...

— Me moriría, porque no hay médico que sepa una palabra, ni boticario que conozca las medicinas que despacha. Además, que la vida no vale el cuidado que nos causa el perderla.

— Pero serás muy desgraciado.

— ¿Acaso hay alguien que sea feliz?

— Viviendo de otro modo serías concejal...

— No quiero robar.

— Miembro de todas las juntas, amigo de los principales del pueblo.

— Dejadme, que bien vivo como vivo. Aunque cambiase de modo de ser, de pensar y de conducirme, ni el panadero me daría el pan con todo su peso, ni el tabernero dejaría de darme el vino aguado, ni el carnicero renunciaría a venderme carne de caballo por de vaca. Para vosotros, los que no acostumbráis a pensar, España es un país muy rico y los españoles unos valientes, y a pesar de eso, siempre estamos trayendo a nuestra patria trigo extranjero y no hay empresa militar en la que no salgamos con las manos en la cabeza.

— Pero, hombre, ¿tú no crees en nada?

— Ni siquiera en mí mismo.

— ¿Y no sabes lo que dicen de ti el señor cura, el maestro y el médico?

— Pues supongo que cada uno de ellos dirá una majadería.

— Dice el cura que el creer en algo es una necesidad y que llegará día en que tú también creas, aunque ese día sea el de tu muerte; dice el maestro que eres un ignorante y que aparentas no creer para darte aires de superioridad, y dice el médico que él también duda de casi todo, pero que cree en la quinina y en el bisturí.

— Vaya, pues dad muchas memorias al cura, al maestro y al médico y no me machaquéis más la cabeza.

— Hombre, nuestra amistad nos impulsa a ello



— ¡La amistad! ¡La amistad!... Tú, Juan, me la muestras, porque mis tierras están junto a las tuyas y son mejores que ellas, y acaso habrás pensado en que tienes una hija solterona y podías endosármela y reunir ambas haciendas. Tú, Nicanor, me finges amistad, porque a la sombra de ella me has pedido dinero algunas veces y acaso proyectas pedirme más; y tú, Pantaleón, porque crees que la amistad consiste en beber juntos unas cuantas copas... y que las pague yo. Pues bien; sabed que así como no hay amor, no hay tampoco amistad, como no hay honradez, ni patriotismo, ni religión, ni nada.

Y Sandalio se apartaba de sus interlocutores para marchar a las eras, por ser el punto más solitario, y discurrir allí a su antojo sobre la mentira de todas las cosas divinas y humanas.

Pero *Satanás* no había pensado nunca en que hay siquiera una verdad: la de ser imposible la lucha contra toda la colectividad en que se vive; y de día en día, los vecinos de Peral le fueron negando la palabra; el alcalde le acosó a multas; el juez municipal le frió a disgustos; las mujeres evitaron su encuentro; los chicos de la escuela le persiguieron con gritos y algunas veces con pedradas, y Sandalio decidió abandonar a Peral de Arriba y marchar a Madrid, donde seguramente podría vivir tranquilo, como viven tantos otros librepensadores y ateos. Y malvendiendo sus tierras a su vecino Juan y su casa al Ayuntamiento, que la derribó para dar más luces a la del alcalde, Sandalio convirtió sus bienes en unos cuantos billetes de Banco y salió del pueblo dispuesto a no volver a pisarle, ya que no tenía ley ni siquiera a las cenizas de sus padres que yacían en el humilde cementerio del lugar.

II

Pocos días después algunos vecinos de Peral de Arriba, reunidos en la botica, leían *La Correspondencia*, a la que estaba subscripto el albéitar, y en ella la siguiente noticia:

«En la noche de ayer, y al llegar un forastero procedente de Peral de Arriba a la estación del ferrocarril, le salió al encuentro un individuo que, fingiéndose conocido suyo, se le agregó para subir juntos la calle de Atocha. Poco después les saludó otro con acento marcadamente extranjero para preguntarles dónde estaba el Banco de España, pues traía a Madrid un cartucho de monedas de oro y quería cambiarlas en seguida, tanto por el premio que tiene esta moneda, como porque no le robasen en la posada. El primer encontradizo, hablando aparte con el forastero, pareció ponerse de acuerdo con él para hacer suyo el oro del francés. No sabemos los tratos que mediarían entre ambos, pero es lo cierto que al cabo de pocos minutos el incauto vecino de Peral de Arriba había cambiado todos los billetes de Banco que tenía en la cartera por el paquete, que a poco desaparecían los dos individuos y que el forastero podía comprobar con tristeza que lo que le habían entregado era un cartucho de perdigones.»

— Ahí tenéis — exclamó el cura — lo que tantas veces os he manifestado: condición humana es el creer en algo, y quien no cree en las sublimes verdades de la religión, ni en las virtudes que por fortuna existen en el mundo, acaba creyendo en cosas mucho menos respetables, ya sean las promesas de un hombre político, ya los halagos de una mujer. Nuestro desdichado convecino Sandalio ha sido todavía menos fuerte, pues no valía la pena de que su escepticismo le hiciera merecer el nombre de Satanás para entregar al primer estafador que se le presentó excitando su codicia todos sus bienes efectivos en cambio de un cartucho de perdigones.

De Tucumán



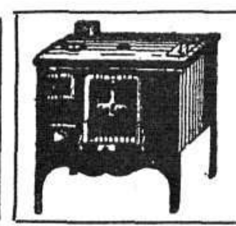
La directora de la Escuela Profesional de Mujeres, señora Gregoria Moreno de Diaz, rodeada por las alumnas egresadas este año.

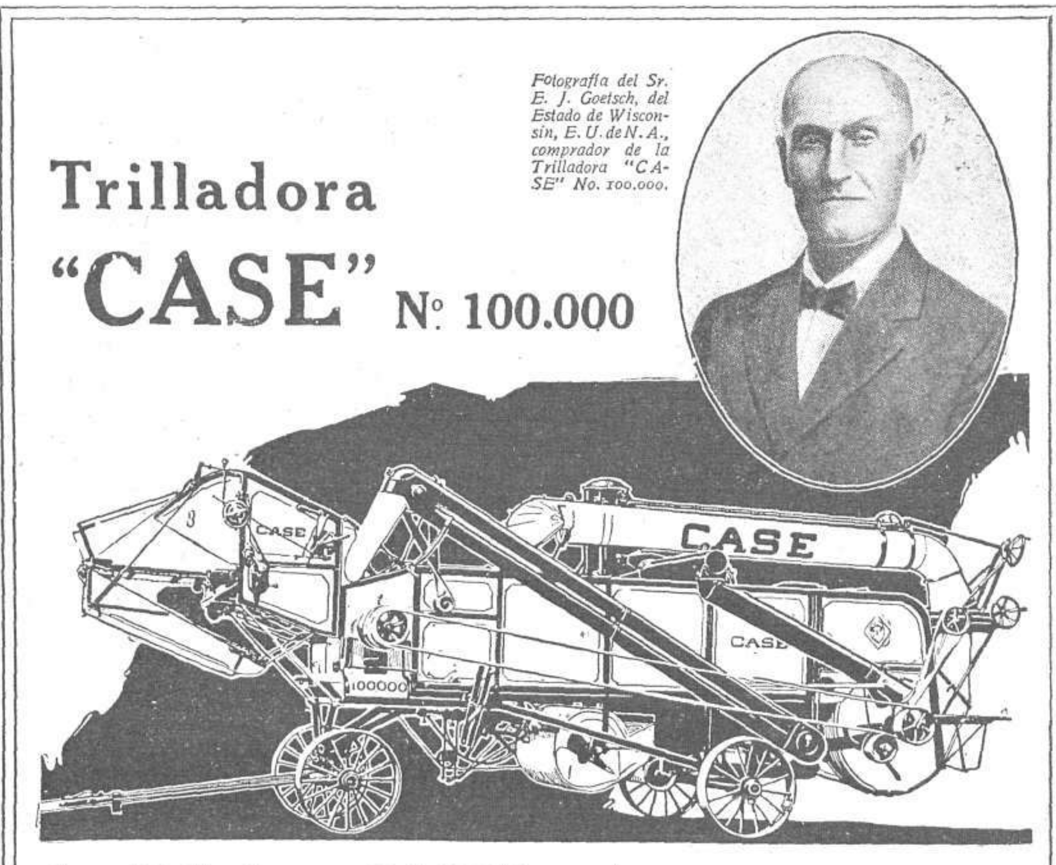
Alumnas del "Instituto Musical Tucumán" que prestaron su valioso concurso el enfestival organizado por la Sociedad Sarmiento.











La Trilladora "CASE" es la que conviene más a los Agricultores.

El Señor E. J. Goetsch ha trillado durante 46 campañas, es decir, desde el año 1876, empleando sucesivamente para la realización de su trabajo 4 distintos juegos "CASE". Ultimamente resolvió adquirir un Tractor a kerosene de 15|27 HP y una Trilladora de 26" x 46". Dice el Señor Goetsch:

> *"Siempre he comprado máquinas "CASE" porque necesito un desarrollo de mucho poder en poco tiempo, y porque no puedo soportar que la gente esté holgando alrededor mio por causa de innecesarias demoras en el trabajo."*

La Compañía "CASE" es la única que ha construído hasta la fecha la asombrosa cantidad de 100.000 Máquinas Trilladoras, producción de cuya magnitud puede uno hacerse una idea aproximada pensando que puestas todas esas máquinas en fila, una inmediatamente detrás de la otra, formarían una compacta caravana, una de cuyas extremidades se hallaría en Buenos Aires y la otra en Bahía Blanca o en Villa María (Córdoba).

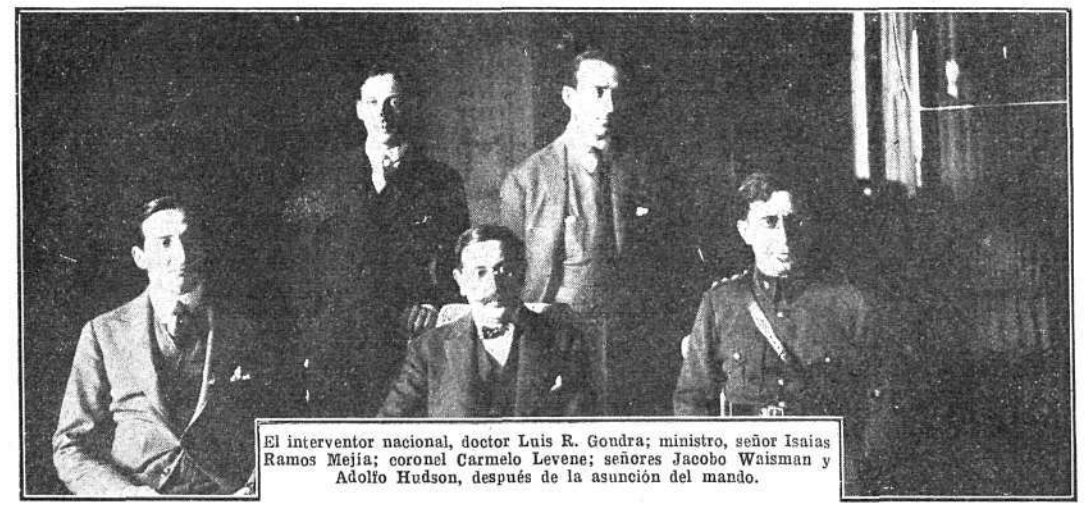
Las Trilladoras "CASE" se caracterizan por su sencillez, que permite que todo el mundo pueda manejarlas; por su eficacia, pues trillan sin desperdicio alguno cualquier clase de cereales; por su duración, que pasa siempre de los 20 años, y por su precio económico, que las pone al alcance de todos los agricultores.

Pida nuestro nuevo Folleto Ilustrado de testimonios de agricultores satisfechos, que le remitiremos gratis. Solicítelo por su número, C. C. 23|11.

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

Paseo Colón esq. Belgrano, Buenos Aires.

ROSARIO. BAHIA BLANCA. MONTEVIDEO. PORTO ALEGRE.


El interventor nacional, doctor Luis R. Gondra; ministro, señor Isaías Ramos Mejía; coronel Carmelo Levene; señores Jacobo Waisman y Adolfo Hudson, después de la asunción del mando.

¡500 DÓLARES.... POR ESCRIBIR DOS PALABRAS!

Existe en Nueva York un individuo que gana 500 dólares por escribir dos palabras, cada vez que le parece conveniente hacerlo. No vayáis a creer que esas dos palabras son su nombre y apellido al pie de un cheque sobre fondos guardados en algún banco. No, son dos palabrejas que una fábrica de cigarrillos escogió para anunciar sus productos, dos palabras que en conjunto tienen once letras. Si el lector cree que puede escribir dos palabras, como las escribe nuestro hombre, que vaya a cualquier gran ciudad de aquella nación y ganará otro tanto y se enriquecerá rápidamente.

Pero la dificultad está en el *cómo*. Este escribiente, pues en último resultado no es otra cosa, escribe sobre el cielo azul, usando como pincel un aeroplano y como tinta un humo blanco y espeso, como si el raro pincel se empapara en la leche de la Vía Láctea.

Cuando las condiciones atmosféricas son propicias, el aéreo escribiente hace que todo Nueva York levante los ojos al cielo y frente a la admiración pública, con certeras evoluciones traza en el azul, sus once letras cada una de las cuales mide centenares de metros.

Con el humo calígrafo de su invención, anuncia el humo de los cigarrillos, por eso se ríe cuando oye decir que «la gloria es humo», pues para él indudablemente sucede lo contrario y resulta que «el humo es gloria»... o por lo menos su equivalente en oro.

AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

Comodidad Excepcional.

El nuevo automóvil de turismo de DODGE BROTHERS es excepcionalmente cómodo; es de bella apariencia, y contiene muchos importantes refinamientos de detalles.

La carrocería es más elegante y más larga, a una silueta de mayor esbeltez se auna mayor espacio.

Asientos más anchos con amplia capacidad para cinco pasajeros, largos elásticos tanto traseros como frontales, aseguran plenamente al viajero que puede gozar de los viajes sin fatiga.

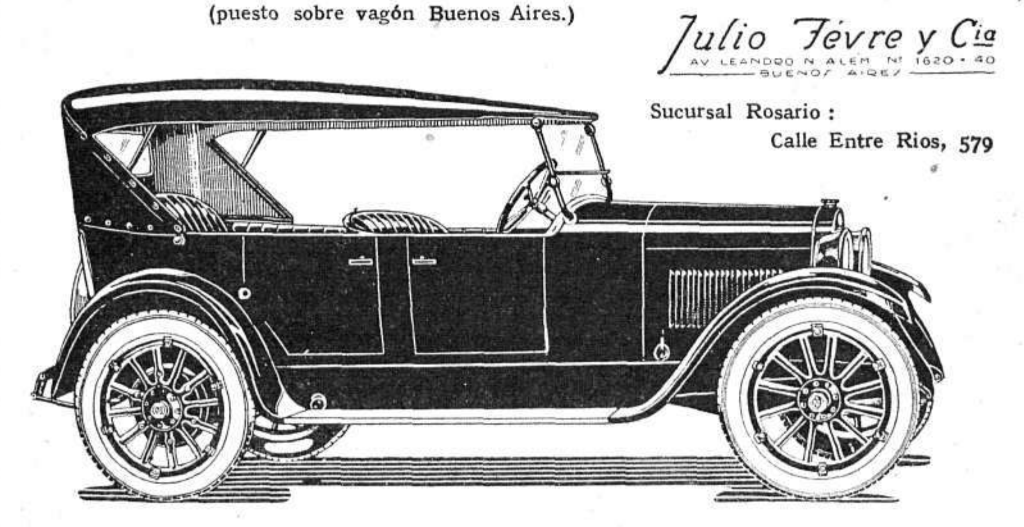
No obstante todas estas mejoras y muchas otras, es todavía fundamentalmente el mismo automóvil construído en el mismo chassis resistente dotado del mismo buen motor.

El Automóvil DODGE BROTHERS se halla expuesto en el VI SALON DEL AUTOMOVIL (Pabellón de las Rosas) Stand N.º 9.

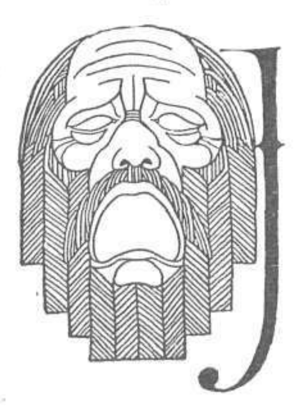
PRECIO :
Completamente equipado, con su quinta goma.. $ **4.800**
(puesto sobre vagón Buenos Aires.)

Julio Fevre y Cía
AV. LEANDRO N. ALEM Nº 1620 - 40
BUENOS AIRES

Sucursal Rosario :
Calle Entre Rios, 579







JOSÉ PÉREZ, actor peninsular dedicado a la escena «autóctona» por azares de la suerte, recorría las campiñas del litoral argentino a la cabeza de un «piquete» —reducida y pintoresca compañía de cómicos— con más necesidades que voluntad. En su afán de no perder «plazas», Pérez y los suyos tocaban un vasto y multicolor repertorio, en el cual figuraban desde la tragedia formidable a la indeleble opereta, y desde el drama «interior» al regocijante sainete bufo. Todo lo hacían y deshacían, porque cuando una obra constaba de pocos personajes, le agregaban tantos como actores había en el elenco, para que el público pudiera apreciar el conjunto; y cuando los tenía en exceso, suprimían tantos como cuantos no alcanzaban a cubrir, aún doblando.

Esta curiosa, pero en nada condenable manía artística, nada tiene que ver con nuestro relato, que se refiere, pura y simplemente, a la *participación* de José Pérez en el buen nombre cultural alcanzado en tan poco tiempo por el pueblo «La Rosa del Piemonte N.º 2», con asiento en la provincia de Santa Fe, zona céntrica, a la derecha, lugar de empalme de dos líneas férreas importantes, región agrícola-ganadera, con escuela normal, club social, periódicos, banda de música y una revista organizadora de concursos de bellezas y certámenes literarios.

A la «Rosa del Piemonte N.º 2», desde la época de su fundación, un cuarto de siglo largo, no la habían visitado más que dos compañías teatrales: la de Luchetti, un trágico italiano dejado en Buenos Aires por olvido, y quien, en el colmo de su indignación contra la empresa que le abandonara, se había propuesto realzar el prestigio del arte itálico en el interior de la república; y la lírica del maestro Spinetto, director del «Conservatorio Musical» de Achiras, población vecina, donde reuniera su fortunita, cuya cuarta parte invirtiera en la formación de un conjunto capaz de cantarle sus dos óperas inéditas, gestadas y trabajadas en la paz de aquellos campos.

Spinetto inauguró el teatro de la Sociedad «Unione e Fratellanza» —utilizado ahora para los grandes bailes conmemorativos, y la exhibición de películas extraordinarias— con tanto éxito que nadie hubiese podido presagiar el desastroso final de su jira, acaecido en Casilda, un mes después, y después también de tres semanas de lluvias torrenciales. Spinetto perdió su fortuna, pero huyó con la diva, dejando en el hotel, como a sus cantantes, a Marietta, su abnegada y obesa compañera de miserias en América.

El trágico Luchetti dió cuatro funciones en ocasión de un XX de Septiembre, desapareciendo en un tren de carga, justamente la última noche, mientras el pueblo ovacionaba, frenético, el final de «Los bandidos de la Calabria» a cargo de sus camaradas de arte.

Hubo necesidad de una suscripción para que retornaran a Buenos Aires los componentes del cuadro trágico del trágico Luchetti, que amenazaban con extinguir las existencias de la fonda «Il fratello», donde se alojaban.

Desde entonces, la directiva de la «Unione e Fratellanza», juró guerra al arte de Talía, y negó, sistemáticamente, su escenario a los «bululús» que asolaban los pueblos circunvecinos.

Sin embargo, esa resolución que había llenado de gozo a todos, merecía críticas acerbas de «Hojas Selectas», gracias a la pluma de Evaristo Espronceda, periodista hispano, caído en el lugar como un aereolito y a la sazón en amoríos con Blanca Bebilaccua, heredera de tres chacras, por línea materna, y de la fortuna colosal de «Giuseppe Bebilaccua - Acopiador». Espronceda tenía escrito en su juventud un drama de amor y desventura, en endecasílabos y yámbicos, que no le iba en zaga al mentado «Romeo y Julieta». Se lo había leído al doctor Solito y al farmacéutico Diez y Pico, quienes esparcieron la noticia del talento brutal de Espronceda. Blanquita manifestó deseos de ver representado el drama de Evaristo, y éste, claro está, empezó la campaña contra la incultura de «La Rosa del Piemonte N.º 2» y la inconcebible resolución de la directiva de la «Unione e Fratellanza», cerrando las puertas a la expansión dramática.

«Pueblo que desoye la voz del arte; que desprecia a Esquilo; que no le interesa Shakespeare; que vuelve la cara a la producción de los creadores de arte en América —decía Espronceda en sus editoriales— no merece formar parte en el «concierto universal». ¡Pueblo de «La Rosa del Piemonte N.º 2», abrid las puertas de vuestro primer coliseo a la digna Talía; ahuyentad de él a los fariseos (en ese tiempo un ventrílocuo y dos acróbatas) y llamad en vuestro socorro espiritual a un gran actor que llama a las puertas de esta ciudad con sus abnegados camaradas. ¡Llamadle! ¡Llamadle!»

En efecto, Pérez pasaba las negras en un villorrio próximo, donde había ido a verle Espronceda, recordándole su vieja amistad y camaradería.

Y cuando «Hojas Selectas» fué repartida, Evaristo Espronceda salió a recoger opiniones, encontrándose, frente a la casa de Blan-

quita, con el ventrílocuo, uno de los fariseos aludidos, quien, llevado de su justa indignación, descargó sobre sus costillas el peso de un leño de cinco kilos, provocando el desvanecimiento consiguiente.

Tan insólito fué el atentado, y sobre todo tan contundente, que la «Unione e Fratellanza», esa misma noche, expulsó a los fariseos y revocó la acordada, origen del incidente.

Tres días después José Pérez contrataba el escenario para su temporada oficial de diez funciones.

Espronceda celebró conferencias con Pérez, en la redacción de «Hojas Selectas», sobre arte, y eligió, para debuto de la «troupe», «El enemigo del pueblo» de Ibsen; y para las funciones siguientes: «Cariolano», de Shakespeare; «Los malos pastores» de Mirboau y «Hernani» de Hugo; esto es, todo lo que anunciaba la contratapa de un libro que tenía a mano. Pero Pérez protestó: él era actor nacional y respetuoso de las personas que le ayudaban: debía de hacer conocer las obras de sus amigos porteños, casi todos periodistas, y no enemistarse con la gente honrada de la localidad, contra quienes parecería ir al solo anuncio de títulos semejantes.

El literato se avino a razones y dejó hacer al actor. En consecuencia, y en atención al comisario, que deliraba por el sainete y las canciones picarescas, el cartel del debuto quedó así fijado:

«Percantina está triste», sainete en tres cuadros y «Arriba las faldas», opereta antifeminista.

El cartel agradó e interesó, no obstante la campaña de «El amigo del colono», semanario inspirado por el antiguo arrendador de la «Unione e Fratellanza» e importador de films sensacionales.

Saboreando la victoria, Espronceda escribió con sangre, un largo suelto que empezaba así:

«Manes del genio eterno; heroica brega escénica, tu justicia ha llegado...»

Para terminar con estas expresivas líneas:

«Habitantes de «La Rosa del Piemonte N.º 2», no faltéis el sábado a la cita de honor, donde se representará: «Percantina está triste» y «Arriba las faldas».

Y todo «Piemonte N.º 2» hubiera respondido a la invitación, si una circunstancia rara y ajena a toda previsión no se interpone: Don Giuseppe Bebilaccua, padre de Blanquita, de Blanquita Bebilaccua, eje del movimiento social y punto convergente de todas las miradas de las niñas elegantes, había adelantado su reloj una hora, con el visible propósito de que su arribo al teatro una hora antes determinara el adelanto del espectáculo, y por consiguiente la terminación anticipada del mismo, porque hombre de labor y costumbres invariables, necesitaba acostarse temprano.

Llegaron, pues, a las siete y media en lugar de las ocho y media, y Blanquita, que vió el teatro en tinieblas y la calle sin más gente que tres pilluelos que se reían de su madrugón, comprendió la treta de su padre, lloró y exigió el inmediato regreso a casa, cosa que agradó profundamente al señor Bebilaccua.

Pero Blanquita había sido vista por las de Sánchez, que esperaban vestidas desde las seis, en la sala a la calle de su casa, cercana al teatro, y como imitaban en todo a la rica heredera, decidieron acostarse, previo aviso de su resolución a las del juez de paz, y a las de Pissetti, también rivales de Blanquita, y, en menos que canta un gallo, toda la población se hundía en el silencio.

Estallaron las bombas de llamada, y a las ocho y media en punto, Espronceda, Diez y Pico y el doctor Solito, entraban en la sala de la «Unione e Fratellanza» bajo la mirada iracunda del personal de puerta y los dicterios de Pérez, que espiaba por un agujero del telón.

«El amigo del colono» había triunfado rotundamente. Espronceda juró vengarse, como un corso, porque aquella ofensa a su causa, y a Pérez, el gran actor del bosque, era una ofensa al teatro nacional, un puntapié a la cultura, una vergüenza. Y escribió el más venenoso comentario de su carrera y lo envió a «Carátulas», el diario teatral de Buenos Aires, desde cuyas columnas, su cronista, que era autor, trinaba por la regeneración de la escena argentina e incitaba al azote de los mercaderes adueñados del templo.

Pero ¡oh, desventura!, el cronista regenerador estaba enemistado con José Pérez, a quien atribuía el fracaso de una comediola suya, pateada por el «respetable» la noche del beneficio de Celestina Cristiano, la primera figura femenina del teatro aborígen. Y el cronista ¡oh, bellaco!, trabucó los conceptos del artículo en forma tal, que Espronceda resultaba atacando a Pérez y defendiendo a la «culta» sociedad de Piemonte N.º 2», en párrafos de este calibre:

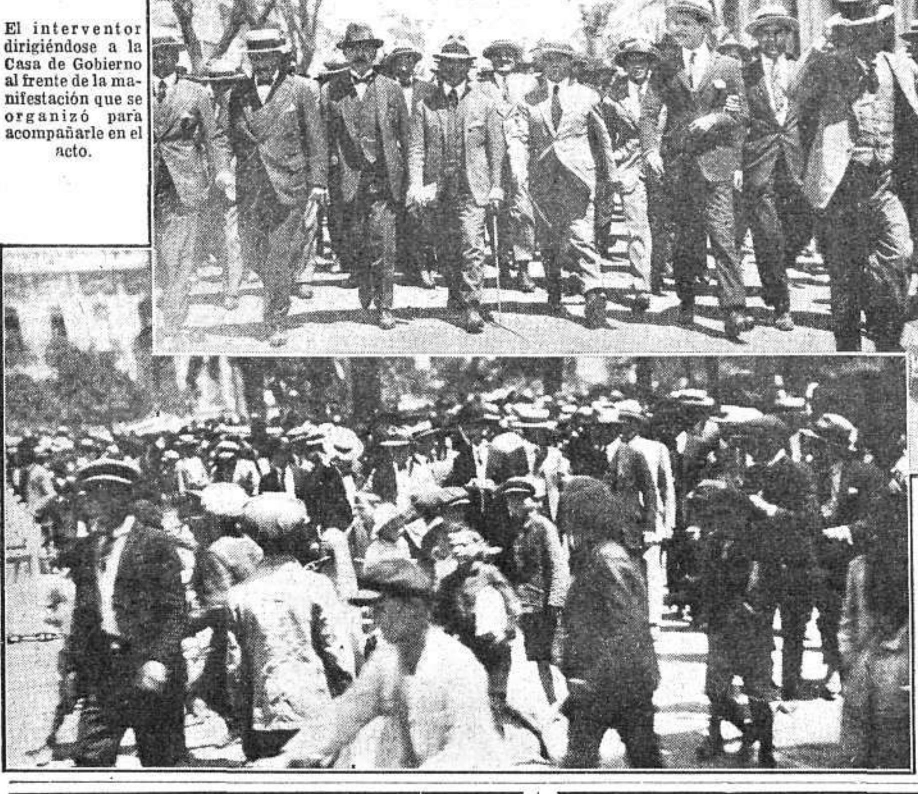
«Nuestro país siente la necesidad de un teatro que no tiene. Hasta en los confines de la república se repudia a las malas obras y a los malos actores: José Pérez ha sido abofeteado por la indiferencia pública en «La Rosa del Piemonte N.º 2», que se nos revela un pueblo más culto y de mejor gusto que Buenos Aires, donde triunfan bodrios del estilo de «Percantina está triste» y «Arriba las faldas» y se aceptan actores como Pérez encabezando elencos. «La Rosa del Piemonte N.º 2». Es el pueblo más culto de nuestro país».

Al ver su firma al pie de aquel artículo, Espronceda sufrió un ataque. Pero mayor fué su sorpresa al leer, al día siguiente en «El amigo del colono», una invitación firmada por todos los notables del lugar, incluso por el señor Bebilaccua, que decía así: «Los que suscriben, invitan al pueblo a tributar un homenaje de admiración y reconocimiento al literato y autor Evaristo Espronceda, cuya defensa en pro de la cultura local coloca a nuestra ciudad dignamente y de firme, en el concierto de los pueblos civilizados».

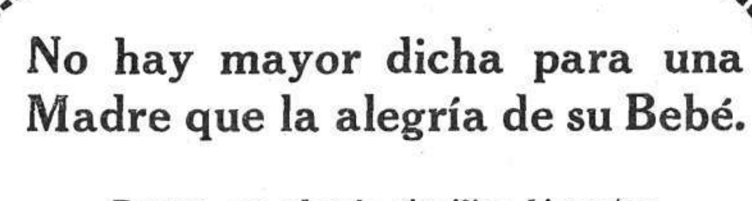


De Tucumán

El interventor dirigiéndose a la Casa de Gobierno al frente de la manifestación que se organizó para acompañarle en el acto.



El ex gobernador Vera, al pasar por la plaza Independencia y ser agredido por un grupo de manifestantes hostiles a su actuación política.



Porque esa alegría significa bienestar, salud y perfecto crecimiento.

No es posible llegar a este resultado, señora, si durante la lactancia, especialmente al iniciarse la época del calor, no fortifica su organismo con AFRICANA EXTRACTO DOBLE, la bebida tónica por excelencia.

Habitúese a consumirla en las comidas o a cualquier hora del día.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

ELABORADA POR LA

Cía. Cervecería Bieckert Ltda.

San Juan, 3334. — Bs. Aires.

De Casilda. — Cincuentenario de la fundación



Señor Carlos Casado del Alisal. Fundador.

El primer cargamento de trigo que se exportó para Europa salió de la Colonia Candelaria, donde en 1873 el señor Casado hizo edificar las primeras casas de la hoy populosa ciudad de Casilda.



Desfile cívico por la calle Buenos Aires con que se iniciaron las fiestas del cincuentenario.

Señor Miguel Culasso, primer poblador.



Señor Sebastián Raimundo, primer poblador.



Llegada a la estación del vice gobernador de la provincia, señor Clorindo Mendieta.



Señor Ponciano Culasso, primer poblador.

El Antiséptico Seguro.



Destruye todos los microbios que enfermizan al cuerpo humano.

Por su fórmula fija es siempre más eficaz y más económico que los iodos, fenoles, bicloruros, o hipocloritos.

**Para la Madre,
la Partera, y la
Enfermera**

es un verdadero bienvenido el **Antiséptico Seguro MILTON** pues puede usarse con toda confianza, por no ser tóxico ni cáustico.

Mi gran amigo contra las picazones.



Pronto alivia las llagas o heridas infectadas, y es ideal para lavajes o gárgaras.

Para evitarse el engaño exíjase el MILTON en su propio frasco inglés con tapón de goma.

Vd. puede pedir el MILTON directamente a los depositarios CASSELS y Co. calle Maipú 271, Bs. As. al precio de $ 2.— el frasco y $ 3.20 el frasco doble, que se le envía por encomienda postal, acompañado de una guía de sus múltiples aplicaciones benéficas.

PARA SU INTERES RECUERDE QUE EL

ODO-RO-NO



es un producto antiséptico y completamente inofensivo y el más eficaz para combatir la transpiración excesiva.

CON LOS CALORES, la transpiración, además de ser molesta para uno, es sumamente desagradable para las personas que nos rodean y es deber de todos evitarla.

El olor desagradable de la transpiración es el mayor descrédito para las personas, especialmente para el sexo femenino, pues se interpreta como falta de aseo, aunque en realidad no lo sea.

PARA EVITARLO USE EL "ODO-RO-NO"

Suprime el uso de las sobaqueras y sus vestidos estarán siempre limpios y delicados, sin vestigios de transpiración.

Use usted el **"ODORONO"** con regularidad dos o tres veces a la semana. Debe aplicarse por la noche, haciendo uso de un algodón absorbente.

Compre un frasco en cualquier farmacia o en VIAMONTE, 627, y comprobará su magnífico resultado.

De San Luis


El obispo de Cuyo, monseñor Orzali, rodeado por los niños de la Milicia de San Luis Gonzaga, que lo agasajó durante su última visita pastoral.

CHINA SE MODERNIZA

Si China no licencia sus tropas superfluas, contrariamente a lo que podía esperarse después de la Conferencia de Wáshington, los eunucos del Palacio Imperial de Pekín, por el contrario, han sido licenciados en masa.

La dinastía de los Tsing tenía a su servicio 3.600 eunucos. Desde la implantación de la República, una parte de este personal se ha ido licenciando anualmente, con objeto de realizar economías. Actualmente el Palacio no cuenta más que con 500 empleados de este género.

Ultimamente, una cuarentena de eunucos, endebles y harapientos, se lamentaba en los alrededores de Palacio. Uno de ellos declaró que, ignoraba todo oficio, él y sus compañeros se hallaban compelidos a la mendicidad.

¡Pobres eunucos! por fin desaparece del mundo tal vergüenza.

Una de las miserias más grandes que posee la humanidad, es la vanidad; ella corroe el alma y envenena al corazón.





Trate Bien a sus Pies!

SOBRE ellos descansa todo el peso de su cuerpo; por lo tanto, no es lógico usar zapatos duros, pesados, mal ventilados, que sólo pueden procurarle cansancio y molestias, malográndole tal vez, todo un paseo o una partida deportiva de su juego favorito.

ADQUIERA usted zapatos marca **"Rueda-Sport"**, que, por ser livianos, higiénicos y flexibles, son los más indicados para cualquier uso. Son de fina lona blanca de la más alta calidad, y cosida a una suela de cáñamo. Para la práctica de cualquier clase de sport los zapatos **"Rueda-Sport"** son los más indicados, pues prestan un inmejorable servicio.

Los hay de todos los tamaños, para Hombres, Señoras y Niños. Se pueden conseguir en todas las buenas zapaterías, solicitándolos por su nombre

"RUEDA-SPORT"



ZAPATOS
"RUEDA SPORT"

NUEVOS VERSOS A LA HIJA DE LA TABERNERA

LA VAJILLA

Con transparencias extrañas
en tus negros ojos brilla
el fulgor de la vajilla
depurado en tus pestañas.

Vajilla limpia y sonora
que, si andas por la taberna,
marca tu paso con tierna
música acariciadora.

La vajilla en la alta noche
cuando duermes — blando el ceño —
pone música a tu sueño
cada vez que pasa un coche.

Cuando tu madre se va
te deja confiada a ella.
Si te recibe doncella,
doncella te entregará...

Y sin vista manifiesta
desempeña el cometido.
Si no fuera por el ruido
que metió ayer a la siesta...

L U I S   C A N É

BALADA "SIMPLISTA" DE INVIERNO





Todo es así.
Hace correr el agua de la acequia
sus sollozos de niño.
La tierra mira al cielo
con sus inmensos charcos podridos de tristeza.
El cielo mismo
tiene una cara de convaleciente.

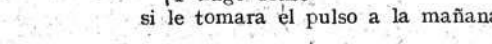
Hay crisis económica:
los trajes de los árboles,
probablemente, están
en la Casa de Préstamos.
¡Se quedarán desnudos hasta la primavera!

Tose un viento tuberculoso.
¡Yo me pongo aprensivo
porque pienso
en los bacilos de Koch del viento!

Las palabras tiemblan de frío
aunque se cubren la desnudez
con sobretodos de sombra.
Salen rebaños de miradas
paralíticas, hacia las cosas.

Se cuelga en mis pestañas el dolor,
todo el dolor de la Naturaleza,
y siento entonces
que el paisaje está enfermo
y que yo velo
solo, a la cabecera del paisaje.

¡Y hago como
si le tomara el pulso a la mañana!



A L B E R T O   H I D A L G O


Los reyes de la lírica están a su disposición en la Victrola.
La Victrola evoca instantáneamente las composiciones más inspiradas de la música y los nombres de los artistas que brillan a mayor altura en el arte de Orfeo. Es un instrumento que simboliza el más alto grado de perfección, constituyendo una obra maestra, desde el punto de vista artístico y mecánico.
Cualquier comerciante Victor le hará conocer gustoso los varios modelos de la Victrola y las últimas novedades en discos Victor, tanto del repertorio extranjero como del nacional.
Victrola
"LA VOZ DEL AMO"
REG U.S. PAT. OF F. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA
Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas
Victor Talking Machine Company, Camden, N.J.E.U. de A.
Revendedores Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.
UNICOS MAYORISTAS:
PRATT & Cía.
626, Sarmiento, 636
Buenos Aires.
DELLAZOPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733
Montevideo.

De Corrientes



GENERAL PAZ. —El director de la Escuela Graduada N.° 1, doctor Gervasio Blanco (hijo), rodeado por el personal docente de dicho establecimiento, que tan eficazmente lo secunda en su benéfica tarea

El gobernador de la provincia, doctor Rover y miembros de la comitiva oficial, acompañados por los profesores de la Escuela Graduada N.° 1, que organizaron un festival en honor de los distinguidos visitantes.

"COBRA"

es la pomada inglesa inmejorable para lustrar calzado. Proporciona un brillo que perdura varios días; es fácil de usar; limpia, económica; y conserva el cuero.

Adquiera hoy mismo una caja.

FABRICANTES:

Blyth and Platt, Ltd.

WATFORD

Nr. Londres.

Unicos concesionarios:

ATORRASAGASTI, BARGUÉS, PIAZZA y Cía.

ABPC

Fundada en 1876.

CANGALLO, 1363. — BUENOS AIRES

PARIS — NUEVA YORK

TODO DEFECTO FISICO



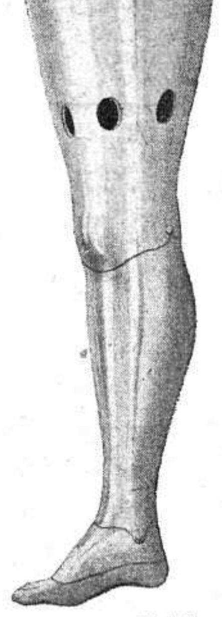


mediante la aplicación de nuestros modelos de APARATOS Y CORSES ORTOPEDICOS para los casos de CIFOSIS, PARALISIS, COXALGIA, etc., construídos científicamente con arreglo a las últimas investigaciones de la Ortopedia Moderna en general.

PIERNAS Y BRAZOS

ARTIFICIALES

PARA TODA AMPUTACION



La última maravilla Ortopédica, son nuestros modelos ULTRA LIVIANOS, con un peso máximo de **1.250** gramos, cuyo mecanismo perfeccionado y dotado de articulaciones totales, permite un fácil y cómodo manejo y la ventaja de obtener IGUAL RENDIMIENTO en toda ocupación u oficio que una persona en estado físico normal.

Una breve explicación es suficiente para que Vd. reciba Folleto y Presupuesto del Aparato Ortopédico más apropiado para su caso. Dirigirse expresamente a

INSTITUTO ORTOPEDICO

ESMERALDA, 577 **BUENOS AIRES**

Bodas de plata



Los esposos Velázquez-Guillonet, que han celebrado recientemente sus bodas de plata. — Curuzú-Cuatiá.



Los esposos Fossat-Aylman, rodeados por sus descendientes el día en que conmemoraron el 25.° aniversario de su enlace. — Entre Ríos.



Los esposos Grañez-Abregú, rodeados por un núcleo de sus amistades, después de la misa oficiada el día en que celebraron sus bodas de plata. — Rosario de la Frontera.



El señor Gabriel Lorenzino y señora, que han festejado recientemente el 25.° aniversario de sus bodas.

UN NIÑO HEROICO

Expone su vida por salvar la de un hermanito y pierde sus piernas en la noble acción.

HACE ya más de dos meses que ocurrió el sensible suceso y aun se halla en curación este pequeño héroe de 12 años, que supo salvar de la muerte a su hermanito menor, sacándolo de la vía al paso de un eléctrico, mientras que él era enganchado, derribado y mal herido. Y ahora, en el Hospital Pirovano donde se le atiende, sonríe y muéstrase contento de su acto, aguanta estoico las dolorosas curas necesarias y apenas si se empañan sus ojos al verse mutilado para siempre. Este corazón de niño abnegado, cuyo temple viril acusa una bendita precocidad, es el humilde vástago de una numerosa familia trabajadora y honrada; bien advierte su desgracia al contemplarse, a una edad en que el ejercicio es la mitad de la vida y la mitad de la salud, inmóvil y doliente sobre un lecho extraño; y sin embargo, porque ha salvado al pequeño, siente, sin duda, esa satisfacción interior, intensa y perdurable, que es la chispa divina con que la Providencia recompensa a los suyos.

El heroico niño José Baeza, en el Hospital Pirovano donde se asiste, siendo objeto de cariñoso tratamiento por los médicos y practicantes.



Aurelio Baeza, de 7 años, a quien su hermano salvó la vida; en el momento en que un tranvía eléctrico lo iba a atropellar.

Importante incendio en un aserradero



Vista general de las grandes instalaciones del establecimiento propiedad de la viuda de Merlo e hijos, en la manzana comprendida por las calles Pedro Mendoza, Cerri, Garibaldi y Del Crucero, totalmente destruida por el fuego.

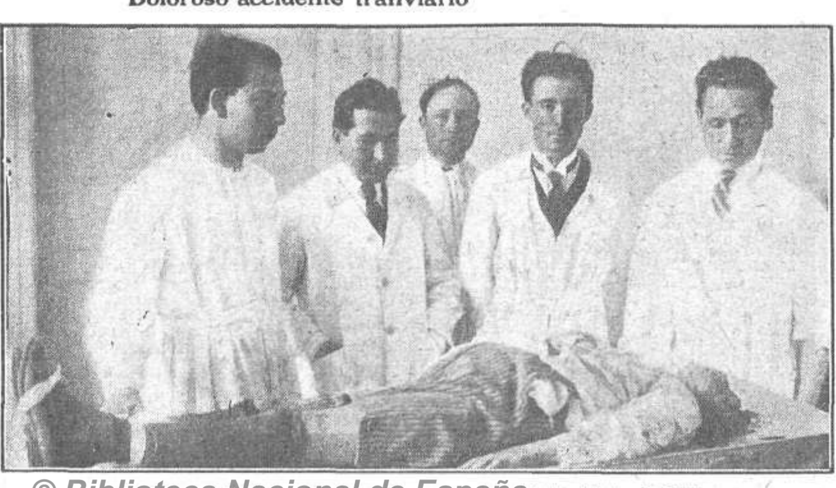


Anciano Juan Asedini, sereno sorsomudo que fué sorprendido por el siniestro, en el altillo donde dormía y que al arrojarse del mismo por insinuación de los bomberos, se hirió de alguna consideración. Felizmente, esta fué la única víctima en el siniestro, cuyas pérdidas materiales se avalúan más o menos en cerca de medio millón de pesos.

Doloroso accidente tranviario

UN fatal accidente tuvo lugar en las calles de Vélez Sárfield y Gorriti, resultando con el cráneo aplastado un infeliz menor que se había subido de «colado» en un tranvía con acoplado, y que, por huir del guarda al ser descubierto, se bajó con tal precipitación por la plataforma delantera, que las ruedas le destrozaron instantáneamente.

Tanto la víctima como algunos pasajeros profirieron simultáneamente algunos gritos, y entonces paró el convoy, pero cuando acudieron algunas personas en socorro del caído, advirtieron que ya era cadáver.



El cadáver del infeliz niño Pedro Ramos en el local de la Asistencia Pública.



Vigilante Emilio Leone, de facción en el mismo sitio donde llevó a cabo su acto de arrojo.

ACTO DE ARROJO

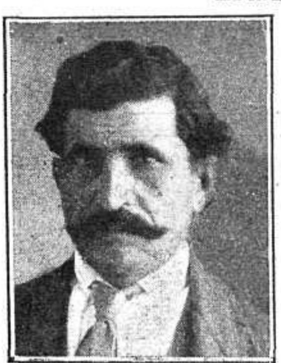
Meritoria acción de un agente salvando a una niñita que iba a ser arrollada por un tren.

Un acto de arrojo en que un vigilante, honrándose y honrando al cuerpo a que pertenece, salva a una niña de 7 años en los precisos instantes en que un tren de carga avanzaba, cruzando el paso a nivel del Ferrocarril del Sud, entre las calles Garibaldi y Lamadrid donde él se hallaba de servicio. Felizmente, a pesar de haber dado un peligroso traspiés cuando realizaba su hazaña, logró salir ileso de la noble empresa y lo mismo la salvada, a cuyos padres era entregada a los pocos minutos. En conocimiento el subcomisario de la sección 26.ª a que pertenece, del bello rasgo del agente Leone, que es argentino, de 24 años, casado, con cinco años de servicios y una conducta irreprochable, recomendó su actuación a la Jefatura de Policía.

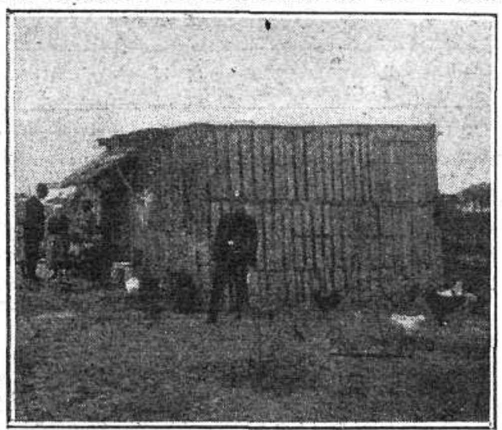


Niña Deolinda Rosa Tavegna, de 7 años, salvada milagrosamente de la muerte.

Brutales castigos a un niño infligidos por su padrastro



José Abraham, el sujeto que castigaba depiadadamente al niño.



Rancho habitado por Abraham y su familia, en uno de cuyos cuartuchos encerraba al niño, prohibiendo a la madre que le diera alimentos.



El desdichado pequeño, en su camita del Hospital Pirovano.

Un padrastro desnaturalizado, de nacionalidad turca, que apaleó brutalmente a un niño de 7 años, hijo de su esposa, dejándolo semidesnudo, con las muñecas dislocadas y lleno el cuerpo de cardenales, fué denunciado por la indignada madre de la víctima.

Sangrienta riña por cuestiones de juego



Francisco Pantano (a) gaucho, muerto.



Miguel Caló.



Domingo Caló.



José Caló.

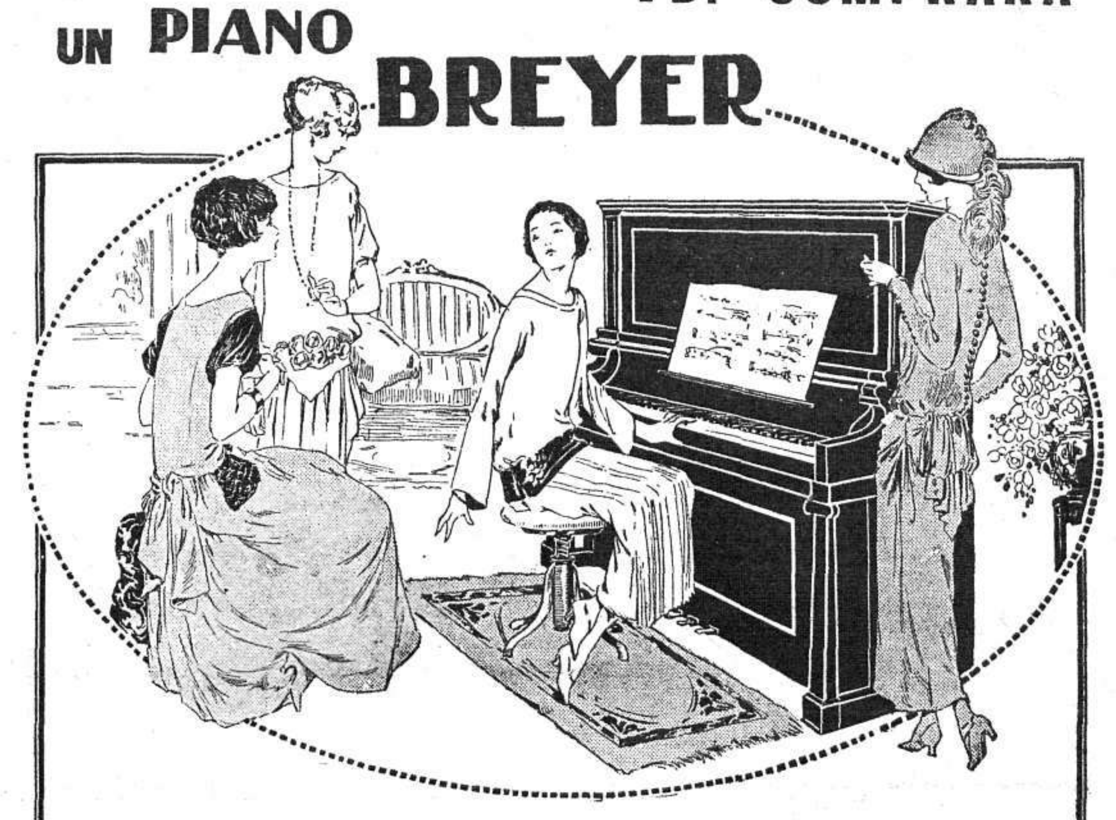
Un nutrido tiroteo se desarrolló en la calle de Matheu, provocado por el llamado Pantano, que descerrajó un tiro sobre Caló, sin herirlo, abalanzándose éste sobre el agresor en los momentos en que llegaban los tres hijos del segundo, cambiándose buen número de disparos entre los cuatro, resultando muerto el primero y siendo la causa de la tragedia el que Caló se negaba a permitir que en su establecimiento se recogieran redoblonas y quinielas. Al ser detenidos todos, el padre de los detenidos se declaró único culpable del delito, entregándose sin resistencia.



El gobernador de la provincia, Dr. Lencinas, y demás concurrentes a la demostración ofrecida por un destacado núcleo de caballeros al ex concejal Sr. Saverio Ardolino.

LAS TABLILLAS. — Interesantes fotografías del «Chaco salteño», de los lugares donde se explotan nuevos yacimientos petrolíferos, utilizando a los indígenas en el manejo de las modernas maquinarias.

TARDE O TEMPRANO VD. COMPRARÁ UN PIANO BREYER



LOS PIANOS BREYER

vibran y registran con perfecta exactitud, desde las más delicadas tonalidades hasta los más fuertes acordes, siendo su pulsación siempre agradable.

Los vendemos con gararantía positiva y en las condiciones más liberales.

Visite nuestra casa o pídanos catálogo.

Establecimiento musical
Fundado en 1882.

GRAN VARIEDAD DE instrumentos y todo artículo relacionado con la música.

SEÑORES
BREYER Hnos
FLORIDA 414 - Bs As

Sírvanse remitirme un Catálogo de pianos.

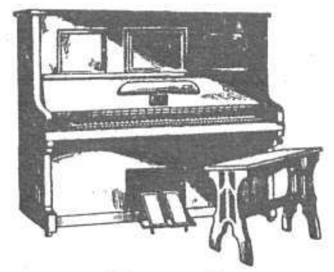
Nombre..................................

Profesión..................................

Domicilio..................................

De Santiago del Estero

Niñas que constituyen la Corte Angélica de la Virgen María de las Mercedes, tomando parte en la solemne procesión realizada últimamente.



Primer premio.

¿QUÉ DÍA SERÁ EL DE TEMPERATURA MAS ELEVADA ENTRE EL 20 Y EL 31 DE ENERO?

Tal es el problema que debe Vd. resolver para optar a los premios que, como obsequio a sus favorecedores, ofrece la mejor y más importante fotografía de Sud América.

Las bases de este original concurso pueden solicitarse personalmente, por carta o por teléfono a

BIXIO Y CASTIGLIONI

PRIMER PREMIO: Gran Piano "Augusto Roth" de concierto, con autonola de la casa Breyer Hnos. con 20 rollos a elección. Valor $ 2.600.—.

SEGUNDO PREMIO: Gran Concertola de lujo, con 12 piezas, de la casa "América". Valor $ 380.—.

TERCER PREMIO: Bicicleta para niña o niño a elección, marca «Exquisite» de la casa "M. Pacheco & Cía." Valor $ 135.—



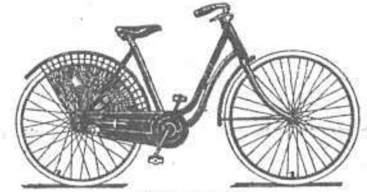
Segundo premio.

FOTOGRAFIA

Bixio & Castiglioni

C. Pellegrini 760

Esta casa cierra los domingos.



Tercer premio.



¡¡¡ENDERÉCESE!!!

Llene sus pulmones de aire, evite el peligro de enfermarse del pecho; no ande con los hombros agachados y el pecho oprimido. Enderécese; esto lo haría nuestra "ESPALDERA HERCULEX", pues le obligaría a echar los hombros para atrás y sacar bien el pecho.

Aumenta la gracia y la hermosura del contorno en la mujer. Da al hombre un aspecto vigoroso y un aire marcial. Ayuda a la Naturaleza en su obra de formar y desarrollar correctamente al joven que crece.

El precio de la "ESPALDERA HERCULEX" es de $ 2.80 m/n.

Para el envío por encomienda postal, agregar $ 0.20 m/n. — Mande medida de pecho y contorno del hombro.

Cía. SANDEN (Sección Salud) C. Pellegrini, 105 - Bs. Aires





LOS HECHOS DEL HERCULES SON PERMANENTES

CURADO EN 1902, Y HASTA LA FECHA, SANO

Viedma (Río Negro), septiembre 22 de 1923.

Compañía Sanden. — Buenos Aires.

Señor doctor Sanden. Muy señor mío; recibí su muy atenta carta de fecha 13 del corriente.

En contestación, tengo el agrado de confirmar lo que le dije en 1916 con respecto a mi cura por medio de su Faja Eléctrica, a pesar del tiempo transcurrido, no he sentido más los dolores Reumáticos. Lo que tengo que agregar, es que siempre considero su Faja Eléctrica como el único remedio eficaz y duradero contra el Reumatismo.

Sin más, lo saluda su affmo. y S. S. S. Firmado: **OCTAVIO RESINET.**

Viedma (Río Negro), septiembre 10 de 1916.

Señor doctor A. T. Sanden. — Buenos Aires.

Muy señor mío: En contestación a su estimada de fecha 10 del corriente, siento el deber de expresarle una vez más mi gratitud por el beneficio que he recibido con el uso de su Faja Eléctrica.

Culparíame de ingrato, si no le manifestase mi eterno reconocimiento, por el bien que me ha hecho devolviéndome la salud y todas mis fuerzas, los dolores Reumáticos de que padecía han desaparecido por completo, y de esto **Hace ya catorce años;** ahora me encuentro del todo restablecido.

Por lo tanto, doy a usted las más expresivas gracias y lo autorizo para que haga uso de la presente en bien de la humanidad que padece por no usar su poderoso Hérculex Eléctrico. Sin más, lo saluda su affmo. y S. S. S.

Firmado: **OCTAVIO RESINET.**
Territorio de Río Negro.

Horas de Oficina: de 9 a 18

Cía. "SANDEN" - Carlos Pellegrini, 105 - Buenos Aires





ELSA
ANILLO plata fina, con nombre en esmalte, a pesos........ 4.— El mismo, en oro 18 kilates, a pesos....... 15.—
GEMELOS plata fina, iniciales en esmalte, a $ 4.50 Los mismos, en oro 18 kilates, a pesos..... 18.—
ANILLO plata fina, iniciales en esmalte, a $ 5.— El mismo en oro 18 kilates garantido, a.. $ 30.—
NELLY
PULSERA gran moda, en plata platinada, cinta moiré a presión, con cualquier nombre esmaltado, a......... $ 4.— La misma en oro 18 k., $ 15.—
AROS de plata con piedras en colores surtidos, el par $ 2.50
RELOJ - PULSERA ench. en oro 18 kilates con cinta moiré, máq. gar., $ 9.50 El mismo, más fino, $ 15.-
AROS de plata platinada, con brillantes negros del Brasil, a pesos.... 5.—
JOYERIA Y RELOJERIA
A. Samada
Casa Central Corrientes. 928
Sucursales B. Mitre. 927 C. Pellegrini 485

GANADERIA

54.ª Exposición de ganadería general y regional en Olavarría F. C. del Sud

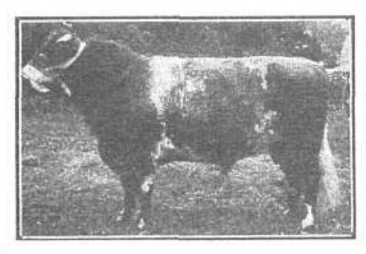
NO RESULTO TAN BRILLANTE COMO EN AÑOS ANTERIORES

Cualquier lector versado en el conocimiento del distrito de Olavarría y sus alrededores, reconocerá en seguida que aquellas tierras que forman parte de la provincia de Buenos Aires, son apropiadas lo mismo para la agricultura que para la ganadería. A pesar del hecho de que, en la actualidad, se explotan extensas tierras en ambos sentidos, todavía existen numerosas cabañas y rebaños por todo aquel partido, la mayor parte de los cuales pertenecen a los propietarios de los terrenos en que prosperan. Estos resultados, por sí mismos, podrían ser suficientes para crear entusiasmo acerca de una anual exhibición de ganado; pero, en mi modesta opinión, la Sociedad Rural de Olavarría comete una gran equivocación en su empeño para realizar dos exposiciones en doce meses, una para ovinos y otra para vacunos.

En estos malos tiempos o, para decirlo más correctamente, en épocas cuando la industria vacuna tiene escasa parte de la prosperidad que merece, no es asunto fácil inducir a los criadores para que inviertan fuertes gastos en la alimentación y buena preparación de sus animales con propósitos de exhibirlos cuando las perspectivas de realizarlos a buenos precios no se advierten claras, y esto presisamente es lo que ocurre ahora, por lo que sería mucho más provechoso procurar combinadas exhibiciones de todas las razas y variedades, de modo que se asegurara, al menos, una excelente representación de una de ellas.

Recuérdese que la Sociedad Rural Argentina vióse forzada a renunciar a su exposición de febrero para ovinos, habiendo transformado la celebrada en septiembre en general exhibición, así como, aleccionada por las experiencias de los años pasados, la citada institución matriz desistió de realizar una de non-pedigree, en tanto que este año celebran, por última vez, la exposición anual para animales gordos.

Por consiguiente, el que suscribe se atreve a sugerir a la S. R. de Olavarría, que en lo futuro organice una exposición general de ganado, y de esta manera conseguirá atraer buen número de expositores y público. La



"Mistigri", toro Shorthorn de pedigree, ganador de primer premio y campeón y premios particulares. Criado y expuesto por L. Fortebat.

atracción del público significa una mayor posibilidad de alcanzar un productivo éxito en las subastas que se siguen a todas las exhibiciones, y en el número de los animales vendidos y en sus precios reside precisamente el mérito de toda exposición. Yo confío que este consejo será escuchado, teniendo en cuenta el recto espíritu que lo anima; y al mismo tiempo quiero agregar que mis advertencias las hago después de haber conversado con muchos criadores que han enviado sus ejemplares a otras exposiciones provinciales, muchos de los que me han asegurado que la de Olavarría, bajo las circunstancias presentes, no ofrecía suficiente atracción para ellos.

Y ahora pasemos a decir algo de la reciente exposición, cuyo comentario se ha retardado en su publicación por causas ajenas al que suscribe.

Los registros fueron escasos en casi todas las categorías, lo mismo en las secciones regionales que en las generales, resintiéndose grandemente las últimas por los trastornos que viene sufriendo la industria. No advertimos, además, ninguna exhibición excepcional en toda la exposición.

Sección general. — La primera categoría para machos Shorthorn de pedigree de 2 años y 3 meses a 2 años y 6 meses de edad, fué adjudicada al establecimiento «La Pebeta» con un rosillo de buena calidad, lomo derecho aunque poco cerrado adelante, y con remos bastante altos.

La segunda categoría para machos de 2 años a 2 años y 3 meses de edad, fué disputada entre tres ejemplares, llevándose el primer premio un colorado de «Sanquilcó», estancia de los señores Rivero Hermanos. Este toro era de buen peso, gran costillar y carnes de gran toque, con una espléndida cabeza y cuernos reveladores de carácter racial y masculino. A este mismo animal se le adjudicó después el reservado de campeón de esta sección. El segundo honor se lo llevó un rosillo de la estancia «San Jacinto», del señor Fortebat, y el tercer lugar a un colorado y blanco de «Sanquilcó».

En la tercer categoría para machos de 21 a 24 meses de edad, se exhibieron tres buenos toros, ganando fácilmente el primer premio un rosillo de mucha calidad y carnes uniformes, el que se llevó el campeonato para su dueño el señor L. Fortebat. El segundo y el tercer premios fueron ganados por los señores Rivero Hermanos, de «Sanquilcó», con toros de buena calidad y carnes bien repartidas, pero poco altos de los remos traseros.

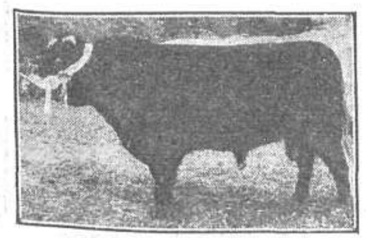
La cuarta categoría de esta sección fué para machos de 18 a 21 meses de edad, y otra vez los hermanos Rivero lograron éxito con dos machos de buenas formas y pellejos, a los que correspondió el primero y segundo premios. La estancia «San Jacinto» ganó los primeros premios en la quinta y sexta categorías con toritos que se desarrollarán con la edad.

Solamente hubo una categoría para hembras Shorthorn de pedigree, y el primer premio se lo llevó una rosilla muy compacta y de gran calidad, del señor L. Fortebat. Esta vaquillona fué la misma que ganó el campeonato en el Azul la semana anterior.

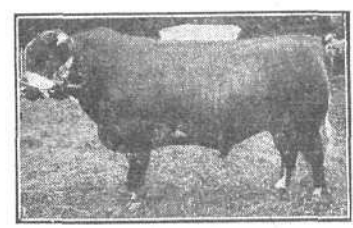
Equinos. — Teniendo en cuenta el número de establecimientos de crianza con fáciles comunicaciones a Olavarría, es lamentable consignar el hecho de que los registros en esta sección resultaron ridículamente escasos, mientras que, con la excepción de los de raza Shire presentados por «Sanquilcó», ninguno de los restantes poseía bastantes méritos individuales como para hacer mención especial de ellos.

La primera categoría para machos de la raza de carreras presentó solamente dos animales, y hay que decir que ninguno de ambos resultó un regular espécimen como crías de las mejores yeguas. Sin embargo, el jurado decidió otorgar el primer premio a un alazán de «El Veterano», un ejemplar padrillo de once años, de conformación deficiente, y el segundo honor a un padrillo de tres años de «La Margarita», que no demostraba llegar a ser un buen semental con el tiempo.

Los señores Rivero Hermanos se llevaron el primero y segundo premios, y además la medalla donada por la Sociedad Rural Argentina, con dos buenos padrillos de la raza Shire. Estos caballos eran de mucha calidad



Toro Shorthorn de pedigree, "Sanquilcó Danger", primer premio y reservado de campeón, sección general. Criadores y expositores: Rivero Hermanos.



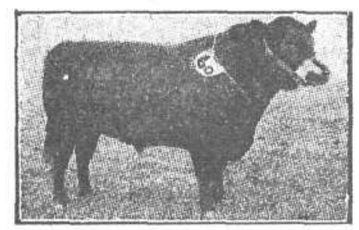
Primer premio y campeón, sección regional, de non-pedigree Shorthorn, de Estancia „San Jacinto".

y carácter racial, con buenos remos y cascos y bastante ranilla.

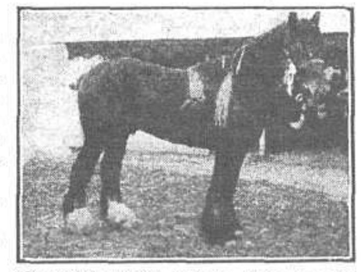
En la *sección a campo y corral* se presentaron algunos padrillos jóvenes de la raza American Trotter cruzada con la de Anglonormando, pero al que esto escribe no le parecieron ser buenos animales para dedicarlos a tiro liviano. Advertimos solamente un regular padrillo Percherón.

Sección regional. — La única raza de vacunos representada en esta sección fué la de Shorthorn, y todos los ejemplares eran no inscriptos.

En la primera categoría correspondiente a dos dientes, cuatro animales se presentaron ante el jurado, y el primero y el segundo premios los ganaron toros de gran peso y buena calidad, de la estancia «San Jacinto», del señor L. Fortebat, criador a quien se le adjudicó también el premio para el mejor conjunto de tres animales. El toro que se llevó esta categoría también ganó la medalla de plata donada por la Sociedad Rural Argentina para el mejor ejemplar de esta sección.



"Black Prince 60", (7377) toro Aberdeen-Angus de pedigree, campeón y primer premio en la *Exposición de 9 de Julio*. Criadores y expositores: Enrique Brown y Hnas., Cabaña "La Escondida".



"Sanquilcó Pride", padrillo Shire de pedigree, ganador de primer premio y la medalla de la Sociedad Rural Argentina. Criado y expuesto por Rivero Hermanos.

Catorce entradas se registraron en la categoría para toros de 2 a 4 dientes, en grupos de cuatro animales, pero todos ellos no tenían el alto «standard» de calidad de grupos de toros de no pedigree exhibidos en otras exposiciones provinciales este año. El jurado no tardó en decidirse para adjudicar el primer premio a un grupo de la estancia «La Constancia», establecimiento del señor M Indacochea; el segundo lugar correspondió a un grupo de la cabaña «La Dorita», del señor Aramendi, y el tercer premio fué para «La Constancia», siendo los ejemplares de esta última estancia de más tipo y carácter que los demás.

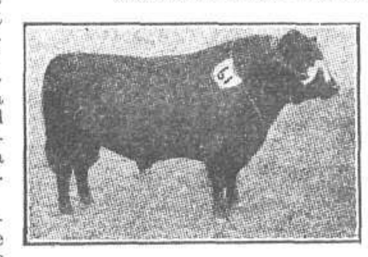
Había otra media docena de grupos en la sección a corral, y entre ellos los mejores eran toros de las cabañas «La Armonía», «La Haydée», «San Luis», «San Juan» y «La Dorita».

Premios especiales. — Las medallas ofrecidas por la Sociedad Rural Argentina y por la Asociación Argentina de Criadores de Shorthorn, fueron ganadas por el señor L. Fortebat, quien asimismo se llevó la medalla de oro donada por el Ministerio de Agricultura de la nación.

La ceremonia de la inauguración. — Con mucha concurrencia de vecinos de Olavarría y de otros pueblos comarcanos, establecidos en los distritos limítrofes, se inauguró la exposición, siendo de advertir la ausencia de entusiasmo que con mucha frecuencia hemos observado en otras similares exhibiciones provinciales. El importe total que se logró en las subastas puede asegurarse que fué más reducido que en anteriores ocasiones.

Todas las categorías de las diversas secciones fueron juzgadas por los doctores Jorge E. Durrieu y Tomás R. García de un modo competente e imparcial.

GUILLERMO ST. J. PETERS.



"Black Prince 52", (8025) toro Aberdeen-Angus de pedigree, ganador de primer premio y reservado de campeón en la Exposición de 9 de Julio. Criado y expuesto por Enrique Brown y Hnas.

Antes de completar su lista de regalos

...recuerde usted que ya están en venta los bonitos Estuches

CUTEX

ESPECIALES PARA NAVIDAD



Este es el obsequio que toda dama aceptará con alegría. Además de ser práctico y útil, es fino, elegante y hermoso. Todos sus útiles están bien presentados en su delicado interior color rosa. Su artística envoltura azul oscuro le da un agradable aspecto de distinción y buen gusto.

Usando CUTEX **no hay necesidad de cortarse la cutícula.** Con CUTEX se pueden ostentar uñas exquisitamente hermosas, brillantes y rosadas, en forma rápida y entretenida.

Los Estuches CUTEX de Navidad, en diversos tamaños, se venden en todas las perfumerías, farmacias y tiendas, a precios que varían entre **$ 2.50** *y* **21.—**. *Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe en giro postal o efectivo, en carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido.*

NORTHAM WARREN CORPORATION

New York, E. U. A.

Unico Concesionario: E. HERZFELD — MAIPU, 533. — Buenos Aires.



LOS INTERESANTES CONCURSOS DE LA «YERBA GATO»

Regalan 10 Libras esterlinas, 40 Mates con boca de plata y 450 Prendedores esmaltados.

PREMIOS Y CONDICIONES:

Recibidas las soluciones, se mezclarán todas, extrayendo las 500 soluciones cuyos premios se adjudicarán en la siguiente forma: a las primeras 10, UNA LIBRA ESTERLINA a cada una; a las 40 que les sigan UN MATE CON BOCA DE PLATA a cada una, y a las 450 restantes, UN PRENDEDOR ESMALTADO a cada una. Total 500 Premios. Cada solución debe venir acompañada de un cartoncito de los que se encuentran en el interior de cada paquete de YERBA GATO, los que pueden adquirirse en cualquier almacén. Las contestaciones deben dirigirse a YERBA GATO. — Victoria, 2646 (Buenos Aires).

PREMIADOS CON UNA LIBRA ESTERLINA EN EL CONCURSO N.º 44 DE LA «YERBA GATO»

«Sepa usted aparcero que ante nadie me abátato si tengo por compañero un mate de Yerba Gato». C. Mouriño, Castro Barros, 1725. — E. Pérez, Rodríguez Peña, 599 (Bánfield). — E. Senar, Rivera, 1774. — E. P. Regalins Tucumán, 1057. — A. Carrillo, General Artigas, 1593. — M. García, Pasaje Vieyra, 1921. — R. Novillo, Bartolome Mitre, 1286. — H. M. Gibardoni, Matheu, 542 (San Martín). — A. Bobliesi, Estación Mármol (F. C. S.). — E. Farreras, Coronel Díaz, 2142, Capital.

A las 40 personas premiadas con mates con boca de plata y a las 450 personas premiadas con prendedores esmaltados, les enviaremos aviso para que pasen a retirarlos.

De Territorios



SANTA ROSA (PAMPA). — Alumnas del Colegio Nacional que jugaron un interesante partido de Pelota al cesto, contra sus compañeras de la Escuela Normal.



Equipo de la Escuela Normal que defendió valientemente los colores de su institución.





Instantáneas, donde pueden apreciarse, diversas faces del partido, durante el cual hubo momentos de peligro para ambos "cestos".

De Territorios



RESISTENCIA.—Paseo campestre en las pintorescas riberas del Rio Negro ofrecido por un selecto núcleo de familias, a la señorita Rosa Ferrari, celebrando su próximo enlace.

RESISTENCIA.—Telares en funcionamiento en la escuela Benjamín Zorrilla; bajo la dirección de la señorita Lucinda González. La instalación ha sido costeada por subscripción popular.

Esta tabla demuestra gráficamente la creciente demanda de coches Studebaker.

1919	1920	1921	1922	PRIMEROS 6 MESES DE 1923
39,356	51.474	66,643	110,269	81,880

Seis Liviano de Turismo.

La venta de automóviles Studebaker aumenta cada año.



Solamente las ventas de un producto de mérito indiscutible aumentan año tras año. La demanda de coches Studebaker, es cada día mayor, porque su servicio es económico y absolutamente seguro.

Calidad ha sido durante 71 años la característica de mayor consideración al manufacturar los automóviles Studebaker, y a ella debe Studebaker el enorme desarrollo de sus negocios.

ANTES DE COMPRAR CUALQUIER AUTOMOVIL, VEA LOS MODELOS STUDEBAKER PARA 1924, ACTUALMENTE EN EXPOSICION EN NUESTROS SALONES.

The Studebaker Corporation of America.

Montevideo:
Avenida 18 de Julio, 912

Buenos Aires:
Avenida de Mayo, 1235



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACION)

Perpleja y fluctuando entre contradictorios pensamientos, oyó el timbre del teléfono y desconectó su aparato de extensión, suponiendo que alguien preguntaría por Agnes, la criada. Otra vez el problema dábale vueltas en el cerebro. Al recordar la visita de Frank Lacy, el día anterior, comenzó a analizar si el extraño visitante le tendiera un lazo con el pretexto de la carta o bien si, en efecto, el documento en cuestión se hallaría entre los papeles de Armstrong, que ya ella había revisado. Perfectamente; fácil era asegurarse. El próximo mes la corte de pruebas del condado de Putnam en cuya jurisdicción hallábase la villa de Beaulieu, abriría sus secciones y entonces presentaríase ella ante aquel tribunal con la demostración documental en la que se demostraba que todas las reclamaciones contra la herencia de Armstrong quedaban desvanecidas. En su pequeña cajita portátil de acero guardaba, preparados por su abogado, las cuentas, los recibos, los talonarios y las escrituras del caso. Tomando en sus manos el sólido mueblecito, lo abrió y comenzó a desatar paquetes cuando Agnes dió dos golpecitos en la puerta.

El rostro de la mucama aparecía congestionado y sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas.

— Con permiso, señora Reverly. ¿Puedo irme a mi casa? — preguntó.

— ¿Qué ocurre, Agnes? — inquirió sorprendida el ama.

— Mi tío hace dos noches que no aparece por su casa y mi tía está abatida — explicó la muchacha.

— ¿Tiene desagradables sospechas de lo que le habrá pasado? — volvió a inquirir Ruth.

La sirvienta movió la cabeza dubitativamente.

— No puedo decirle. Todo lo que sé es que se lamenta mucho y que me comunicó que tiene mucho miedo de estar sola en la casa.

— Malas son las noticias — dijo la señora con acento de simpatía. — Entonces, ¿quiere decir que me abandonas para no volver?

— No, señora, no, — se apresuró a decir la muchacha. — Espero volver pronto.

— Así lo deseo.

La sirvienta obtuvo el consentimiento solicitado para irse a Southfield, un pueblo a diez millas de distancia, y antes de partir quiso significar al ama su respetuoso afecto.

— Yo no quería ir — explicó; — así se lo dije a mi tía cuando me llamó al teléfono: que me exponía a perder mi trabajo en esta casa y que tan buen servicio no era fácil de encontrar otra vez, pero ¡tanto insistió!

Ruth le pagó con una dulce sonrisa el cumplimiento.

— No te apures por tu puesto en esta casa, Agnes — le dijo con tono condescendiente; — te queda reservado hasta que vuelvas. De todos modos, yo creo que te alarmas con exceso. ¿Bebe tu tío?

La pregunta era un poco directa y brutal, pero acaso conveniente para aclarar puntos en su desaparición inexplicable del hogar.

La mucama se sonrojó.

— El es y no es mi tío — aclaró.

— ¿Cómo se entiende eso? — preguntó Ruth con curiosidad.

— Sí; yo debo decir que es el marido de mi tía — declaró la muchacha — pero no es nada mío. Toda mi parentela es norteamericana pura y no hay entre ella extranjeros. El es francés, es decir, francocanadiense; su nombre es François Lesoeur y mi tía Jane no ha disfrutado ni un solo día de paz desde que se casó con tal hombre. Y yo le digo, señora, que no es bueno, eso es lo que no es. En los cinco años primeros de su matrimonio no trabajó ni siquiera un par de días, y como ella poseía alguna plata y una casita que su primer marido le dejara, pues vea usted, señora: vivía a costillas de su mujer.

— ¿Bebe... bebía Mr. Lesoeur?

— En los cinco años le bebió a mi tía todo su dinero, y además la casita. Después, por un corto tiempo, pareció aquietarse, hasta que de nuevo comenzó a emborracharse, y de dónde sacaba el dinero que gastaba yo no lo sé, pero sus cosas marchan muy bien. Mi tía no quiere decir una palabra acerca de donde salen tales recursos o acaso tampoco lo sepa. Lo cierto es que ambos se cambiaron a un espléndido departamento y que poseen un automóvil de turismo. Y sin embargo de esto, mi tía se muestra desgraciada como antes, hace tres años, yo me inclino a creer que su marido la maltrata y le hace pasar mala vida, o algo así; porque entonces ¿cómo se explica que ella se lamente tanto poseyendo buena casa, pieles y un «auto» lujosísimo? Y cuando alguien penetra inesperadamente en su hogar, siempre se asusta y algunas veces lanza gritos de sorpresa.

— ¿Tú has vivido con ella?

— No, señora; únicamente vivo con mi tía las pocas veces que me quedo sin trabajo. En fin, mi ama: ¿puedo irme a ver lo que ocurre?

— Por supuesto, Agnes, y cuenta con tu puesto aquí. Si tu tío no aparece en una o dos noches más, yo te aconsejo que avises a la policía.

— Así se lo prometo, señora — contestó agradecida la mucama.

Apenas salió de la casa, derecha a su pueblo, cuando otra vez Ruth se puso a revolver entre los papeles de Jim, encontrándose con un librito de apuntes en cuyas páginas aparecían cifras, nombres y fechas. Ya lo conocía, habiéndolo examinado rápidamente, pero ahora, al hacerlo con mayor detención, le sorprendió leer una partida que expresaba: «F. LES - $ 10.000.» No dió con fecha alguna de pronto; nada más que las pocas letras y los números leídos. Revisando mejor la página, leyó en su parte superior, escrito con caracteres muy menudos, «Junio 1920».

Dejó el librito de apuntes y tomó un paquete cuya fajilla decía: «documentos 1920». A poco de examinar su contenido, tropezó con un cheque cancelado a la orden de François Lesoeur por la suma de $ 10.000.

No fué precisamente este hallazgo lo que la sorprendió, al descubrir que su difunto prometido tuviera relaciones comerciales con un francocanadiense bebedor y de dudosa reputación, casado con una tía de su criada: lo que alteraba su pulso y resecaba sus labios era que Armstrong hubiera tenido tratos con una persona que se llamaba tan «extrañamente» igual a la designada por su visitante de la víspera como firmante de la misteriosa carta que Lacy con tanta ansiedad pretendiera obtener de ella.

Frank Lacy.

François Lesouer.

¿Existía algún parecido, alguna analogía secreta entre ambos nombres?

¿Eran los dos uno mismo?

Ruth comprendió la necesidad de verse frente a frente del llamado Lesoeur.

CAPITULO VII

AVERIGUACIONES

Ruth, con febril apresuramiento, manoseó papeles y papeles en busca de más datos hasta que vació el contenido de la caja, pero sin obtener resultado alguno.

Un repentino impulso le vino: enseñar al detective Doyle tales datos, impulso que murió en su interior apenas nacido, pues estaba convencida o, acaso, mejor dicho, trataba de convencerse de que Bent, su marido, nada tenía que ver en el asunto; creía que Doyle, a pesar de sus amplias protestas, abrigaba sospechas de él, y tal creencia la llenaba de indignación, no deseando relaciones con el extravagante inquisidor.

Al menos, ella ponía todo su empeño en convencerse de que era indignación y no otro sentimiento — el del miedo, por ejemplo — lo que le desviaba del detective, descartando, de paso, a Bent de las más remota «posibilidad» con el ahora intrincado asunto.

Con manifiesta alegría comprobó que Jim, en su librito de apuntes, escribía el nombre de François Lesoeur dividiendo el apellido, mientras que en el cheque no, lo que indicaba escasa intimidad de relaciones entre ambos. Ruth comenzaba a leer entre líneas. Luego recordó lo que Agnes le refiriera acerca de los parientes de Southfield. La tía era desgraciada desde hacía tres años: la misma fecha en que Jim extendiera el cheque de $ 10.000.

La suma no dejaba de ser considerable en cuidadosas manos, pero para dos que viven con lujo, uno de los cuales bebe, lo que significa derroche en abundancia, poseyendo ambos, además, un automóvil costoso, los diez mil dólares no podían durar mucho tiempo, lo que hacía presumir que François seguramente arbitrábase recursos por otros lados.

Este razonamiento, aunque en resumen nada significaba en el embrollo porque nada aclaraba de particular, le pareció excelente y se mostró orgullosa de haberlo deducido con tan buena lógica. Sin embargo, no fueron tales conclusiones las que la excitaron, sino esta otra observación que se hizo: François, traducido al inglés, podía convertirse en Frank, y con más dificultad, pero posiblemente, el apellido Lacy en Lesoeur. De ser ciertas estas «traducciones», ello podría significar mucho. Por supuesto, todo ello no pasaba de conjeturas.

De acuerdo con Lacy, el visitante de aspecto de pajarraco, era muy de presumir que la misteriosa carta fuera recibida por Jim Armstrong, y por lo visto se trataba de una carta que valía una buena suma de dinero. Recordaba el aire desesperado que tenía el hombre después de haberse arrastrado, sin duda inútilmente, por el precipicio de Dyce's Head. Reflexionando la conducta del extraño personaje, llegaba a la clara conclusión de que el citado no procedía con honradez. Dando por supuesta la existencia de la carta, abrigaba la presunción de que se relacionaba con un negocio sospechoso. Tal pensamiento no resultaba muy favorable para Jim, puesto que incluía ciertas relaciones entre él y un hombre que se entregaba a la bebida y cuyos recursos no eran muy limpios.

Dolíale conceder que Jim, que la quisiera tan intensamente, hubiera sostenido cualquier clase de negocios con un tipo de tan dudosos antecedentes, y aun mortificábale más la idea de que no faltaran personas que murmuraran la palabra «asesinato» y luego, de cierta manera confusa, el nombre de Bent Reverly.

Por otra parte, y volviendo siempre a la misteriosa carta, sus razonamientos le inducían a suponer que había sido escrita por Franck Lacy mientras que ella acababa de descubrir a un François Lesoeur en tratos con Jim.

Anonadada por un cúmulo de encontradas suposiciones, Ruth llegó a la conclusión de que la primera y más urgente diligencia que debería hacer, era verse con el francocanadiense casado con la tía de su criada Agnes.

Consideraba un deber imprescindible poner en claro tal situación hasta donde pudiera, la red enmarañada de obscuras y desagradables circunstancias que, semejantes a villanos enemigos de su felicidad, caían sobre su hogar con propósitos aviesos. Personas desconocidas amenazaban la reputación de Bent. Estaba bien que su primo Dick tuviera fe en su ridículo amigo Patrick H. Doyle, pero ahora que sentíase libre de la cargante presencia de este último, lo consideraba como un jactancioso charlatán. Además, a pesar del tono afirmativo del detective, ella le tenía miedo y desconfianza.

No deseando que el chófer se enterara de su excursión, Ruth en persona sacó del garage su pequeño cupé, que era un regalo de su marido, y manejó el volante con experta soltura, dirigiéndose hacia el camino por donde pasaba el tranvía suburbano con la esperanza de encontrarse con Agnes entre los pasajeros. No tardó en alcanzarlo. Rodando a su lado con la ventanilla de su auto abierta,

distinguió a su criada y le hizo señas de que, en la próxima estación, se apeara, lo que así verificó.

— Yo pensé que ya estarías en casa de tu tía — le dijo Ruth, invitándola a ocupar un asiento. — Se me ocurrió dar un paseo por Southfield, donde tengo que hacer una pequeña diligencia, y así mataré dos pájaros de una pedrada al tener el gusto de conocer a tu tía.

Ella misma se asombró de la frescura con que había mentido. No deseaba hacer copartícipe de sus asuntos a Agnes y por eso recurrió al embuste. Verse con la tía de la muchacha era todo su anhelo; por ella esperaba conocer detalles respecto de François Lesoeur, el marido extraviado. Tal información podría dar luz en el problema.

— ¡Ah, señora! Muchas gracias. Por menos de cinco centavos me volvería con usted—dijo agradecida la mucama.

— Es tu deber consolar a tu tía y acompañarla — le contestó el ama con gravedad, orgullosa, en su interior, del papel que representaba. Agnes podría serle útil en sus investigaciones, pues era dócil y buena.

Por la primera vez desde su entrevista con Frank Lacy sentía cierto gusto, casi cierto placer en su curiosa labor de aclarar circunstancias.

—Subiré contigo y visitaré a tu tía — acordó Ruth al detener su automóvil frente al departamento de la señora Lesoeur.

Agnes aceptó con gratitud, precediéndola hasta una puerta del segundo piso escaleras arriba, pues no había ascensor.

Tocó el timbre y contestaron desde adentro.

La señora Reverly no se formara la menor idea de cómo sería aquella mujer; no esperaba enfrentarse con un tipo particular; pero, sabiendo que fuera capaz de casarse dos veces, primero con Mike Riley, yanqui puro, y luego con un francocanadiense, suponía que la señora Lesoeur conservaríase saludable y fresca. Al verla, dióse cuenta de su alta estatura, de sus formas angulosas, de su nariz afilada y de sus finos y descoloridos labios; una persona, en fin, que demostraba ni necesitar indulgencia alguna de nadie, ni tenerla con los demás.

Resultaba dificilísimo sospechar que viviera con un hombre de malos hábitos. Sus ojos denotaban a la mujer que se enfrentara con la miseria.

Contempló a la desconocida visitante con una mirada entre humilde y firme. Sus maneras, en cierto sentido, parecían indicar: «Mi sobrina sirve en casa de usted, pero también, yo si quisiera, tendría sirvientes.»

La salita donde la recibió aparecía pulcra y ordenada.

— Agnes me dijo que usted se hallaba en gran angustia por su marido — insinuó Ruth para entrar en materia.

La señora Lesoeur miró a su sobrina y dijo:

—Agnes siempre fué charlatana.

—Yo he tenido que decirle por qué la abandonaba—se defendió la aludida.

— Muy bien — explicó la tía, — cuando te cases con un marido como el mío, él tendrá cuidado de que no divulgues sus secretos.

— ¿Cuánto tiempo hace que falta? — terció Ruth.

—Dos noches con sus días hace que no le veo — contestó la mujer.

— Yo le dije a Agnes que se debería avisar a la policía.

En los ojos recatados y humildes de la mujer brilló algo que significaba miedo y congoja interior.

— ¡Oh, no! No hay que llamar a nadie — exclamó. — Francis (la correcta pronunciación del nombre de su marido, François, no parecía serle familiar) no me lo perdonaría nunca. El no gusta de que la policía se entrometa en sus asuntos. No, no haré eso.

— Pero pudo haberle pasado algo que necesite de ayuda — protestó Ruth.

— Bueno; si le ha pasado algo ya lo sabré y si no le ha pasado nada él me agradecerá que no haya recurrido a la policía.

Y agregó con seguro acento:

— El es muy capaz de atender sus propios negocios. De todas maneras, quedo muy agradecida por su interés, señora Reverly.

Un aire de sutil disimulo, a modo de una máscara, intentaba disimular sus verdaderos pensa-



— Tenga mucho cuidado de la carta, señora Reverly — previnole Doyle. — Cualquiera que la haya enviado sabe que constituye una garantía de muerte.

mientos; pero Ruth, que la observaba atentamente, no se dejó engañar por sus últimas y corteses palabras.

— Es muy natural que me interese. Entre vecinos y...

— Mr. Lesoeur — interrumpióle ella — fué gran amigo de un amigo de usted, Mr. James Armstrong. Usted estaba comprometida en matrimonio con él, ¿no?

Ruth hizo un signo afirmativo, pensando que se hallaba a las puertas de algún interesante descubrimiento.

— Sí; pero no recuerdo haberle oído mencionar el nombre de su marido — replicó ésta.

— Se comprende; generalmente los prometidos no suelen hablar de sus negocios con sus futuras esposas — dijo la señora Lesoeur con discreto tono evasivo.

La señora de Reverly dióse cuenta de que el descubrimiento que esperaba iba nublándose.

— ¿Asegura usted que su marido fué gran amigo de Armstrong? — insistió.

— Por lo menos, tenían frecuentes negocios juntos — contestó la otra.

— ¿Qué clase de negocios?

La preguntada sonrió con amargura.

— Pregúnteme alguna cosa más fácil. Durante los primeros cinco años de matrimonio yo leía los pensamientos de mi hombre como se puede leer en un libro, pero después que todos mis recursos se fueron y tuvo que buscar alguna ocupación, sucedió lo contrario. Mi marido comenzó a ganar dinero. Cuando yo le preguntaba de dónde lo sacaba, mostrábase tan brusco y reservado que renuncié a nuevas preguntas. Sin embargo, abrigo mis sospechas.

— ¿Cuáles, señora? — se apresuró a inquirir Ruth.

— El juego — contestó la mujer. — Porque él no tiene empleo alguno regular y metódico. Frecuentemente duerme todo el día, se levanta a media noche y cuando regresa vuelve a acostarse. Nadie puede tener un trabajo regular y hacer tal vida. Por eso es que no quiero que la policía intervenga. Una vez estuvo tres noches sin aparecer por casa y sin enviarme un mal recado, y ya iba yo a salir para dirigirme a la estación policial, cuando apareció; y cuando le dije lo que pensaba hacer, se puso tan excitado que resultó un milagro librarme de sus golpes.

— ¿Entonces con frecuencia verifica tales escapatorias?

— Solamente antes una vez, y ahora, sin avisarme; pero advirtiéndomelo, muchas veces. Por eso me angustio ahora, como me angustié en la otra ocasión.

— Pues yo estoy segura de que no le pasa nada desagradable — dijo Ruth.

— Así quiero creerlo. No es muy bueno, no lo es Francis para conmigo, pero, después de todo es el único marido que tengo.

— ¿Y no conoce usted a cualquier amigo de él que le dé noticias acerca de su paradero?

La señora Lesoeur meneó la cabeza, desconsolada.

— Ni me hablaba de sus negocios ni de sus amigos. Para decir la verdad, aunque confieso que nunca me pegó, siempre tuve miedo de preguntarle tales cuestiones.

De pronto, sin transición, se echó a llorar copiosamente.

— Es terrible y doloroso hablar así del marido de una, ¡pero tanto tiempo he permanecido dócil y callada! Y ahora me siento tan aterrorizada, ¡tan!...

Sus últimas palabras se ahogaron entre sollozos.

— Cálmese, no llore, señora — habló Ruth.

— Me siento en la mayor congoja — lamentóse dejando caer las manos con que se tapara los ojos y mirando a la señora Reverly a través de sus lágrimas.

Parecía luchar con un impulso que pugnaba por exteriorizarse.

Luego, dirigiéndose a su sobrina:

— Vete a la tienda de la esquina y trae una botella de leche — le ordenó. — Aquí tienes el dinero. Trae también algunas pastas. Me he sentido tan preocupada que ni por un momento pensé en comer.

Agnes tomó el dólar y partió de mala gana, comprendiendo que su tía la consideraba como un estorbo en aquella entrevista.

Apenas la puerta se cerró tras ella, la señora Lesoeur se inclinó hacia Ruth de nuevo, con los ojos anegados.

— Señora Reverly — exclamó, — soy una pobre mujer nerviosa, pero cuando algo me atormenta es que temo algo con fundamento. Yo mencioné el nombre de Mr. Armstrong para ver qué decía usted.

— ¿Qué podría yo decirle? — inquirió curiosa Ruth.

— No sé, pero yo esperaba alguna respuesta. Bueno, señora Reverly, ¿es usted capaz de guardar un secreto? — murmuró con ansiedad la afligida mujer.

Ruth asintió varias veces con la cabeza.

— ¿Y me promete ayudarme si está en su mano? El que usted se haya molestado en venir a verme demuestra que su corazón es bondadoso. Sepa que el motivo por el cual mi temor es tan grande, se debe a una carta que hoy recibí para Francis. Yo no puedo entender su significado: léala usted.

De su corpiño extrajo un papel doblado.

— Estando tan ansiosa de saber de él, me atreví a abrirla por si aclaraba mis dudas, y entonces, al leerla, mis temores crecieron.

Alargó el papel a Ruth, que lo desdobló con rapidez. Ni fecha ni firma y los escasos renglones escritos a máquina.

«Nosotros hemos esperado por largo tiempo que usted trabajara bien. Un accidente ha ocurrido a Jim Armstrong. Otro accidente le puede ocurrir a usted.»

La señora Lesoeur advirtió la palidez mortal que invadía el rostro de Ruth.

—¿Qué presume usted que quiere decir eso? — preguntóle.

(CONTINUARÁ EN EL NÚMERO PRÓXIMO)

CARAS Y CARETAS

TITULOS Y LEMAS

La pordiosera. (Fega).
Los excelsos. (Corrigo ridendo mores).
La lección del charquizal. (Catachillay).
La Pachamama. (Coya).
Los pobres seres humanos. (R. G. A.).
La Argentina. (Apresúrate despacio).
Resurgam. (Juliana).
Corazones... (Alma Hidalga).
Consultorio externo. (Esperanza).
Mateo. (Lúmina).
Segundo amor. (Amor).
Azahares rojos. (J. G.).
El pillete. (Alfa).
¡Estaba escrito! (Aura Rosa).
El herbolario. (Américus).
El tributo. (Camino de la cumbre).
El príncipe azul. (P. N.).
Triste orgullo. (P. B. T.).
Tela de araña. (Príncipe azul).
Historia de un hombre. (G. M. B).
La quena. (Renovarse es vivir).
La diosa de arcilla. (Nena Teruel).
Ave de paso. (G. S.).
Iniciación. (Inicial).
Olinda. (Rema).
De la historia de una camisa. (Nadie).
Memorias de una muñeca. (Spes ultima dea).
Clelia (Guillén de Castro).
Un episodio romancesco en la ciudad de los Reyes. (Ser o no ser...).
El alma de la cordillera. (Hic transit ad asta).
El Cristo blanco. (Argentino).
El tapiz de la reina celta. (Un parroquiano de Fritz).
El único tintero. (Pro forma).
El clavelito rojo. (Cachelún).
Alma difusa. (Dieguito).
Miel de camoatí. (J. G.).
Bebe. (Sursum corda).
Los dramas de la tuberculosis. (Caras y Caretas).
Los monicacos. (Los monicacos).
La chusma. (Micaela).
Perdón sincero. (Vity).
Infortunio. (Fly).
Desechando el miedo. (Por la conciencia y por Dios).
Hojarasca. (Cuasimodo).
Temple espiritual. (Alma mater).
En el silencio de la sierra. (Por el amor y la mujer).
Un hombre bueno. (Mibrio).
Renunciación. (Renunciación).
La que pasa... (Ecuménico).
La vida fastuosa. (Balistario).
Los cautivos. (Nebalagadik).
La ley del amor. (Volli, sempre volli).
Ludovico Gazcón. (L. N.)
La locura de un hombre cuerdo. (Alter ego).
Los senderos. (Ego sum qui sum).
La viuda del doctor Z. (Gato negro)
Amor y deporte. (Amor novel).
Yaraví. (Alea jacta est).
Breve relato. (Elegea).
Mariquita Sánchez. (Joseph de Gómora).
Doris. (Laus Deo).
Flores marchitas. (Ninfa).
Leonor. (Gloria victis).
La maestra de campaña. (D. M.).
Pueblo chico. (Jean Jacques).
Demasiado tarde. (Luchar es vencer).
Los nuevos ricos. (Recluta).
Aiila. (Sadua Huan).
Novias subjetivas. (El dolor depura el ideal).
Romance provinciano. (Flor del aire).
El pantano azul. (Effingere in auro).

El angel bienhechor. (O. L. C.).
El dolor de una vida. (J. M.).
El fracaso. (Orión).
Nudo trágico. (Nudo trágico).
Una chica del día. (John Nobody).
La venganza de la vida. (El indecis)
La tumba del misterio. (P. R.).
Paisaje de primavera. (F. F. G.).
Vida por gloria. (P. J.).
Bohemia. (Isis).
Páginas de amor y llanto. (Libertad).
La muerte de Sierrol. (Nabucodonosor).
Buscad a la mujer. (Orbis et urbi).
Venganza gaucha. (Leoncio).
Mater dolorosa. (Yorik).
El amor de la hija del campesino. (Nereide).
El dolor de no creer... (Vehiel).
Historia de una vida. (I. F.).
Recuerdos de mi infancia. (Mar y cielo).
La heredera de Tartagal. (¡Alea jacta est! ¡Ave!).
Carlos Aníbal. (Vito-res-ebri).
Vélez Sársfield-Retiro. (Hortensia)
La única verdad. (Rien n'est beau que le vrai.
La espada y la cruz. (Vis vi repellitur).
Malacría — Memorias de un caballo viejo. (J. J.).
En su corazón vacío. (Ideo).
Crímenes impunes. Lema «1».
Historia de un cuello de camisa. (Aquilino).
Sacrificio inútil. (Sarrasqueta filósofo).
Solamente un doctor. (Jerusalem).
Clotilde Gamarra. (Viejo Vizcacha).
Un funcionario. (Américus).
La confesión del doctor Aloña. (Arco Iris).
¿Vida o agonía? (Siempreviva).
...se ofició también por mí... (Fray Luis de León).
El milagro de Santa Genicia (Moloch).
Flor del campo. (Don Ulogio).
Caído del cielo. (Blondaflor).
Los tres Quijotes de las tres causas. (Alfabeto).
La verdadera cueva de Salamanca. (Vici ins a monster...).
Un civilizado. (La princesa Bebé).
El corsario del Plata. (Triniteño).
Gramos más o menos. (Fígaro).
Su única mujer. (E. C. P.).
La herencia fatal. (Berto).
Simple historia. (Firpo y yo...).
El microbio de Ofeiffer. (Ego sum).
Una estrella en la noche... (Caius Marcius).
Suyhudara. (El Senaar).
El enemigo. (Remember).
El paño de lágrimas. (Imagen).
La dama fatal. (Post tenebras lux)
Sombras. (Nike).
Tristán e Isolda. (Por Flaubert, por Stendhal y por Proust).
Entre mar y petróleo. (Temor para la maldad...).
Un burócrata. (A bocca chiusa).
La última etapa. (Quod habes...)
La vocación de un pródigo. (Amor et labor .
Las apariencias engañan. (Cada hombre es una historia...)
Silvia, la mártir. (S. J. S. C.).
Thalo. (Lucio Apuleyo).
Eros agonizante. (Guía).
La tragedia del río de los Quebrachos. (La sulamita).
Como un héroe encontró a su amada. (D. B.).
Los vencidos. (Acantilado))
Demasiado tarde. (L. C.).
El crimen del ascensor. (El a...

El búcaro roto. (Argentino).
La gran maestra de la vida. (Pon amor en tus dolores...).
El obstáculo. (Hacia la dicha).
El molino. (Tentativa).
Déjame subir al carro. (Los amores trágicos...).
El pájaro negro. (Alma grande).
Martita. (Pertramaii benefaciendo)
Simulacro social. (F. F. T.).
Salvajes. (Tyañez).
Senda dolorosa. (Sólo habrá paz en el mundo...).
Su propia obra. (Sin lema).
Historia de la vida de Ramón de Huilpina. (Ramón).
Trozos de mi vida. (A. B.).
Tormentos. (Y en la tierra paz...).
Bajo el dominio del Llastay. (Agua y sol).
Crimen sin rastro. (Conciencia nunca dormida).
Constancia Rosa de Castro. (¿Mujer fuerte quién la hallará?...).
Memorias de un rejuvenecido. (Guía, Sanche hijo...).
El alma de la élite. (Amor, probidad, nobleza).
El caminante. (La sinarrita río...).
El gran culto. (El trabajo es fuente de los goces...).
Amor poetizado. (J. V. V.).
Amor puesto a prueba. (C. A.).
El casamiento de Isidora. (Punto de vista).
El secreto del jagüel. (Hijo del Sur).
El cerebro enfermo. (Diógenes Laercio).
El inquieto Jeremías. (Jack).
El hombre que amó. (Fiat lux).
El sacrificio. (Misterio).
Idilio lejano. (Despiértanme las aves).
Idilio serrano. (Jocundita).
Dolor. (Fasces).
Nora. (Stella Maris).
El triunfo de un fracasado. (S. C.).
El estigma. (Aspirante).
El manuscrito de mi amigo. (La emoción es poesía).
El gran amor del Waisleufche. (Tranqueitrateu).
Edén soñado. (M. de V.).
El poder del hogar. (Amor).
El Trébol. (Aspirar es vivir).
El derrumbe. (Subir).
El Rango. (Pro ars et eruditio).
El abogado. (Te ganarás el pan con el sudor...).
Etelvina. (Fito).
El vencedor. (Virtus omnia vincit).
Angélica. (Graco).
María Aurora. (Pluma débil).
Un planchazo a tiempo. (Megaches).
Un caso de telepatía. (Philos).
Redención. (Hipatía).
The Elephantes Calcutta. (Alü dusjutent, ego...).
La maestrita que se murió de hambre. (Yocavil).
Un artista de ópera. (El gallo de Sócrates).
Una sentencia de Dios. (Anglia Tan).
La dicha usurpada. (R. C. F.).
La historia del pescador. (Serás lo que debes ser)...
La gloria de Edgardo Mortes. (Todo por un beso).
La mujer que sintió la proximidad de Dios. (Santiagueño).
Los enfermos. (L. D. C.).
La victoria del amor. (Es el amor el sólido eslabón...).
Flor de amarguras. (Sapdemann).
Ebén. (Robel).
...a tarde. (M...eya).

El terremoto. (Sierpe sinistra...).
Doble perdón. (Catriel).
Hacia el ocaso. (Clin d'oeil)
La nena. (Unquillo).
La tragedia de Mauricio Radal. (Serrano).
La misteriosa. (Augusto Alfredo).
La oración del huerto. (Confía y espera).
A remolque. (Las preciosas ridículas).
El ilustre antepasado. (Eratóstenes)
El casillero. (F. T.).
El huésped inevitable. (Ni un minuto más tarde....
El príncipe Rubisan. (Constante).
La carta que no llegó. (M.).
San Pedro presenta su renuncia. (Cuento provenzal).
Brujas de salón. (La sugestión es tan poderosa...)
Iván (A. Ch. J.).
El polichinela. (Sangre de Dios, la poesía...).
Romance vulgar. (Media noche...).
¡Buena la hemos hecho! (Con permiso del marido).
Musicoterapia. (Cordura es dudar).
Daño intencional. (Con herraduras de oro).
Plaza sitiada. (V. E. I.).
Memorias de un detective. (Conato).
Nervio y músculos. (Prejuicios).
El hombre que no despertó. (Diminuto).
La historia del loco que mató a su padre. (Civilización).
La hija natural. (J. F.).
Los pobrecitos chicos dados. (P.M.)
Las sombras del amor. (Resurrección).
La novela de Leonor. (For ever).
La hija del alcalde. (Atahualpa).
El vaso etrusco. (El vapor y la electricidad...).
En el transiberiano. (El hombre enemigo del hombre).
La verdad convencional. (H. J. P.).
Adamastor. (El Dr. Veneno).
Limo. (Como el Nilo...).
Los arrieros. (El gran ciudadano).
Un marido ideal. (A.).
Las palomas del cementerio. (Supervivencia).
Oro es lo que oro vale. (Punto y aparte).
Profetas y soldados. (Allí estaban...).
Una intriga diplomática. (F. M. C.
La montonera. (Historiador miope).
Remembranzas. (Nhiays).
Dorotea. (M. G.).
Su única obra. (Ayax).
Una aventura original. (Huapual).
Un alma. (Reformarse es vivir).
Muralla florida. (Fac et spera).
El fruto de la flor. (Flor de fruto).
El violín de don Sabino. (El carro de la farándula).
El torrente. (Pastor humilde).
El abuelo. (Excelsior).
El edelweis trágico. (Ruillas).
Por los que se amaban. (Nervio).
Páginas íntimas. (El nuevo Werther).
¡Destino! (Lunar Miramar).
Doña Rosario. (Horacio).
Horas tristes. (Garabato).
Almas atormentadas. (Themis).
Un dilema. (Pertinaro).
El cerrojo de la celda. (Mapache).
Los ojos del cóndor. (Serrano).
La mujer del prójimo. (Lax).
La pampa. (Flor del Valle).
Valientemente. (Zeligéporora)
Ya es tarde. (J. G.).